LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 7 DE JUNIO DE 1886 — NUM. 232

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA PLAYA DE BADALONA, cuadro de F. Miralles (Fotografía directa grabada por M. Pérez)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA PLAYA DE BADALONA, cuadro de Miralles

Miralles es uno de nuestros distinguidos artistas á quienes ha seducido, no el suelo extranjero, pero sí el mercado que no encuentran en su patria. París ha atraído principalmente su atención, y á las impresiones que ha recibido en la capital de Francia se deben muchos de sus cuadros de género, notables por su elegante factura y saturados de color local.

No, empero, se ha olvidado Miralles del país en que vió la luz y sintió los primeros impulsos del genio; antes bien le consagra frecuentes recuerdos y da perfecta forma, en notables lienzos, á las notas que apunta en su álbum artístico. El cuadro que hoy publicamos demuestra hasta qué punto observa bien y está en lo justo cuando desarrolla sus observaciones. Todos conocemos esa playa; todos hemos visto repetidas veces á esas mujeres que comparten las rudas faenas de los pescadores; y al encontrarlas en el cuadro de Miralles tales como las hemos visto en la playa de Badalona, fuerza nos es proclamar que eso es la verdad desnuda, quizás demasiado desnuda ó cruda para una obra de arte.

Porque en el cuadro que publicamos, parece como que su autor haya querido demostrar que es capaz de pintar escenas y tipos menos risueños, menos *fashionables* que los tipos y escenas del buen tono parisién, que son su especialidad. Esto quizás le haya llevado á otro realismo menos simpático; lo cual le advertimos no en són de censura sino de queja. Quien, como Miralles, sabe producir la realidad de lo bello, debe evitar la realidad de lo basto, por muy realidad que sea.

EL VINO DE SILESIA, cuadro de E. Gruzner

Existe en las bodegas silesianas un vino tan rancio y fuerte que, según fama, se sube á la cabeza del mismo diablo. A propósito de ello existe en el país una balada popular, y en la balada se ha inspirado el cuadro de Gruzner.

Un bebedor silesiano, de cabeza de hierro y garganta asfaltada, apuesta á trincar con el demonio y á derrotarle en la competencia. Tiene el maligno espíritu una hora tonta, y acude á la cita, como un estudiante inexperto. El bebedor de Silesia apura imperturbable vaso tras vaso y jarro tras jarro: quiere el diablo sostener el pabellón, pero su cabeza se enturbia, sus piernas flaquean, escápase el vaso de su mano y se declara vencido, confesando, ¡oh vergüenza para el poder infernal! que para beber impunemente vino silesiano se necesita haber nacido en Silesia.

Esta balada no será del todo poética, pero se presta para ser tratada en el lienzo, y Gruzner lo ha hecho con éxito completo. El lugar de la escena está bien concebido y ejecutado: aunque se ajusta estrictamente á la verdad, tiene carácter á propósito para una acción en que lo real anda mezclado con lo fantástico. La figura del bebedor es felicísima de expresión, y la del diablo, que conserva el tipo especial de los malignos espíritus alemanes, da una perfecta idea del pesar del vencimiento y de la repugnancia que le inspira el vino causante de su vergonzosa derrota. No cabe sacar mayor partido del asunto, empleando mayor economía de medios, ni hacer más bella apología de la fuerza alcohólica del vino de Silesia.

LA DOLORA, dibujo de Conrado Kiesel

Dolora es una palabra que hemos inventado no há mucho, por la sencilla razón de que necesitábamos expresar una cosa nueva, una forma de poesía no demasiado española y que por lo mismo carecía de nombre en la tecnología de *las líneas desiguales*, como alguno llamó á los versos. La Academia de la lengua, que no se da gran prisa en poner el idioma á la altura de las necesidades que ocasiona la inventiva, apenas ha consentido en expedir el *regium exequatur* á la dolora; pero, en fin, ello es que la palabra existe, gracias principalmente á Campoamor, que ha puesto de moda la palabra y la cosa. En fin, hoy sabemos que dolora es una poesía rimada (sea dicho sin redundancia), breve en la forma, triste en el fondo, sentenciosa por lo común, y saturada, sobre todo si á Campoamor es debida, de cierta filosofía desgarradora, que para su uso especial se ha fabricado el poeta en quien lo escéptico y lo cristiano andan no pocas veces á brazo partido.

Y ya que nuestros lectores saben lo qué es la Dolora, harto comprenderán por qué titulamos así el hermoso cuadro de Kiesel, traduciendo libremente, ó mejor dicho, aplicando una palabra española al pensamiento del artista. Esa joven cantante entona indudablemente una dolora, porque este género poético fué conocido en Alemania antes que en nuestro país, y para la letra de muchas de ellas se ha compuesto música llena de sentimiento. Una de esas composiciones entona nuestra joven, en la cual el artista ha personificado, sin apelar á alegorías anticuadas, el espíritu, la esencia, la poesía de la dolora.

HERNÁN CORTÉS, estatua en mármol de Vallmitjana Abarca

Los Cuerpos colegisladores de España han fomentado el progreso de las bellas artes, si no con elementos poderosos que el presupuesto nacional no pone á su alcance, á lo menos dentro de los límites de que disponen, después de dar mucha tortura á sus consignaciones. Así, por ejemplo, el Senado posee *La Rendición de Granada*, no porque haya pagado el justo precio de esa admirable obra de arte sino porque tuvo el buen acuerdo de encargarla á un artista ilustre que no calcula sus obras por la cuenta que traen á su gaveta, sino por la aureola que aumentan á su gloria.

Esa protección, tan honrosa para los artistas como para su Mecenas, ha sido causa de que el referido Senado ostente en su salón de conferencias la estatua del conquistador de Méjico que publicamos en este número. Su autor viene de raza de artistas, y de artistas de primera fuerza: sus obras nos demuestran cuán presente tiene aquel célebre mote ó divisa: *Nobleza obliga*. El hijo y sobrino de un Vallmitjana, ó no debía dedicarse á la escultura ó debía estar á la altura del compromiso que le imponía su nombre. Por fortuna suya y del arte, se ha verificado lo segundo.

La estatua del gran conquistador reune cuantas condiciones son de exigir en una obra de arte: semejanza según antiguos retratos, gallarda presencia, arrogante postura, verdad en prendas de vestir y armas, y una expresión en que andan á vueltas la energía del caudillo y la magnanimidad del héroe. Vallmitjana Abarca ha pagado su deuda de familia y el arte escultórico puede cifrar en él legítimas esperanzas.

DESDE ROMA

EXPOSICIÓN EN LA ACADEMIA DE ESPAÑA

No hace mucho tiempo que informando docto académico acerca de una gramática, decía para acreditar méritos, quepodía servir para enseñar el idioma que el autor se había propuesto. Recordando sin duda penas pasadas, refiriéndose á mamotretos antiguos, que fueron un día textos oficiales, decía que con ellos se habían aprendido las lenguas *á pesar* de las gramáticas. Probaba esto, como fácilmente se comprende, al par que lo defectuoso de los libros, lo privilegiado de las inteligencias, y todo ello sin querer acude á nuestra mente hoy que vamos á hablar de laAcademia de España en Roma.

Hay que afirmar desde luego las privilegiadas condiciones que para las artes tienen nuestros compatriotas por cuanto sobresalen Á PESAR de la Academia, que se llama así sin que sepamos por qué. La emulación más que el buen deseo, tal vez más el afán de competir con otras naciones que el deseo de hacer el bien fué sin duda lo que llevó á la creación de este instituto, híbrido compuesto de convento y cuartel, insuficiente para su fin y defectuosísimo en su organización; extremando más, puede decirse que la Academia Española en Roma sirve para probar en el extranjero las mezquindades del Estado español. Desde la cumbre del Janículo, en que está enclavada, se distingue la hermosísima *villa Medici*, en la cual se halla la Academia de Francia: ambas están en históricas colinas; nuestros pensionados tal vez se paseen por el mismo sitio que los soldados del etrusco Pórsenna, que tuvo allí su campamento cuando vino á sitiar á Roma; los pensionados de la Academia fundada por Luis XIV discurren por la agradable colina de los jardines, testigos un día de las deshonestidades de Messalina y del castigo que le fué impuesto por un esposo impulsado más por consejos de un interesado sicario que por su propio deshonor. Entre ellas existe una notable diferencia: los pensionados de Francia puede decirse que están en el centro de la ciudad; bajando la cómoda escalera que conduce á la *Trinitá dei Monti* están en la plaza de España, corazón de la ciudad Eterna, donde todo se encuentra: los españoles están lejísimos, en una altura que fatiga, á una distancia que medida mentalmente cansa ya. Si necesitan cualquier cosa pierden un día, y para verlos hay que emprender una peregrinación más pesada que la de la Cárcel Modelo.

Esto, como vulgarmente se dice, es lo que cae por fuera. Por dentro... es infinitamente peor. Aunque el Diccionario de la Real Academia Española puede inspirar muy poca confianza, consultándolo se ve que ninguna de las acepciones dadas á la palabra, conviene con lo que es esto que se llama Academia. En ella no se encuentran ni clases, ni medios de enseñanza, ni museo, ni biblioteca, ni nada; aquello en resumidas cuentas es una mala casa de huéspedes de la cual es patrón el Gobierno español. Es lo único que le faltaba y lo tiene, debiendo contarse que desempeña el papel á las mil maravillas: alojamiento caro y reducido, pretensiones exageradas y pago anticipado. ¿No es esto lo que se encuentra en las casas de las Escolásticas, Vicentas, Hermenegildas y demás viudas de intendentes y comandantes avecindadas en los alrededores de la universidad y de San Carlos, que buscan caballeros con asistencia ó sin ella para que les ayuden á pagar el cuarto?

Tal vez á muchos de nuestros lectores les parezca exagerado el juicio, por lo que presentaremos claramente los términos y que ellos deduzcan consecuencias: previas oposiciones en que hay que luchar y probar que ya se es artista, se le concede la pensión en Roma consistente en doscientas cincuenta pesetas. Al hombre que ha hecho lo que exige el reglamento para conseguir esta plaza, parece lo regular que se le dejara libre y que cuando más el Gobierno exigiera al fin del plazo una prueba de que el pensionado no había perdido su tiempo, pero desgraciadamente no es así. Llegado á Roma debe acuartelarse en la Academia y pagar el alojamiento: allí no hay un criado que, como en cualquier mediana fonda, les limpie la ropa y el calzado; allí no hay una persona á quien enviar para que avise á un modelo ó para que compre un tubo de color ó traiga un lienzo: todo deben hacerlo ellos ó pagarlo separadamente. En estas condiciones debe abonar si mal no recordamos setenta francos, que en Roma sería mucho pagar estando infinitamente mejor. Si quieren estudiar, como es su deber, han de tener modelo, y poniendo uno solo por mañana y tarde son cinco pesetas al día ó sean ciento cincuenta al mes, que sumadas con las setenta anteriores, hacen doscientas veinte. Quédanle, pues, treinta pesetas, con las que debe comprar lienzos, colores, pinceles y demás si es pintor, y tierra, pago de vaciados y herramientas si es escultor. Como en este mundo el que no se consuela es porque no quiere, de la misma manera que un escritor satírico, hablando del hambre que sufrieron los israelitas en el desierto, decía que era una gran señal, porque el apetito es signo de buena salud, el gobierno, al leer nuestras exactísimas cuentas, puede quedar satisfecho pensando que no resta al pensionado absolutamente nada para comprar una cuerda y ahorcarse.

Pues como decimos, *á pesar* de la Academia, que por su organización y defectos nada bueno puede dar, los pensionados, más atentos á un porvenir que les sonríe que á un presente lleno de miserias, siguen adelante y en la Exposición que estará abierta cuando nuestros lectores lean las presentes notas, el público podrá convencerse de sus adelantos. En dicha Exposición se advierte desde luego uno de los más censurables vicios de que adolece la institución: campea entre las demás obras expuestas, un lienzo grande en dos secciones en el cual Maura y Checa, pensionados de pintura, han copiado al óleo uno de los frescos más notables de Andrea Mantegua, joya del arte de que Padua se muestra con razón orgullosa. Dispone el reglamento de aquella casa, que en el segundo año los pensionados de pintura hagan una copia de cualquiera obra notable de las muchas que se conservan en esta patria del arte. ¿Qué objeto se proponen con esto? lo ignoramos. ¿Qué resultado esperan conseguir? ninguno.

Hasta ahora es verdad que la cultura no ha sido condición sobresaliente de nuestros artistas, y desde este punto de vista comprendemos que en el deseo de que la adquirieran, fuesen obligados por el reglamento al estudio de los precursores del Renacimiento en el primer año, á los del Renacimiento en el segundo y en el tercero que estudiaran la escuela moderna, cosa que en modo alguno puede implicar la obligación de hacer copias serviles, que no conducen á nada, y de lo que resulta una tremenda contradicción; en el primer año el pensionado tiene el deber de hacer un estudio del desnudo, que ciertamente sería desechado si no reuniera perfecciones que se deben por completo á las evoluciones del arte en los últimos tiempos, y en el segundo se les obliga á prescindir de todos los adelantos y sacrificar todos los conocimientos para realizar copia de una obra que merece importantísimo puesto en la historia general del arte, pero que en nuestros días hace sonreir pensando en la puerilidad de los medios empleados allí para conseguir efectos y en el candor que revela tanto la ejecución como el resultado.

Todavía podía defenderse la necesidad de la copia, cuando se hicieran de maestros que se imponen hoy, como se impondrán siempre. ¿Se han copiado ya las obras de Miguel Angel, que tanto dibujo pueden enseñar á los que más dibujan hoy? ¿Se han copiado los frescos de Rafael, en los que tanto colorido puede aprenderse y que cada uno de ellos es una escuela de composición? Como precursor del primero en la aplicación de la anatomía al arte y en la propiedad de los movimientos, ¿se ha sacado ya todo el partido que puede dar Luca Signorelli? Como armonizador de tonos y maestro de sencillez y dulzura, ¿está agotado el Beato Angélico? Creemos que no, y sin embargo nuestros pensionados sacrifican su tiempo y su dinero; pasan larga temporada en la fría Padua para copiar un fresco de Mantegua medio borrado ya. No queremos decir con esto que el notabilísimo discípulo de Squarcione valga poco, antes al contrario, creemos que vale mucho el que con razón ha merecido ser llamado el Masaccio de la escuela lombarda, lo que afirmamos es, 1.º: la inutilidad de la copia servil llevada á cabo; 2.º: la poco acertada elección del autor, y 3.º: que para copiarlo no valía la pena de tener en Padua á los pensionados tanto tiempo, por cuanto en Roma, en la capilla de Inocencio VIII, hay notables frescos de aquel celebrado maestro, que en nada desdicen de los de Baticelli, Angélico de Fiesola y Leutile de Fabriano, más apreciado que el mismo Mantegua aun dentro de la escuela á que pertenece.

Si el deseo es hacer adquirir á los pensionados una general cultura, un conocimiento más ó menos extenso, se les podía exigir una memoria, en la cual la forma literaria no entrara por nada y en la que manifestaran su particular juicio acerca de las distintas escuelas que tan perfectamente pueden estudiarse en Italia.

Aparte de estas censuras motivadas por el hecho en sí, no podemos menos que afirmar la perfección con que está hecha la copia del *Martirio de San Cristóbal*, última y más notable obra de Andrea Mantegua. Los caracteres del pintor y de la escuela que representa están mantenidos con sin igual verdad y acierto en una obra, la primera tal vez, en la que la perspectiva fué perfectamente estudiada, detalle por el cual ha llamado más la atención y ha sido más celebrada.

Cada uno de los pensionados presenta además su envío de primer año, indicados por nosotros en una anterior revista. Están obligados á remitir un estudio del desnudo, ya solo, ya acompañado de alguna figura más, según lo exija la composición. Cumpliendo, pues, con este deber, Checa ha hecho un simpático cuadro cuyo asunto es: *La ninfa Egeria dictando leyes á Numa Pompilio.* El asunto, como se ve, no puede ser más sencillo, y seguramente que el distinguido pintor hubiera elegido uno más en armonía con sus condiciones si no se hallara cohibido por un reglamento redactado á la española, que es lo más que puede decirse. A un pensionado, que lo es porque probó que era artista, no se le puede obligar á esta cosa ó á la otra; hay que dejar libre su fantasía para que aproveche lo que Roma enseña y lo que Roma inspira; procediendo así, Checa hubiera realizado una composición más amplia, no le hubiera resultado un estudio de figuras mitológicas, que por perfectamente hecho que esté, como lo está, no dice nada á los modernos, porque á los antiguos ilustrados decía también muy poca cosa. Frescas de color y seguras de línea, el artista ha trazado dos figuras que seguramente llamarán la atención: tal vez el conjunto del cuadro le hubiera resultado más agradable si en vez de darle por fondo los pardos muros de la gruta cercana á la puerta Capena, le hubiera dado la espesura del bosque de Aricia, donde según la antigua tradición se aparecía al segundo rey de Roma la ninfa inspiradora de sus leyes; pero Checa ha atendido más al desnudo y ha hecho perfectamente: es lo que resulta más cuidado, es lo que resulta casi perfecto, pues á pesar de

la completa desnudez se le mira como deben ser miradas las ninfas. Comprendemos perfectamente que Numa no podía ser un tipo de rey de los que ahora se estilan, pero nos parece que el artista ha incurrido en el extremo contrario; resulta tosco y un poco duro; hay allí un alarde de fuerzas que no es necesario, ni aun para grabar en mármol.

Maura, tan bueno y simpático como su digno compañero, ha escogido un asunto menos nuevo: *Susana sorprendida por los viejos al salir del baño.* Desde el siglo XV la casta Susana, como generalmente se llama al personaje bíblico que se desnudaba completamente en un jardín para bañarse, ha servido de asunto á un número considerable de artistas: en el Louvre y en el Belvedere de Viena hemos visto cuadros de aquella remota época, divididos, para mejor poder presentar la historia completa. Después, el momento más celebrado que caracteriza á la notable hermosura de la tribu de Judá, ha servido, si no recordamos mal, á Pablo Veronés, que lo ha pintado cinco ó seis veces, al Guerchino, á Carraccio y á Murillo; Rubens no podía menos de aprovechar un asunto que tanto entraba en sus aptitudes, y lo mismo ha hecho Van Dyck, cuyo cuadro, como el de su maestro, se encuentran en Munich; Rembrandt ha aprovechado también este incidente bíblico, en el que se han ejercitado los más hábiles grabadores de todas las escuelas. Como se ve, el asunto no es nuevo, y en sí, tal como se ha concebido por todos los artistas, sin entrar en detalles de ejecución, esto es, presentando completamente desnuda á una mujer hermosísima, perfectamente formada y excesivamente voluptuosa, sufrió ya el justo ataque de Proudhon, contra el que la única defensa es declarar que, poco moralistas y filósofos, los pintores atienden más que á la verdad que dicte la razón, á las ocasiones que se presenten para pintar, con ciertas excusas, cuidadísimos desnudos. Maura podrá no haberse sentido inclinado, pero estaba obligado á hacer un desnudo y la Biblia le presentó á la mujer de Joaquín en tal estado: la moral estaba salvada, y de todos modos, preferible es esto á pintar un interior de harem ó alguna turca en el baño, pues aun los más pudibundos preferirán una mujer desnuda por desgracia á una mujer desnuda por gusto.

En su cuadro Maura se revela buen dibujante y hábil colorista, que irá mucho más allá con trabajo y constancia; pero atentamente considerada la obra, se ve que ha cuidado con singular esmero el desnudo á costa de todo lo demás. La Susana que nos presenta es una hermosísima joven, tan hermosa como el artista la ha soñado, pues aquella corrección no la da ningún modelo. Tal vez este sea su único defecto: en aquella figura no hay la natural descomposición que debe resultar en una señora que se ve sorprendida al salir del baño; aquélla parece una coqueta joven que se esfuerza en mantener toda su belleza á pesar de todo; como desnudo, volvemos á repetirlo, está bien ejecutado, es correcto, es bello. Los viejos valen poco: los de la Biblia no sedujeron á Susana; los de Maura tememos que no van á seducir á nadie.

Pensionado como paisajista está Esteban, quien presenta un trozo de verde prado de la histórica y accidentada Bretaña. Una de las cosas más difíciles en este género de pintura es evitar lo convencional hasta el punto de que la naturaleza resalte verdaderamente. Esto que llamamos convencional, ha resultado en un gran número de paisajistas á causa de un procedimiento equivocado: salen al campo y toman una serie de apuntes más ó menos grandes; con estos apuntes combinan después el cuadro, lo componen, digámoslo así, y ajustan por último la luz de modo que armonicen los verdes y los grises de una manera *bonita*, ya que no bella. El paisaje realizado así resulta duro necesariamente, seco, falto del gusto que al alma del artista lleva la contemplación de la naturaleza; más que cuadro constituye una prueba de color, hecha en el estudio, teniendo por modelo recortes de latón iluminados con anilina. Afortunadamente nuestro compatriota ha realizado su obra con los medios conducentes al fin que puede apetecer un verdadero artista, y lo ha conseguido. El paisaje que Esteban envía en su último año de pensión revela gran aptitud para el género que cultiva: en su contemplación se ensancha el alma, frente aquel cuadro se ve la naturaleza verdadera, la asombrosa naturaleza, en presencia de la cual hay que lamentar con Goethe no ser más que un hombre.

(Concluirá)

A. FERNÁNDEZ MERINO

EL RAMO DE MARGARITAS

POR DON F. MORENO GODINO

I

El general D. Blas Arizcum, después de haber cumplido con su deber en la guerra civil, pidió el retiro, para descansar de sus glorias y fatigas.

Era de corta estatura, musculoso, ágil todavía, de ojos vivos que contrastaban con sus grises cabellos y con su blanco bigote.

Esto, en cuanto á la parte física; respecto á la moral, tenía un carácter algo raro y arrebatado, pero un excelente corazón.

Según él decía, nunca había tenido tiempo de hacer la maniobra de casarse; así es que en su vejez sintió los movimientos de espíritu inherentes á casi todos los solterones que no son malos; esto es, la necesidad de crearse una familia, basada en su afición á los niños; y para conseguirlo, cifraba sus esperanzas en un sobrino suyo, joven de veinte años de edad, á quien había servido de tutor y de padre.

Se vanagloriaba de haber sido un Tenorio en su juventud, y declarado en retirada ante las mujeres, hízose cazador encarnizado; por lo cual, vivía el menos tiempo posible en Madrid, pasando la mayor parte del año en una buena casa de campo que poseía, situada en los alrededores de Alcalá de Henares.

No bien su sobrino Santiago, que era huérfano, cumplió catorce años de edad, el general le sacó del colegio de la Escuela Pía de la calle de Hortaleza, y se le trajo á Alcalá, haciéndole participar de su vida campestre; y en verdad que obró cuerdamente, porque Santiago tenía una organización débil que era preciso robustecer.

Tío y sobrino eran poseedores de una buena fortuna, y como éste hubiera mostrado desvío hacia la carrera de las armas, no quiso aquél contrariarle, reservándose para más adelante elegir una carrera, que en último extremo no era necesaria.

Sentóle admirablemente á Santiago la vida del campo, hízose cazador incansable y desarrolló su naturaleza hasta trasformarse en un gallardo y robusto joven.

Al verle, su tío guiñaba el ojo como diciendo:

– ¡El picarón! ¡qué guapo se ha puesto! ¡á cuántas pasará á cuchillo!

Pero Santiago no pasaba á cuchillo á nadie y mucho menos á las mujeres, porque apenas se atrevía á mirarlas y ¡cosa rara! cuanto más bonitas le asustaban más.

Su timidez era monumental.

Al ver á una mujer se turbaba, atascábasele la voz en la garganta, y sólo pensaba en huir de ella en vez de saludarla.

¡Pobre Santiago! una sonrisa, una mirada intencionada producíanle una contracción parecida al efecto que causa un golpe en la boca del estómago.

¿Háse visto cosa semejante?

Y sin embargo, Santiago conquistó una inmensa reputación de calavera, de libertino y de audaz.

¡Juicios del mundo!

II

Una mañana, el general paseaba por la huerta de su casa, siguiendo la sombra proyectada por una tapia paralela al río Henares. Oyó voces y risas de mujeres que estaban lavando, y el nombre de su sobrino repetido con frecuencia.

– El señorito Santiago es un atrevido, – decía una voz; – el otro día, al anochecer se encontró, ó se hizo el encontradizo, con la señora Vicenta, que volvía á Alcalá, y quiso darla un abrazo.

– ¿Con la viuda del carabinero?

– Sí.

– Pues no repara en pelillos, – observó otra voz juvenil; – la viuda no tiene nada de particular.

– Pues ahí verás. Lo cierto es que por milagro pudo zafarse de él.

– Envalentonado con la faja de su tío, todo lo atropella.

– Pues está muy mal hecho.

– Ya lo creo.

– No, yo ya estoy prevenida, y si me encuentro con él...

Al general, que no perdía palabra de esta chismografía de lavadero, se le caía la baba de gusto.

– Es como yo era á su edad, – pensaba, – tiene desarrollado el órgano de la acometividad.

– El mejor día va á haber un escándalo, – dijo la mujer que había hablado la primera, – creo que la Vicenta va á dar parte.

– ¡Pues no es poco delicada! no se armarían malos líos si todas hiciesen lo mismo.

¡Pobre Santiago! el incidente de su encuentro con la Vicenta tenía un fondo de verdad; pero era todo lo contrario de como lo comentaban.

La viuda del carabinero se ocupaba en lavar y planchar ropa y tenía buenos parroquianos en Alcalá y entre las personas pudientes que habitaban en los alrededores.

Una de ellas era el general.

Vicenta era lista, burlona y coqueta. Pronto caló, como vulgarmente se dice, al tío y al sobrino. Una tarde, al anochecer, volvía á su casa, situada en las afueras de la ciudad, y viendo venir á Santiago por la misma senda que ella seguía, se le ocurrió una broma.

Había ya mucha oscuridad; antes que el joven llegara se ocultó entre unos jarales, y cuando éste pasaba se acercó á él precipitadamente, fingiendo tomarle por otro, y abrazándole con efusión, exclamó:

– ¡Gracias á Dios, Pedro! creí que no venías.

Santiago se quedó inmóvil y asustado, pues había sentido el contacto de una mujer.

Se desasió de sus brazos y dijo balbuceando:

– Usted se equivoca.

Y sin esperar á más explicaciones se alejó á buen paso, mientras la socarrona Vicenta apenas podía reprimir una carcajada.

III

La misma tarde del día en que el general oyó los comentarios del lavadero, por vía de paseo, fué á casa de la viuda, que, como ya se ha dicho, vivía en el arrabal.

Encontróla planchando.

– Buenas tardes, Vicenta.

– Santas y buenas, señor general. Ramona, acerca una silla.

– He sabido la escaramuza que tuviste con mi sobrino la otra tarde.

– ¿Qué escaramuza? – preguntó la viuda, no acordándose ya de nada.

– ¡Bah! ¿Te haces la desentendida? ¡Tanto mejor! Había oído lo contrario. ¡Vaya! Toma, para que te hagas un vestido, – y puso sobre la mesa de la planchadora dos monedas de cuatro duros. – Mi sobrino es un D. Juan Tenorio, pero ¡qué se ha de hacer! No le toleres nada, siéntale la mano á ver si se refrena, pues el mejor día va á tener un disgusto.

Vicenta que vió en perspectiva un pequeño filón y que era muy despreocupada, afectó un aire de resignación modosa y dijo:

– Es verdad, señor D. Blas; el señorito Santiago tiene mucho... arranque; yo me he aguantado por consideración á usía...

– Y yo te lo agradezco. Ya calentaré las orejas á ese galopín. Nada, nada, cuando te ocurra algo dímelo. ¡Pues no faltaba más! ¡atreverse á las mujeres, así de sopetón y en el campo!

El general se fingía indignado, pero en su interior se bañaba en agua de rosas.

Algunos días después, cuando Vicenta fué á llevar la ropa limpia á D. Blas, le dijo, estando solos:

– Mire usía, señor, yo lo siento; pero no se trata de mí, yo soy una mujer hecha y derecha y viuda, pero las cosas de las jóvenes son muy delicadas...

– ¿Qué es ello? vamos á ver, ¿alguna nueva fechoría de mi sobrino?

– Ramona, mi ayudanta, es una niña de diez y ocho años y...

– ¿Y qué? vamos.

– Que la otra tarde se propasó con ella el señorito. ¡Si la hubiera visto usía! llegó á casa encarnada como una cereza.

– ¡Pero ese chico es el diablo! – exclamó el general. – Toma, da esos cinco duros á Ramona, para que se ferie.

Estas aventuras que ni D. Blas ni la viuda trataron de ocultar, cundieron por todas partes, y un incidente originado en consecuencia, puso el sello á la reputación de Santiago.

(Continuará)

LOS CANDELEROS DE PLATA

(Conclusión)

Ni de balde los queremos; traerían á nuestra casa la desgracia que ha arrojado á Cosme de la suya. – Y como la llamada casa de Cosme era en realidad de otro que la tenía alquilada al pescador, ese otro advirtió á la atribulada vieja que en vista de sus circunstancias, necesitaba la llave ó el importe anticipado de un año de arrendamiento. Añádase á lo dicho que cuando el hambre grita no hay para hacerle callar más argumento que la comida, y se comprenderá que aquella mujer se decidiera, como se decidió, á implorar la clemencia de las pocas personas de que hasta entonces había huído instintivamente: el señor Liberato, la señora Agueda y el hojalatero.

Estaba cerca de la plaza: la noche iba cerrando, y el monótono ruido de interminable martilleo, revelaba que en la hojalatería se trabajaba aún. Trémula y haciéndose grandísima violencia se acercó la vieja á la ventana. Quiso hablar y no pudo; pero el menestral, que la vió, dijo, dirigiéndose á un aprendiz:

– ¿Dónde has oído tú que hoy metían en la cárcel á la señora Decorosa?

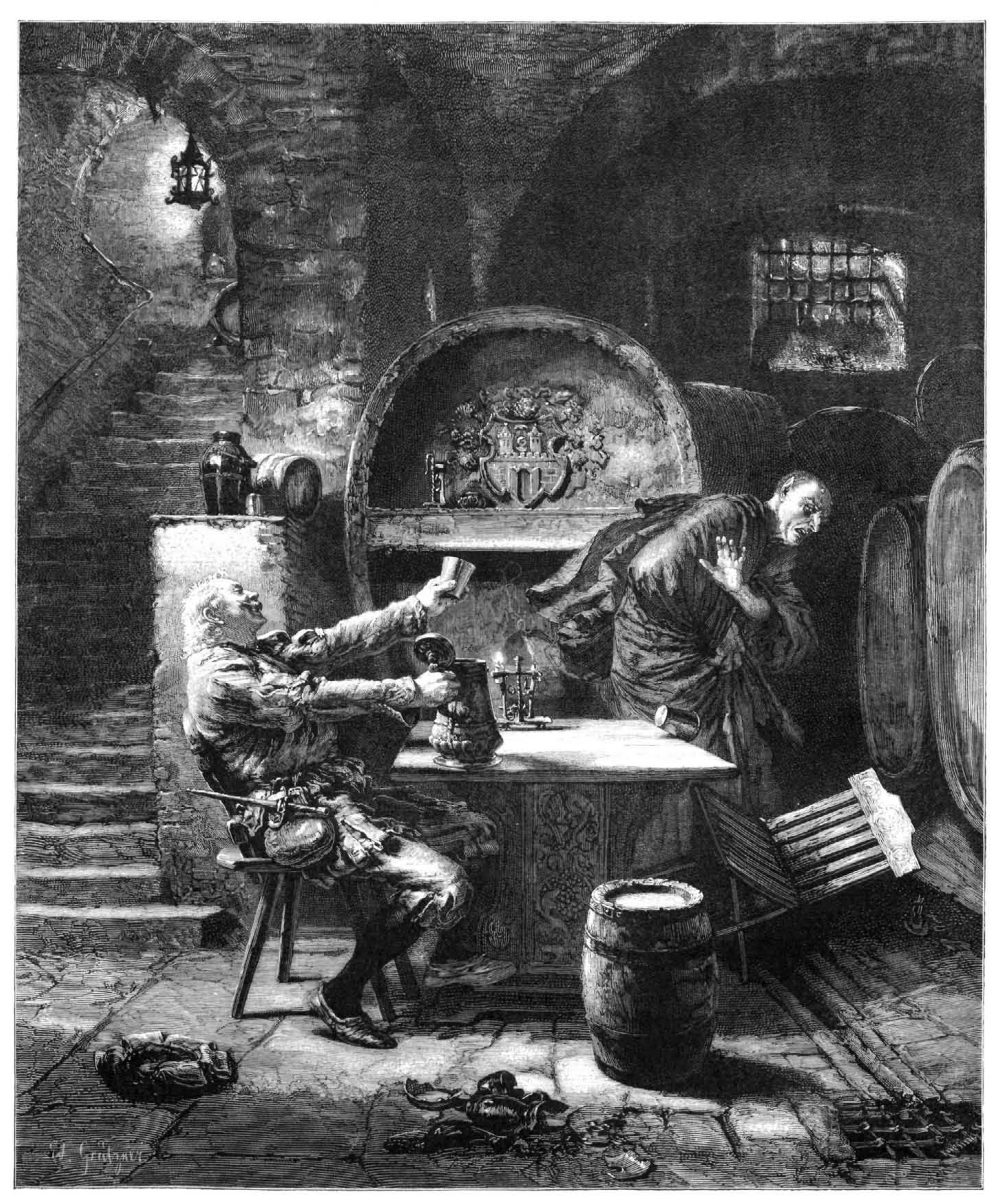
– Lo he oído en la Palma á un alguacil.

– Pues mira á la ventana y verás que el alguacil es un embustero.

– Será; – contestó el muchacho después de mirar y no ver nada.

La aludida, al oir la pregunta del hojalatero, había huído lo más de prisa que pudo: llegó á su casa, se acercó á tientas al jergón, del que sacó puñados de hojas de maíz hasta que su mano tropezó con un objeto que envolvió en su delantal; y al cabo de breves instantes, más bien arrastrándose que andando, porque contra la debilidad y los años no hay voluntad ni piernas que basten, salió de la villa y se internó en los montes, siguiendo las sendas que le parecían menos frecuentadas. Muchas veces buscó apoyo en los troncos de los pinos: muchas se recostó sobre duros peñascos, sin fuerzas para continuar caminando; pero aquí la voz de un campesino que estimulaba á sus bueyes á bajar casi entre tinieblas por empinadas cuestas, ora tirando, ora evitando ser arrollados y arrastrados por la pesada carreta; allí los ladridos de un perro y el balido de las ovejas que volvían al aprisco; en un sitio el ruido de herraduras, vago al principio, luego claro y distinto, que denunciaba la proximidad de un jinete; en otro, el eco de las campanas del convento de las monjas dominicas que tocaban al rosario, eco que el viento llevaba desde el valle á la cumbre; y sin cesar los confusos rumores de las olas que chocaban en los escarpados riscos de la costa, le producían terrores espantosos y bríos momentáneos que aprovechaba para avanzar algunos pasos en su penosa marcha.

– Me muero, – decía, – me muero; pero no iré á la cárcel ni se acercarán á verme en ella los que me han nega-



EL VINO DE SILESIA, cuadro de Eduardo Gruzner



LA DOLORA, dibujo de Conrado Kiesel

do un pedazo de pan y me han llenado de injurias. ¡Si pudiera llegar hasta Baredo! Los aldeanos se compadecerían de mí; repondría mis fuerzas... luego en el faro de cabo Silleiro... luego en Villasuso... luego en la Guardia... luego pasaría en la barca á Portugal, y entonces... entonces vendería el candelero. Todos dicen que yo lo he robado, ¡pero que lo prueben! ¡Oh!... si Ourogue no hubiera tenido aquellos papeles, Socorro sería la ladrona, el mi nieto la aborrecería... y me entregaría de nuevo todo lo que ganase. ¿La aborrecería?.. aquel empeño en que nadie se acercase á la cama.. aquello que dijo de que hay madres peores que las fieras y de que todos confesarían al fin que esa bribona es inocente... ¡Maldita huérfana! suya es la culpa de cuanto me pasa. Pero me estoy muriendo. ¡Tengo calor... tengo frío... frío hasta en los huesos!...

Cerca de la media noche salió la luna y la vieja sintió en su alma un estremecimiento de alegría al ver destacarse sobre el fondo azul del cielo la torre de la iglesia de la aldea. ¡Allí estaba Baredo! Allí la esperanza domeñadora de penas, sobresaltos y contrariedades. Algunos esfuerzos más y llegaría á la población: descansaría en el umbral de una puerta hasta el amanecer: los más madrugadores la socorrerían: todo cambiaría de aspecto y en la odiosa Bayona no volverían á tener noticias de la fugitiva. Esto le decía su espíritu á la vista de la torre; pero la materia había ya dado de sí todo lo que podía, y aquella desdichada criatura momentos después notó que sus ojos se nublaban, perdió el conocimiento y cayó en tierra *como cuerpo muerto cae.*

Sin duda lo tenía decretado así la justicia divina: porque ni la humana pensaba en Bayona volver á ocuparse del robo del candelero, ni lo que el aprendiz del hojalatero dijo á éste era más que una equivocada interpretación de las palabras: «¡Hoy mismo dormirá en la cárcel!» que oyó á un alguacil sin saber á quién se referían, ni acudiendo la miserable á casa de Ourogue hubiera tenido que huir, porque mientras ella se encaminaba á los montes por el valle de la Trinidad, el viejo pescador, á ruegos de Socorro, la buscaba en su abandonado albergue llevándola provisiones y la promesa de entregarle para su sostenimiento todo lo que produjese el bote recién construído en el Panjón.

—¿Se habrá tragado la tierra á esa condenada? —exclamaban las familias de los pescadores, echando de menos á la señora Decorosa; pero el primer día de mercado se supo por un aldeano que la habían encontrado casi yerta en el camino antiguo y que ya ocupaba un hoyo en el camposanto de Baredo.

Al cabo de dos años, el abad de Vilar devolvió al convento el candelero robado, con un papel que decía: «Recibido de un penitente bajo secreto de confesión.» Con este motivo la novia de Mourelo, cuya alma hermosísima era como el sándalo, que llena de aroma al cuchillo que le hiere, tomó á su cargo rehabilitar la memoria de la que tan mal la había querido, consiguiendo generalizar la opinión de que puesto que la señora Decorosa había fallecido dos años antes en una aldea cercana y puesto que en un pueblo cercano acababa de restituir el candelero un penitente, era un acto de justicia no achacar el robo á la difunta.

El calafate de marras, deseando sin duda que donde una persona se levantaba otra cayese, mientras en la playa de la Palma metía estopa en las junturas del casco de una lancha sostenía conversación con las mujeres que componían las redes ó hacían *crochet* y con los hombres que colocaban los cordeles y anzuelos de sus aparejos de pesca en las banastillas.

—Desde hoy, —decía, —no se puede hablar mal de la muerta.

—Ni de nadie, porque está visto que es muy fácil equivocarse.

—Eso conforme y según. Todos creímos que Socorro era la ladrona.

—Y todos nos equivocamos.

—Y ahora resulta que es un penitente cuya modestia no le permite decir su nombre.

—Ni hace falta. ¿Podrá evitar que lo sepa Dios que le ha de juzgar?

—Claro que no. Pero vuelvo á lo que iba diciendo. Desde el momento en que no se puede hablar mal de la señora Decorosa, tampoco se puede hablar bien de Cosme.

—Ya quisieras tú valer la mitad de lo que él vale.

—Yo no he abandonado á la mi abuela como si fuera un perro.

—Como que la tu abuela tuvo el talento de irse al otro barrio antes de que tú nacieras, para no conocerte. Además, de Cosme nunca ha habido nada que decir.

—¿A que vais á volveros atrás, poniendo como un trapo á la abuela?

—Nadie se vuelve atrás ni nadie embrolla el asunto más que tú. Que la señora Decorosa no robara el candelero, ¿qué tiene que ver con que diera ó no diera motivo á Cosme para hacer lo que ha hecho?

—Nunca hay motivo para dejar á los padres morirse de hambre.

—Esa es una verdad como un templo; pero también puede ser verdad que Cosme se haya ido contra todo su gusto.

—¡Puede! ¡puede!... lo mismo es posible todo lo contrario.

Una silba general contestó al calafate, que cerró el pico y siguió metiendo estopa en las junturas de la quilla de una lancha.

Al cabo de otros dos años volvió Mourelo á Bayona, después de haber pasado cuatro sirviendo en barco de rey; y Socorro, que tenía mil quejas que darle y mil cuentas que pedirle, porque ni se despidió de ella al marchar ni le había escrito una sola vez en tanto tiempo, se las compuso de manera que antes de formular el primer cargo se encontró estrechamente abrazada, envuelta en una mirada de fuego, de amor y de alegría sin límites, y embelesada por el eco de la voz más dulce á su oído que la llamaba: «¡Miña vidiña!» y claro está, la pobre muchacha sintió que el corazón no le cabía de gozo en el pecho, y cuando logró dominar la emoción que la embargaba ya había dicho sin pensarlo: —¡Cosme! ¡oh!.. desde hoy no te separará de mí más que la muerte.

¡Vaya V. después de esto á ocuparse de cuentas y quejas! No era posible tal cosa, y aquella paloma sin hiel tuvo que contentarse con pensar que las cosas no podían quedar así, que estaba enojada, pero muy enojada, y ofendida, pero muy ofendida, y que aprovecharía la primera ocasión que se presentase para hacer ver que con ella no se jugaba. Todos los pescadores se regocijaron de la vuelta de su compañero; todos á porfía querían contarle los detalles de la pesca durante su ausencia, la vida del bote Socorro desde que le bautizaron, la restitución del candelero en Vilar y la obra piadosa que Socorro había llevado á cabo propalando que era injusto el anatema que pesaba sobre la memoria de la señora Decorosa. Por su parte, el señor Liberato dispuso que la boda se celebrara sin perder momento; y como nadie podía disputarle en aquel acto solemne el papel de padrino; y como en calidad de tal tenía el deber de echar la casa por la ventana, el día que al pie de los altares se juraron los novios fidelidad eterna, obsequió á la marinería con una comida en que, amén de otras menudencias, se consumieron una ternera, unas cuantas docenas de pollos y gallinas, algunas arrobas de pescado que desde las lanchas fué á las sartenes; una carga de confites de Vigo; muchas cántaras del áspero y endiablado vinagre que los bayoneses fabrican con el pomposo nombre de vino y no pocas botellas de aguardiente. La banda de música de la villa estuvo todo el día tocando bailes de *agarradillo* con gran alborozo de la gente moza, y desde el amanecer hasta que cada mochuelo se fué á su olivo, cruzaron los aires más cohetes y globos de papel de colores que algas echa á costas y playas el mar de fondo.

Cuando por la noche, después de dejar solos á los héroes de la fiesta en su casa, la concurrencia se diseminó elogiando á boca llena á la novia, al novio y la esplendidez del padrino, éste, quedándose unos instantes con Socorro y Cosme, dijo al recién casado: —Aquí tienes en un taleguillo las nueve onzas y media que te dieron cuando te vendiste para servir en barco de rey; otras trece y media que ha producido el bote desde que se construyó y las seis que me diste el día de tu vuelta como ahorros del tiempo que ha durado tu empeño. Con ellas he puesto diez onzas más que Socorro ha economizado desde que dejó de comprar muebles y trebejos: otras diez que la mi mujer y yo le damos de dote, y cuatro que han producido algunos negocios en que he invertido vuestros fondos según iban llegando á mis manos, para no tenerlos parados. Además, desde hoy tú serás el patrón de mi gran lancha espinelera: de modo que no sólo tenéis ya casi un dineral, sino que por poco que Dios os ayude, y os ha de ayudar mucho porque los dos lo merecéis, vais á ser pronto más ricos que yo. ¿Estáis contentos de mí?

—¡No haría más un padre! —exclamaron arrojándose en sus brazos marido y mujer.

—Pero, —añadió Cosme, —¿y el patrón actual de la lancha?

—Ese va ya siendo viejo. Necesita descanso. Quedará en mi casa y hará la vida que yo hago. Más adelante, cuando tengáis hijos, nos dedicaremos los dos á ser niñeros Y no digo más, que aquí estoy estorbando.

Al día siguiente ya sabía Cosme que si Socorro al volver de Mondariz lloraba sin consuelo después de asegurarle que sus calumniadores habían dado el golpe en vago, era porque su corazón le advertía que la enfermedad de él y la deshonra de ella se debían á la señora Decorosa; y asimismo sabía Socorro que si Cosme, repuesto de la congestión, permaneció en cama mucho tiempo sin consentir que nadie se le acercara, era porque notando en su enfermedad entre las hojas del maíz del jergón un cuerpo duro, trató de sacarlo y resultó ser el candelero.

—Nunca, —dijo el pescador, —habíamos hablado en mi casa de nuestros amores. La mi abuela creyó siempre que solo ella podía tener derecho á mi cariño y al fruto de mi trabajo, y yo pensaba evitarle el disgusto de demostrar que se equivocaba hasta que hubiese absoluta necesidad de que lo supiera. Debía, sin embargo, estar enterada de todo, pues si no se supone que quiso impedir nuestra boda no se comprende que verificara el robo, haciendo que te lo achacaran á tí, ni que fingiendo defenderte me contara *lo que se decía*, ni que al observar que la justicia no te echaba mano añadiera á tantas infamias la de atribuir un origen vergonzoso á la conducta del juez. Con el deber de salvarte yo tenía el de no acusar á la verdadera ladrona. No me separaré del candelero hasta que el señor Liberato regrese, me dije; si él salva á Socorro sustituiré á un marinero de guerra; si no la salva, presentaré el objeto robado confesando que soy el ladrón. ¿Quieres saber ahora por qué en un día tan alegre te cuento cosas tan tristes? Para que veas que mi alma no tiene secretos para tí. ¿Quieres saber también por qué no te he escrito durante mi ausencia? Porque tú me hablarías de la que no he perdonado hasta que he sabido que ha muerto, y yo necesitaba para poder vivir que nada me recordase la causa de nuestros males.

No pasó mucho tiempo sin que Cosme confiara á su mujer un nuevo secreto: había averiguado que el abad de Vilar, nombrado párroco poco antes de la restitución del candelero, se hallaba accidentalmente en la aldea de Baredo, en la misma casa donde recogieron á la vieja el día en que la encontraron casi yerta en un camino, y de esto deducía que dicho sacerdote á la buena obra de ponerla bien con el cielo por medio de la absolución de sus culpas, había agregado la de ponerla bien con el mundo, reteniendo el objeto robado y enviándolo al convento al cabo de dos años desde una población diferente, sin lo cual todos dirían para sus adentros: —La señora Decorosa, ladrona; Cosme, nieto de una ladrona; Socorro, mujer del nieto de una ladrona.

El nuevo patrón de la gran lancha de Ourogue dió con sus dulcísimas confianzas ocasión á que su compañera, cada vez más enamorada de él, le convenciese de que la señora Decorosa, lejos de destruir la felicidad que disfrutaban, había contribuído á hacerla mayor, proporcionándoles, con el retraso de la boda, los medios de reunir un capitalito suficiente para librarles de la precaria existencia que arrastran los que con redes y aparejos tienen que buscar en el mar el pan de cada día. En cambio, Socorro no llegó á encontrar oportunidad para dar las quejas y pedir las cuentas con que debía demostrar que con ella no se jugaba.

Pedro María Barrera

LAS CUSTODIAS GÓTICAS
de nuestras iglesias

I

España es uno de los pueblos donde menos se ha hecho por recoger, ni conservar siquiera, las obras de platería y joyería, que tanta importancia tienen sin embargo para la historia de la civilización. Aun sin contar con la vergüenza de lo sucedido con las coronas de Guarrazar, y sin la pretensión de comparar las colecciones de alhajas y objetos preciosos de nuestros museos con las de otros más afortunados, bastará notar que no conozco ninguno de ellos que pueda al menos presentar una serie de las joyas españolas contemporáneas usadas por nuestras clases populares, para estudiar las cuales y reunir los datos que de su estudio deben sacarse hay que hacer nada menos que un viaje á Londres, cuyo Museo de Kensington las ha recogido y tiene expuestas (el año pasado, en la sucursal del barrio de Bethnal-Green); como las tiene de nuestra cerámica ordinaria actual, algunos de cuyos tipos, quince años después de formada dicha colección, es ya casi imposible encontrar en España. Ya se comprende que de todo esto es causa nuestro atraso y la ignorancia de muchas de las personas dedicadas á la arqueología y que tienen á su cargo los museos; no, como suele decirse (cómoda excusa), nuestra falta de medios. No hay para qué recordar más hondos contratiempos aún: v. gr., nuestros más opulentos magnates y prelados vendiendo cálices, tapices y viriles, etc., etc.

Y sin embargo, ¡cuánto queda todavía! Los tesoros de las catedrales de Oviedo, Sevilla y Toledo, para no mencionar sino las de más importancia en este sentido, expoliadas y saqueadas por propios y extraños como están, no tienen quizá hoy todavía rivales en los de ninguna otra nación. Para su estudio no hace falta, en verdad, que el Estado se incaute de ellos; basta que los mismos cabildos los cataloguen y expongan con mayor holgura y mejores condiciones, sin perjuicio por esto de los fines religiosos, confiándolos siempre á persona perita, que podría ser, bien un capitular, bien un empleado dependiente de la corporación y nombrado por ella. Si para el efecto hace falta que el Estado auxilie con medios pecuniarios y quizá hasta con una guardia en ocasiones, hágalo sin demora; á esto debe limitarse.

No todas nuestras catedrales poseen tesoros tan ricos y abundantes como las indicadas; pero casi todas, y aun muchas iglesias de menor importancia, tienen una *Custodia* de mérito arqueológico. Sabido es que este nombre designa una alhaja casi peculiar á nuestro país (1): el templete destinado á albergar el viril ú ostensorio donde se expone la Sagrada Forma y se lleva especialmente en procesión en la fiesta del Corpus. Estos templetes, ó más bien, series de templetes sobrepuestos en forma de pirámide escalonada, son, ya de oro, ya de plata al natural, ó sobredorada, y están adornados con nielos, esmaltes y hasta pedrería; su estilo es el último gótico, el del Renacimiento, ó el plateresco, que combina á entrambos, y que de estas y otras alhajas pasó tal vez á la arquitectura monumental, dando nombre á sus ejemplares de este tipo. Su origen, por tanto (al menos no se conserva resto ni mención de anterior fecha), data de fines del siglo XV ó principios del XVI, perteneciendo á esta época las más importantes obras que han logrado sobrevivir á tantas guerras, revoluciones, desórdenes, hurtos y rapiñas. A veces, se ha añadido á las custodias, ya unas andas, de plata también, y hasta un baldaquino completo, como en Palencia, á fin de llevarla en procesión, ya un carro de madera dorada y plateada con el propio objeto; pero estas adiciones, algunas de ellas tan ricas como las de Cádiz ó Zamora, son por lo común muy posteriores, churri-

(1) En Italia las hay, pero de forma de viril: sirva de ejemplo la de la catedral de Padua, que se tiene por la mejor.

guerescas casi siempre y de escaso interés artístico. Otro tanto puede decirse de las campanillas contemporáneas de las andas, ó aun posteriores, con que, siguiendo el gusto que puso estos adminículos de moda, se han estropeado frecuentísimamente los más hermosos ejemplares de este género. No dejaría, sin embargo, de tener utilidad el estudio de esta moda.



HERNÁN CORTÉS, estatua en mármol de Vallmitjana Abarca

Las custodias góticas y las platerescas pueden bien comprenderse en un solo grupo, atendiendo á que en unas y otras preponderan las formas ojivales, hasta el punto de que, á veces, el primer aspecto es idéntico en ambos tipos y sólo una observación atenta revela que, por ejemplo, son flameros los que nos parecían pináculos; y que los motivos de las cresterías, doseletes y portadas, combinados al modo ojival, están, sin embargo, tomados del gusto clásico. Las estatuillas que las decoran corresponden generalmente, en su tipo, al estilo flamenco, característico del último período de la escultura gótica entre nosotros y representado por Gil de Siloe y Enrique Egas; ya veremos después cómo las custodias de la región oriental forman excepción de esta regla.

Entre todas las que se conservan, son las más importantes las de Toledo, Córdoba, Sahagún, Cádiz, Salamanca, Zamora, Toro, Barcelona, Gerona, Vich y Palma de Mallorca (1).

La primera es la de mayor interés, salvo quizá la de Córdoba, cuya finura parece también mayor por ser de plata al natural, mientras que aquélla está sobredorada, aunque no primitivamente, sino desde 1595 tan sólo, por Valdivieso y Merino, que dejaron en blanco algunas partes, incluso el plinto añadido entonces. Mandó hacer la obra el cardenal Cisneros, eligiendo, en concurso con los proyectos de otros dos extranjeros, Copin y Juan de Borgoña, el de Enrique Arfe, el famoso platero alemán, venido á España á fines del siglo XV y fundador de la gloriosa dinastía de su apellido, connaturalizada luego en León. Trabajó en ella desde 1517 á 1525, auxiliándolo Lainez para las piezas de oro y pedrería, v. g. el viril (que como en tantas otras partes, se dice hecho con «el primer oro que vino de América») y la hermosa cruz del remate (2). Es de estilo gótico conopial, de planta exagonal, casi 3^{m} de altura y tres cuerpos sobre un zócalo enriquecido con relieves: el primero de estos cuerpos guarda el viril, y el segundo, la imagen del Salvador resucitado; y tal es la delicadeza de sus doscientas sesenta estatuas, de sus arcos, cresterías, pilares, contrafuertes y pináculos, que parece imposible compongan un peso total de 192 kilogramos, 178 de plata y de oro el resto.

La custodia de Córdoba, obra del mismo autor, es algo más antigua (de 1513), de plata en blanco, como ya se ha indicado, y completamente análoga en su disposición y estilo. Las principales diferencias están en el segundo cuerpo, cuya estatua central (de gusto barroco) representa la Asunción de la Virgen, en lugar de la del Salvador, que á su vez corona aquí la obra entera, mientras que una cruz remata la de Toledo, según queda dicho. El influjo del Renacimiento se advierte en algunos motivos y estatuillas, aunque las más de éstas corresponden todavía al último período gótico, que entre nosotros, como ya se ha dicho, tiene generalmente carácter flamenco. El riquísimo zócalo y pedestal sobre que descansa es admirable.

Aun era más antigua la de León, que desgraciadamente no existe, y primera, según parece, que hizo Enrique Arfe, pues consta que en 1506 trabajaba ya en ella (3).

Del mismo platero es también la del antiguo monasterio de San Benito de Sahagún, conservada todavía en dicha ciudad; atribuyéndosele tal vez sin razón la de Zamora; y al propio estilo corresponden otras dos: la de Cádiz, que lleva el nombre de «el Cogollo» y se coloca en lugar del viril de costumbre, dentro de otra custodia mayor y de gusto clásico, que posee aquella catedral, y la de Salamanca, más pequeña que las anteriores, con serlo éstas asimismo en comparación con las de Córdoba y Toledo.

De las cuatro, la más auténtica (la de Sahagún) no es quizá la más importante (4). Pertenece al mismo tipo que la de Córdoba, está en blanco también como ella y es de tres cuerpos, pero en planta cuadrada; su estructura mucho menos graciosa y proporcionada, su poca esbeltez y altura en relación con el ancho del basamento, la hacen muy inferior á aquélla, más que su sencillez y menores dimensiones. Sin embargo, la faja de la base, compuesta con follaje y figuras ya casi por completo del Renacimiento, está perfectamente tratada; y las estatuas, en corto número, que, por el contrario, conservan todavía cierto purismo gótico, son excelentes, sobre todo la del Salvador, que corona la custodia; en el segundo cuerpo se ostenta una de la Virgen en el mismo estilo. Por cierto, que, á pesar del inequívoco testimonio que de su legítimo autor, ó al menos de su época y gusto, da la obra misma y de la noticia concorde de Cean (5), en el zócalo de esta pieza se ha grabado, en la fecha que indica su segunda parte la inscripción siguiente: *Joannes de Arphe fecit An. 1441. A. S. Facundi*, R. D. Pedro de Medina. — *Josephus Serrano refecit Ann. de 1772. Antistite R. D. F. Anselmo Albarez de Mendieta.*

Pero, ni esta custodia podía ser de Juan de Arfe, precisamente uno de los más eficaces agentes de la introducción del clasicismo en España, ni este artista ejecutar la obra en 1441, tiempo en el cual no había nacido (6). La inscripción es, pues, á todas luces inexacta; probablemente, la inmensa fama de Juan de Arfe había oscurecido la de su abuelo en la época en que se grabó.

Aunque mucho mayor que esta custodia, queda por bajo de ella la de Zamora, en blanco también, salvo algunos relieves y estatuillas doradas; sus proporciones, muy poco graciosas, nada ganaron con el cuerpo inferior barroco que posteriormente se le añadió y cuyo gusto es análogo al altar de plata repujada, de 1598, sobre que se la expone en las solemnidades. No es menos barroco por cierto el pedestal agregado al «Cogollo» de Cádiz: custodia que, en cambio, ofrece las más bellas formas. Tiene dos cuerpos, está dorada y coronada por una cruz de amatistas, de fecha posterior; las estatuillas ofrecen menos carácter que las de Sahagún, indudablemente superiores.

La de Salamanca, casi toda sobredorada, es de planta octogonal, de un metro de altura, distribuído en cuatro cuerpos, y una de las que presentan menos fundidos entre sí el elemento gótico y el clásico, hasta el punto de que á primera vista, el cuerpo inferior, perteneciente al último de los dos estilos, con sus columnas balaustradas y su coronamiento de bichas y medallones, podría pasar á primera vista por una adición posterior á los otros tres. En éstos dominan, por el contrario, las formas ojivales flamencas, visibles sobre todo en las ocho estatuillas adosadas al primero de los tres, bajo sus correspondientes doseletes. En el templete inferior, cuya altura (más de 0^{m},60) excede á la de los otros tres sumada, se coloca la Sagrada Forma; y la obra toda lleva por coronamiento el jarrón de azucenas, emblema usual de nuestras catedrales, pero que en ninguna de las otras custodias aparece (7).

La colegiata de Toro, que tan profundo interés encierra para la historia de nuestra escultura, así como de uno de los más importantes ciclos de nuestra arquitectura, — el formado principalmente por ella y la catedral de Zamora, alrededor de la vieja de Salamanca, — posee también su excelente custodia, obra en blanco de Juan Gayo en 1538, y que es un ejemplar de los más característicos para estudiar la transición del estilo gótico al del Renacimiento; también tiene sus andas churriguerescas de plata repujada.

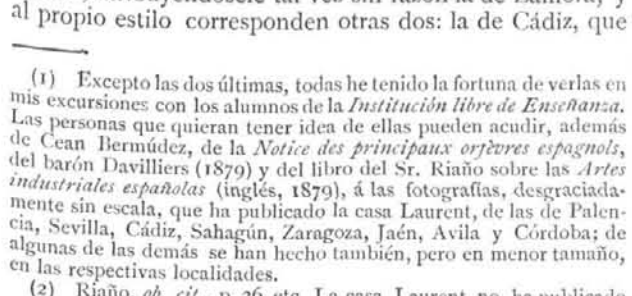
(Concluirá) F. GINER DE LOS RÍOS

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Los Samals, hostiles á todos los indígenas, son también intrépidos y más laboriosos, y ocupan por sí solos la isla de Samal, en el golfo de Davao. He hallado una de sus sepulturas en el mayor de los islotes de Malipano, constituído por la parte culminante de un inmenso banco de políperos, alrededor del cual apenas hay un metro de agua. Esta posición indica la manera de formarse el islote, producido indudablemente por un levantamiento, pues el suelo está cubierto de rocas madrepóricas, llenas de grutas y de grietas, donde es evidente la acción del mar. Lo muy marcado de estos vestigios, y la vigorosa vegetación, sin árboles seculares, indican cla-



(1) Excepto las dos últimas, todas he tenido la fortuna de verlas en mis excursiones con los alumnos de la *Institución libre de Enseñanza*. Las personas que quieran tener idea de ellas pueden acudir, además de Cean Bermúdez, de la *Notice des principaux orfèvres espagnols*, del barón Davilliers (1879) y del libro del Sr. Riaño sobre las *Artes industriales españolas* (inglés, 1879), á las fotografías, desgraciadamente sin escala, que ha publicado la casa Laurent, de las de Palencia, Sevilla, Cádiz, Sahagún, Zaragoza, Jaén, Avila y Córdoba; de algunas de las demás se han hecho también, pero en menor tamaño, en las respectivas localidades.

(2) Riaño, *ob. cit.*, p. 26, etc. La casa Laurent no ha publicado esta custodia, pero sí el fotógrafo de Toledo Sr. Alguacil.

(3) Cean, *Diccionario*, t. I.

(4) Fué hecha para el famoso monasterio de benedictinos, del cual la adquirió el Ayuntamiento en la cantidad de 10,000 reales.

(5) *Diccionario*, t. I, p. 58: «No ceden en delicadeza y mérito... las otras custodias que trabajó (Enrique Arfe) para las catedrales de León y Córdoba y para el monasterio de los benedictinos de Sahagún... La de Sahagún, aunque más pequeña, está muy enriquecida de adornos y torrecillas góticas.»

(6) Nació en León en 1535 y murió, no se sabe si en Madrid ó en Segovia, entrado ya el siglo XVII, según Cean. A ser exacta la referencia de éste, la custodia, si es obra de Enrique, tampoco puede ser de 1441, como asegura la inscripción, pues aquél debió nacer en Alemania entre 1470 y 1480.

(7) Aunque he visto esta custodia varias veces, no tenía notas de ella, ni se hallan en Cean, ni aun en la reciente *Guía* de Salamanca del Sr. Araujo; habiéndome servido para completar mis recuerdos de las noticias que han tenido la bondad de facilitarme el erudito cronista de aquella ciudad D. Manuel Villar y Macías y el señor sacristán mayor de la catedral y que publico casi literalmente.

ramente que la fecha del levantamiento es moderna, hecho normal en esta región volcánica, sacudida diariamente por los terremotos.

En el centro del islote, á pocos pasos de la plaza, y debajo de una especie de gruta formada por una roca madrepórica, descubro un verdadero osario: este albergue, de unos cuatro metros de altura por dos ó tres de profundidad, sirve de cementerio á la tribu vecina, que sin duda no deposita aquí más de un muerto al año. En el centro hay muchas osamentas rotas, confundidas con los detritus; en una especie de angarillas cubiertas con *palma brava* (1) veo dos ataudes sobrepuestos, en los que se ha depositado una rueca, un poco de abaca para hilarla, un cestillo que contiene todos los ingredientes del betel, y dos copas de porcelana china, llenas un día de arroz, que hace mucho tiempo se comieron las aves.

Los ataudes afectan la forma de las piraguas del país; están construídos con un tronco duro, y cerrados por una tapa que se ajusta exactamente, sujeta con bejucos. Los cadáveres están envueltos y estrechados como momias en una especie de sudarios cubiertos de esterillas.

Los Tagacaolos (talla media, 1,524 milímetros en los hombres), inferiores á las tribus vecinas, á las cuales temen mucho, habitan en las estribaciones del Apó, entre Cauit y Malalac, cerca de los *Bilanes;* estos últimos, reducidos á unos pocos grupos sin importancia, son los parias de la región.

Los traficantes Bisayas y los moros explotan vergonzosamente á todos los Infieles y los engañan de una manera odiosa en todas las circunstancias posibles: he aquí un ejemplo.

Cierto día, habiendo emprendido una excursión á la costa oeste del golfo, mi piloto bisaya me invitó á anclar cerca de un pequeño caserío, alegando varios pretextos, evidentemente falsos. Curioso por conocer el motivo de su insistencia, díle orden de abordar, y no le perdí de vista. Apenas llega la noche, mi piloto se desliza misteriosamente en una caseta, y yo le sigo; de repente, la rama resinosa que iluminaba el interior se apaga; una mano me guía en la oscuridad, y á los pocos instantes, encendida de nuevo la luz, hállome en un estrado de bambú, entre dos bagobos; una treintena de chiquillos, de mujeres y de esclavos están sentados en el suelo, y mis remeros, agrupándose á la puerta, miran con mucho interés. Poco á poco comprendo la escena: aprovechando su viaje, mi piloto ha venido á concluir un negocio después de estar en tratos largo tiempo: ha pedido la mano de la hija de la casa. Según la costumbre de estos indígenas, la luz se ha apagado á fin de que la joven tuviera tiempo de ocultarse detrás de uno de los pilares que forman saliente en la casa.

(1) *Corypha minor* (Palmeras).



Viaje á Filipinas. – Abrigo sepulcral del islote Malipano (golfo de Davao)

Sacando partido de mi presencia, el piloto hace su demanda en buena forma; expone su situación, sus esperanzas, el número de platos que dará á los padres; y pinta con vivos colores la feliz existencia que destina á su futura esposa.

Varios parientes toman la palabra después, y el hijo mayor parece resumir los debates: está grave y solemne; una demanda tan cortés le parece que debe ser aprobada por la familia, dándose una respuesta favorable; pero su hermana es dueña de su corazón, y sólo ella puede disponer de él. Dicho esto invítala á salir de su escondite para hablar libremente delante de la familia reunida. La joven resiste algún tiempo, mas al fin viene á sentarse junto á nosotros, estimulada por las ruidosas exhortaciones de las mujeres y de los esclavos. Reina entonces el mayor silencio; la joven tiene la palabra, y después de un breve intervalo, dice que no opondrá una negativa absoluta.

El piloto da las gracias y me dice que se casará dentro de quince días.

Esta escena nos da á conocer uno de los numerosos procedimientos que para explotar á los salvajes emplean sus vecinos más civilizados. Para los Infieles estos casamientos son legítimos, mas no indisolubles, porque admiten el divorcio, aunque sólo cuando median graves motivos. Para el bisaya, por el contrario, la unión con una infiel carece de importancia, y sin escrúpulo trocará su mujer por algún costal de arroz. Ni siquiera tiene en cuenta los regalos, por más que no sean insignificantes, pues un bagobo se creería deshonrado si poco después de la boda no diese á su yerno un valor en caballos, resinas y otros artículos, por lo menos equivalente al que ha recibido del novio. Entre los bagobos no sucede así: el esposo que repudiara ó vendiese á su mujer arbitrariamente, atraería sobre sí una venganza terrible; pero el traficante bisaya sale del paso eligiendo otro valle para su comercio.

(Continuará)

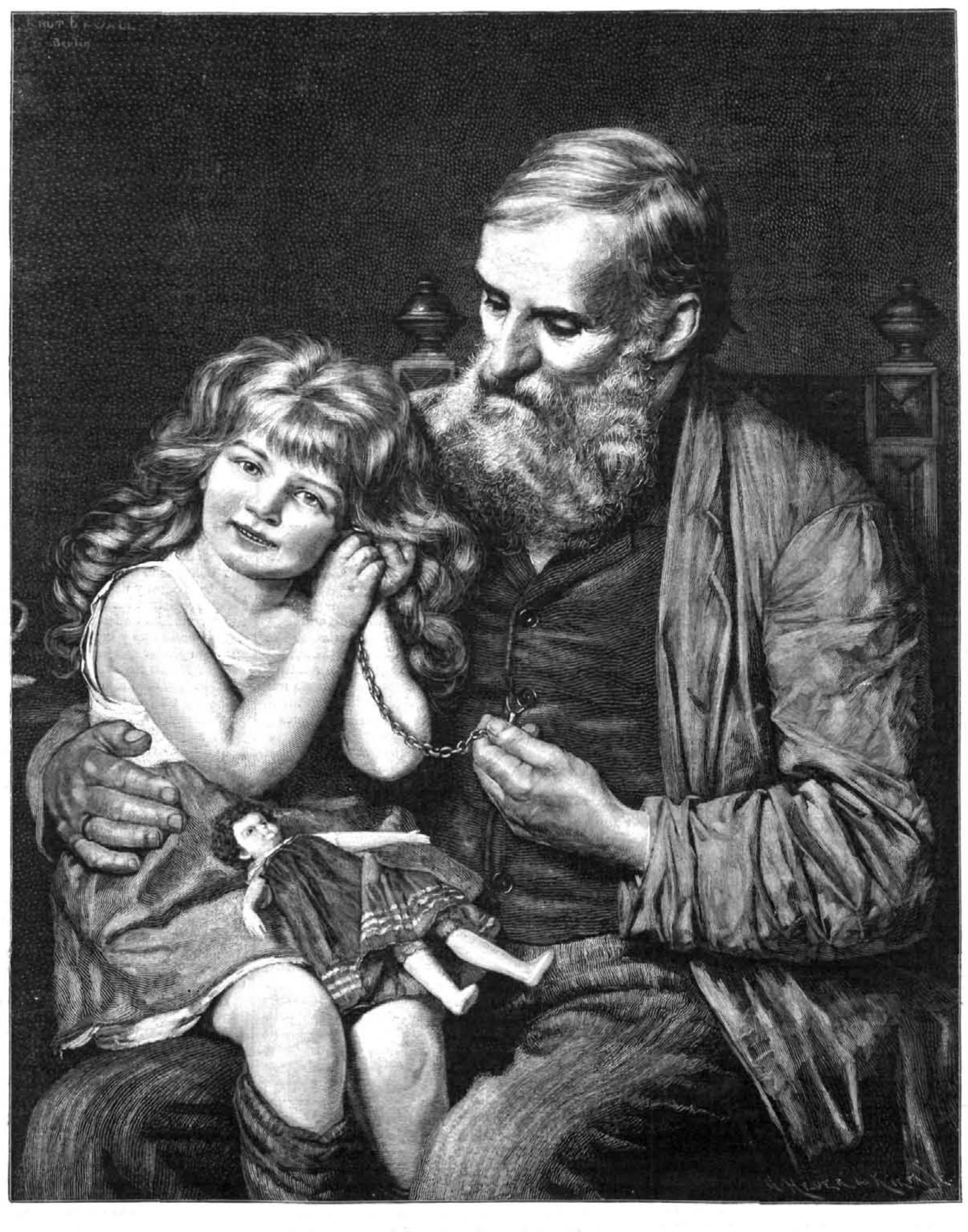
Viaje á Filipinas. – Demanda de matrimonio entre los Bagobos (Mindanao)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año V — BARCELONA 14 DE JUNIO DE 1886 — Num. 233

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TIC-TAC..., cuadro de Canuto Etwall

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.—La linterna mágica*, por don Luis Mariano de Larra.—*El ramo de margaritas* (continuación), por don F. Moreno Godino.—*Las custodias góticas de nuestras iglesias*, por don Francisco Giner de los Ríos.—*Viaje á Filipinas*, por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*Tic-tac...*, cuadro de Canuto Etwall.—*Apunte*, de Neuville.—*Modelo en yeso*, de Sir. Leighton.—*Apunte*, de Daniel Chodowiecki.—*Apunte*, de E. Obón.—*Regreso del prado*, cuadro de J. Grunenwald.—*La Dieta de Augsburgo*, cuadro de W. Lindenschmit.—*El mejor jurado.—En ausencia de...*, cuadros de Lengo.—*La ranchería de Mani.—Puente de bambú sobre el río Tagulaya.*

NUESTROS GRABADOS

TIC-TAC..., cuadro de Canuto Etwall

He aquí una escena vulgar, un grupo común, un asunto realista, como se ha dado en decir modernamente. Y sin embargo, he aquí, también, cómo cabe en lo vulgar poesía, en lo común elegancia, en lo realista elevación y sentimiento.

El bueno del abuelo presta el reloj á su nietecita para que ésta se distraiga con el acompasado rumor de la diminuta máquina, que pega á su oído. Esta inocente manera de entretener á los niños es cosa tan corriente, que el asunto del cuadro de Etwall apenas pudiera ser tomado en serio por quien careciese de las grandes condiciones de ejecución que tiene aquel artista. Con todo, de él resulta un lienzo simpático, más que esto, resulta un estudio admirable. La expresión ruda, dura tal vez, del anciano, se halla suavizada por cierto goce íntimo, por cierto placer de noble condición que experimentan aquellos cuya vida acaba al ponerse en relación con aquellos en quienes la vida empieza.

El semblante de la niña es precioso y expresivo: en él se refleja la sorpresa, la curiosidad y aquella primera reflexión de la infancia que busca incesantemente la causa de lo desconocido. ¿De qué proviene el tenue y acompasado rumor que hiere sus oídos? He aquí la pregunta que se formula esa tierna criatura, pregunta que dirigirá acto continuo á su abuelo y que éste contestará imprudentemente atribuyéndolo á una causa inexacta. Nunca hemos podido comprender la costumbre de falsear la razón de los niños, dándoles explicaciones necias ó maravillosas de aquello que las tiene ciertas y naturales.

El cuadro de Etwall, de difícil ejecución por lo mismo que representa una escena trivial, es un modelo de naturalidad que no puede confundirse, empero, con el realismo anti poético y anti artístico de ciertos pintores olvidadizos de que donde no hay belleza no hay arte.

APUNTES ARTÍSTICOS

Nuestros favorecedores habrán observado el merecido valor que damos á los apuntes de distinguidos pintores, apuntes que en breve espacio contienen primores, á menudo de primer orden. Entre los que hoy publicamos los hay de autores tan reputados como Neuville, Obón, Chodowiecki y Leighton, y en todos ellos se echan de ver las condiciones especiales, la fisonomía de esos maestros.

REGRESO DEL PRADO, cuadro de Grunenwald

Nos hallamos en presencia de un verdadero idilio. El anciano pastor y la niña gentil han pasado el día en el campo, apacentando su rebaño. Lejos del bullicio del mundo, tranquila la conciencia, ante el espectáculo de la naturaleza que habla al sentimiento de la obra de Dios, han bendecido á la Providencia, compartido la frugal comida y juntado sus oraciones de gracias por las mercedes recibidas, ¡ellos que al parecer tienen tan exigua parte del patrimonio del mundo!

Y á la caída de la tarde, cuando el sol parece despedirse tristemente de los campos, como el enamorado se aleja tristemente de su amada, aun cuando sea por breves horas; el anciano y la niña han emprendido el camino de su cabaña á los agrestes acordes del caramillo rústico, el instrumento en que el pastor ejecuta el canto peculiar de las montañas que le rodean.

Todo en esta composición es apacible, el campo y el cielo; todo parece invitar al recogimiento propio del crepúsculo vespertino: cualquiera que se fije por un momento en esta obra de arte, si el mundo ha agitado su espíritu, ha de suspirar por esa calma plácida, ha de envidiar esa soledad que eleva la mente á regiones puras, serenas, más próximas al cielo.

Cuadros que, como el de Grunenwald, elevan el pensamiento á tan nobles esferas, llenan cumplidamente una de las más nobles misiones del arte.

LA DIETA DE AUGSBURGO, cuadro de Lindenschmit

Los hechos de Lutero han servido de argumento para muchos cuadros; pero en todos ellos desentona la figura del heresiarca, que en la época de su celebridad tenía bien poco de artística. Su obesidad y lo vulgar de su semblante le hacen generalmente poco á propósito para servir de personaje culminante en una obra bella; y demostró buen gusto el autor del cuadro que publicamos, ya que se inspiró en la vida de Lutero, eligiendo el asunto de la Dieta de Augsburgo, que se celebró cuando aquél tenía solamente treinta y cuatro años y la lucha y la pasión no habían trasformado aún la naturaleza del joven agustino, en mal hora disidente de la Iglesia.

Como obra de arte, el cuadro de la Dieta está perfectamente concebido y ejecutado con pleno dominio del asunto. Las figuras se hallan agrupadas con habilidad y los tipos estudiados con talento. Así, por ejemplo, es imposible confundir al cardenal italiano con los teólogos alemanes: su tipo, sus maneras, la impresión externa que determina en él la conducta del heresiarca son distintas de las de aquéllos. Mientras los teólogos parecen solamente jueces ávidos de recoger las declaraciones de un acusado, el legado pontificio contempla al disidente cual si presintiera todas las consecuencias de la naciente protesta del joven agustino. En suma, *La Dieta de Augsburgo* es un cuadro no común, para el cual se necesita mucho aliento y grandes facultades de ejecución.

EL MEJOR JURADO.-EN AUSENCIA DE..., cuadros de Lengo

No conocemos al autor de esos cuadros; es el Lafontaine artístico de las palomas; y pues tanto las ama, debe tener un corazón sin hiel, como lo tienen aquellas aves, si asentimos á ciertos versos de Zorrilla.

Lengo ha compuesto con palomas, idilios, comedias, dramas y hasta tragedias. Romeo y Julieta, Otelo y Desdémona, lo más tierno, lo más cómico, lo más sublime, ha adquirido forma de paloma, mediante el pincel de Lengo. Giacomelli conoce la vida y costumbres de los pájaros en general; Lengo debe conocer *el alma* de las palomas en particular. Imposible parece que con tales *personajes* pueda componer tan interesantes escenas.

Artista genial, es Lengo una maravilla de ejecución en su especialidad. Pero como ésta necesita accesorios que completen la ilusión, tal como el autor se ha propuesto causarla, distínguese nuestro artista por la habilidad que demuestra en la reproducción de estancias, muebles, adornos y toda clase de chucherías, más ó menos importantes, pero ejecutadas siempre con una exuberancia de recursos que raya en prodigalidad.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LOS ALPES BÁVAROS,

Vistas copiadas del natural por J. J. Kirchner

Ha llegado la ocasión de hacer maletas.

El calor y la moda echan de casa á los que todavía tienen dinero.

Los *touristes* amigos del bullicio y de las aventuras se dirigen á las playas francesas, donde no se bañan, y á ciertos lugares de aguas renombradas..... por el mucho champagne que en ellos se bebe y el mucho dinero que se juega.

Los amantes de la naturaleza se dirigen á los Alpes. Alabamos el gusto de estos últimos.

Como muestra del espectáculo alpino pueden nuestros suscritores recrearse en el *Suplemento Artístico* del presente número.

Si á la vista de tantos cuadros, ya imponentes, ya apacibles, pero siempre bellos, se sienten tentados á comprobar la verdad, no resistan á la tentación. Pocas veces habrán empleado mejor un verano.

Pero cuando se dirijan á los Alpes bávaros, eviten el paso por los Alpes suizos.

Porque de lo contrario, Baviera corre peligro de quedarse sin visita.

Esto no impide que los Alpes bávaros sean preciosos, como la existencia de rubias muy bellas no impide que haya morenas muy bonitas. Lo mejor, cuando no se trata de mujeres, es quedarse con las morenas y con las rubias: un verano en los Alpes suizos y otro verano en los Alpes bávaros.



APUNTE, de C. de Neuville

LA LINTERNA MÁGICA

Cuento fantástico

I

En un pueblecito de las montañas de León, vivía á fines del pasado siglo un sabio, de los más sabios que por aquella época andaban por el mundo; ó mejor dicho, se escondían del mundo; tanto porque de verdaderos sabios ha sido siempre huir de las vanidades y estrépito mundanos, cuanto porque el oficio de sabio, en España sobre todo, ha tenido siempre muchísimas quiebras. El tribunal de la Santa Inquisición aun extendía sus verdes ramos por la católica tierra española, y todavía su sarcástico escudo de oliva y palma adornaba más de un pecho cortesano y más de un cuello poderoso: y aunque ya no era el terrible tribunal del glorioso reinado de Carlos II, todavía y de cuando en cuando se permitía quemar á alguna bruja que otra, y azotar por calles y plazas á más de un químico atrevido ó de un filósofo irreverente. *Con la Inquisición... ¡chitón!...* decía el pueblo español á guisa de refrán; y físicos, astrónomos, matemáticos y toda esa gente de mal vivir y de bien pensar, adoptaban el silencio como medida previsora para librarse de las garras de familiares y expurgadores. Había aún cada fraile exorcista que cantaba el credo, y era cosa corriente y práctica santa, andar con el hisopo y el agua bendita á vueltas, tanto para librar la casa de ratones y correderas, como para echar de cuadras y desvanes á duendes atrevidos ó á diablos tercos y libidinosos. Por estas razones, y por la modestia natural que acompaña siempre á la verdadera sabiduría, el sabio de quien hablamos, vivía retirado en un pueblecito de las montañas de León, á fines del pasado siglo. Pero así como por el hilo se saca el ovillo, y por el *tufo* del puchero que hierve á la lumbre del fogón casero, se adivina si la cena que nos aguarda es estofado de vaca ó guisado de coles, así en los más pequeños actos de la vida del sabio en cuestión, se adivinaba su profunda sabiduría. Y tanto, y tan de gente en gente corrió, aunque en voz baja, la fama del buen hombre, que olvidándose poco á poco de su nombre de pila y de su vulgar apellido, todos dieron en llamarle el *doctor Merlín*, nombre por el cual le conoceremos nosotros, y único que ha llegado á nuestra noticia. El doctor Merlín tenía familia, que no es gran prueba de sabio por cierto, y era viudo además: peor prueba aún de sabio, si como es natural para llegar á viudo había sido antes casado; y quería á su hija y á su sobrina más que á las niñas de sus ojos; y á un muchacho joven y travieso que con ellos vivía, más que á los ojos de sus niñas, disparates todos que probaban su buen corazón, pero que no hablaban muy en favor de su vasta ciencia y profundos conocimientos filosóficos y psicológicos. Llamábase su hija, María; nombre impecable que llevan en el mundo miles de pecadoras; y su sobrina, Rosa; bonito nombre para quien tiene de quince á veinte abriles, y sarcasmo risible para las que pasan de cuarenta otoños. Ambas eran jóvenes y lindas, en la época en que las colocamos, y sus caracteres encontrados (triste y pensativo el de la primera, y jovial y alborotado el de la segunda), eran el claro oscuro de aquellos días de paz y de esperanza que formaban la venturosa existencia del sabio Merlín. Pero como no hay dicha completa en este mundo, ni creo que en ningún otro, el diablo, que todo lo enreda (y aquí viene de perilla la utilidad de la Inquisición), trajo á aquella casa pacífica á un muchacho travieso, ambiciosillo y alborotado y á un su amigote compañero de Universidad y de correrías mundanales. Llamábase el primero, Carlos, y el segundo, Colín; nombre más de perro que de persona, pero que justificaba el cariño tenaz y entrañable afecto con que servía y amaba á su compañero y amigo. Como este cuento, es no sólo cierto, sino verosímil, á pesar de ser fantástico, no extrañarán mis lectores que Carlos se enamorara de María, y Colín de Rosa; y menos extrañarán aún, que María correspondiera á Carlos, y que Rosa se muriera por los pedazos de Colín. El sabio Merlín adivinó estos amores; que no se necesita ser muy sabio para adivinar que dos muchachos y dos chicas han de quererse viéndose á menudo y siendo unos y otros jóvenes y guapos; alegróse interiormente é hizo la vista gorda; vista muy de sabios para evitar cuestiones; y todos vivían en paz y en gracia de Dios, dejando pasar el tiempo, y esperando los chicos el feliz momento, en que dos bodas por amor llegaran á hacer de aquella modesta vivienda un paraíso abreviado de cariño y de delicias.

Pasaron muchos días, varios meses y algún que otro año, y por fin señalóse para celebrar ambos matrimonios, el día en que cumpliera un año de la conclusión de la carrera de ambos pretendientes. Estudiaba el primero para abogado y el segundo para médico. Estudios ambos que con el de boticario y escribano, constituían las únicas carreras á que por entonces aspiraba la juventud masculina en España. Para la carrera militar bastaban empeños de camaristas y frailes, y para la carrera eclesiástica no se necesitaba más que recomendaciones de azafatas y generales. Carlos acabó, mal que bien, de entender el *digesto* y de hacerse licenciado *in utroque jure*, y Colín no pudo jamás entender á Avicena ni comprender á Galeno; ignorancia que hubiera podido conducirle á ser un gran médico, si para ejercer la medicina no le hubieran hecho falta títulos académicos. Insistióse, sin embargo, en lo de la boda, y quedó concertado en que ésta se efectuaría al año justo de la fecha del título de Carlos. Y cátate á los dos futuros esposos, con un año por delante de libertad y soltería, y á las dos futuras con doce meses de impaciencia y de temores. ¡Qué año aquél para el sabio! ¡Qué de planes concertó y deshizo el doctor Merlín! ¡qué de proyectos para lo futuro! ¡qué cálculos para los tiernos vástagos que de seguro habían de nacer de aquellos bien concertados consorcios! ¡Lo malo fué que Carlos y Colín diéronse á corretear por campos y aldeas: de bailes en romerías, y de fiestas en jaranas, no daban á su vida tregua ni reposo, y más de otra María y de otra Rosa tuvieron que llorar los atrevimientos del uno y las sencilleces del otro. Canciones y bailoteos, serenatas y pendencias, juegos lícitos é ilícitos, riñas y galanteos, todo les pareció poco á aquellos esposos en ciernes; y como es natural, fuéronse poco á poco olvidando de sus compromisos y de sus cartas amorosas; diéronse á llorar las olvidadas Rosa y María, y dióse á todos los diablos el sabio Merlín.

Y como todo llega en este mundo, llegó el día marcado para las bodas; y llegó con él la más inesperada peripecia que registran los anales de aquellos días. Cariacontecidos y meditabundos entraron en casa del doctor los dos novios; carilargas y cejijuntas los esperaban las novias y con cara *feroce* y gesto avinagrado los recibió el sabio Merlín. De las mutuas explicaciones y de las quejas de unos y otros resultó que María rechazó abiertamente la mano de Carlos; y que el *Sabio*, fundándose en que el novio no estaba aún en sazón para marido, le invitó á pasearse por el mundo durante algún tiempo, prometiéndole dinero y recomendaciones para su viaje. «Si al cabo de dos años más,—le dijo,—sigues pensando en mi hija y vuelves á esta casa en busca de la paz y la felicidad que hoy no mereces, aquí te esperaremos tan leales y cariñosos como nos dejas. Si te matan por esos barrios, ó si la suerte te lleva por otros caminos, Dios te ayude y hasta nunca!...

—Francamente,—contestóle Carlos,—V. y María provocan con la suya mi franqueza. Yo amo á su hija, se lo juro: pero cuando pienso en mi modesta posición y veo que el hombre puede conquistar la fortuna, envidio á los ricos y siento despertarse en mí la ambición del lujo y las riquezas. Cuando veo que un hombre puede, con su valor ó su talento, hacerse célebre y lograr el aplauso de las gentes, ¿cómo no he de ambicionar la aureola de la gloria? Y cuando considero por fin, que desde mañana he de vegetar por siempre en esta aldea, sin aspiraciones, sin horizonte, sin porvenir, salta mi corazón dentro del pecho y ambiciono el poder y me abrasa la sed del oro, de la gloria y de los placeres.

—Pues á buscarlos, hijo, á buscarlos,—contestóle el sabio;—*despídete de mi hija, y vé á mi laboratorio*. En él te espero para darte mis últimas instrucciones.»

María rompió en llanto y marchó á encerrarse en su habitación, sin querer escuchar las protestas de amor que Carlos la dirigía. El Doctor se fué tras de su hija, y Colín apareció riñendo con Rosa, y recibiendo de ésta por vía de despedida una serie no interrumpida de pellizcos y arañazos: porque es de advertir que enterado Colín de lo que ocurría, decidió *ipso facto* acompañar á Carlos por esos mundos de Dios, y dejar también vestida y sin novio á la linda Rosa. Y dicho y hecho: Rosa fué á buscar á su

prima y Carlos y Colín se encaminaron al laboratorio de Merlín, donde éste debía esperarlos. Y ya ven Vds. si el doctor Merlín sería sabio, cuando tenía su *laboratorio:* cosa reservada en todos tiempos para magos, alquimistas y astrólogos. ¡Y qué laboratorio! Vamos á tener el gusto de llevar á él á nuestros lectores, en la seguridad de que por poco simpática que les haya sido la Santa Inquisición, no podrán menos de confesar que había razón más que sobrada, para que á ser conocido aquel *antro de sabiduría humana*, hubiera tenido el sabio Merlín que ver y que sentir con el católico tribunal divino.

II

Retortas, alambiques, crisoles; caimanes y culebras disecadas y colgadas por las paredes: libros de coro colocados en facistol enorme; sillones de cuero de Córdoba; tapices con figuras de la Mitología griega; ánforas romanas; botijos y cacharros de Talavera; arcones árabes y bargueños: aquello más que despacho ú oficina de sabio leonés, parecía una tienda de objetos de arte, ó estudio de pintor del último tercio del siglo XIX en que vivimos. Si hoy con todos esos chirimbolos hay para admirar el lujo ó el dinero modernos, á fines del siglo pasado había para chamuscar á cien sabios juntos. Y lo que más llamaba la atención, por lo extraño de su forma y lo desconocido de su objeto, era una gran linterna que ocupaba el centro de una mesa de malaquita, y una inmensa botella conteniendo un licor verdoso, fabricado con yerbas aromáticas y de un sabor muy parecido al que saben dar hoy al suyo unos frailes trasconejados en la gran Chartreusse. Al lado de la linterna había una docena de cristales planos y pintarrajeados; y al lado de la botella dos copas de ágata de forma extraña y de talla incomparable. Penetrar en el laboratorio Carlos y Colín y aparecer el sabio fué una misma cosa. Hiciéronse lenguas los primeros de aquella habitación sorprendente y Merlín los obligó á sentarse. Hablóles de su viaje; dióles dinero para afrontar los primeros gastos de aquella expedición aventurada, y con el objeto de demostrarles que no les guardaba rencor por aquella mala partida, llenó las dos copas



MODELO EN YESO, de Sir. F. Leighton

con aquel licor extraño y se las dió á beber con demostraciones de afecto y de cariño. No bien las apuraron los inocentes, cuando llevándose las manos á la cabeza, que parecía írseles por el aire, cayeron como desplomados sobre sus sillones. Merlín colocó entonces un cristal en la linterna; encendió una lamparilla que dentro de ella estaba, y en el acto y como por conjuro mágico, apareció en la pared un gran disco luminoso, única luz que alumbró el laboratorio, sumido en todas sus otras paredes en la más profunda oscuridad.

—Despertad y mirad,—dijo Merlín á sus dos comensales, y como si éstos hubieran estado sujetos á una *hypnotización moderna* ó á un experimento somnambúlico de Mesmer, abrieron sus ojos y vieron sobre aquel círculo alumbrado por una luz muy parecida á la luz eléctrica moderna, pálida y temblorosa, lo que verá también el curioso lector.

III

¡Eran ellos! ¡ellos mismos! ¡Carlos y Colín, lujosamente vestidos... rodeados de amigos y admiradores; festejados, victoreados y aplaudidos! Suntuoso palacio era su morada: joyas de gran precio adornaban sus trajes, y en una habitación cuya puerta estaba cruzada por barras de hierro, altos montones de oro y plata alegraban la vista y el corazón de ambiciosos y avarientos. En suntuoso banquete celebraban tanta riqueza, pues los más exquisitos y extraños manjares se servían en vajillas de inestimable precio, y los vinos y licores brillaban á través de copas y vasos de impalpable cristal de bohemia. De pronto surgieron en el círculo luminoso dos nuevas figuras: eran María y Rosa vestidas de mendigas tirolesas; entonaban tristes canciones y pedían limosna á aquellos ricos señores relatando su abandono y su miseria. Lo más extraño de todo, era que en el ángulo superior de la derecha de aquel cuadro viviente y animado, aparecía con letras rojas un letrero, en el que se leía con caracteres góticos, estas palabras: *El dinero.* De pronto, un resplandor siniestro iluminó todas las figuras. Del cuarto de las barras de hierro comenzaron á salir llamas terribles; el incendio se propagaba con espantosa rapidez; los hombres huían, y el palacio comenzó á desplomarse entre los gritos de angustia de Carlos y Colín que veían desaparecer como por encanto todas las riquezas. Pocos momentos bastaron para convertir el palacio en un montón de ruinas; y á este cuadro sucedió otro no menos extraño. Era una calle oscura y triste de una ciudad desconocida. Carlos y Colín, con los trajes hechos jirones y semblantes patibularios, perseguían á sus antiguos amigos y aduladores en demanda de protección y amparo. Unos fingían no conocerlos y pasaban de largo: otros los obsequiaban con mohosas monedas de cobre, y todos huían de ellos como de la peste. Parecían sufrir los rigores del hambre y del frío, y pálidos y desencajados llegaron á la puerta de un edificio en cuyo frontón se leía la palabra: *Hospital.* A su puerta cayeron exánimes; y en aquel momento desaparecieron de la pared, figuras, edificio y letreros. Merlín acababa de sacar de la linterna mágica el primer cristal.

IV

Colocar otro menor y aparecer en el foco iluminado un campamento, fué obra de un instante. ¡Ellos otra vez! Carlos vestía el uniforme de capitán del ejército de Carlos XII, rey de Suecia, y Colín, con traje de ranchero, no se hartaba de probar las ollas de rancho. Muchos oficiales ensalzaban el valor de Carlos; un general adornaba su pecho, con una cruz laureada, por sus brillantes hechos de armas; y un ángel, en traje de mujer y con una trompeta muy larga, pregonaba las hazañas del héroe. De pronto el eco del cañón retumbó por el espacio, y generales, oficiales y soldados corrían á ocupar sus puestos. ¡Sangrienta y horrible batalla! El mismo Rey cayó sin vida frente á los muros de Frederischalt y todo su brillante ejército fué ignominiosamente derrotado. En una camilla apareció herido gravemente el capitán Carlos y á su lado Colín llorando, y María y Rosa ¡ilusiones ópticas! con traje de edecanes del Rey curaban al herido. De entre aquellos montones de cadáveres, surgió de repente la figura gigantesca del sabio Merlín, vestido de tambor mayor, y dirigiéndose al pobre Carlos, que parecía próximo á exhalar el último suspiro, le dijo con acento profético y voz estentórea:

«¡Ya lo veis, ilusos! La muerte no respeta ni la juventud, ni el valor! Se sacrifican millares de hombres! Se talan los campos!... se arruinan las naciones!... y todo ¿por qué?—Por la *Gloria!* Un nombre vano! una ilusión! una mentira!»

V

Apenas podía el nuevo cristal contener las figuras dibujadas en él. ¡Qué algarabía! ¡qué confusión! Pocos cuadros hay tan animados como el de un baile de máscaras en el teatro de la Grande Opera de París. Trajes de todas épocas, dominós y capuchones de todas clases; Pierrots y Debardeurs de todos colores. ¡Cuánta mujer! Carlos se veía asaltado por las más hermosas, y Colín no le iba en zaga. A los apretones de manos seguían tiernos juramentos, y á éstos embriagadoras promesas de amor y de placer. Giraban en vertiginoso wals todas las figuras, y la mujer que le había parecido á Carlos más constante, huía burlándose de él, del brazo de otro mortal preferido. Otras engañaban por él, á sus amantes ó á sus maridos y éstos reuníanse á reclamar de Carlos su honra ó su dicha. Colín abrazaba á todas y de todas recibía puntapiés y empellones. ¡Caos horrible de pasiones desbordadas y apetitos sin máscara! En el rincón de una platea, llorando sus esperanzas perdidas y vestidas de luto, invisibles sin duda para aquella multitud ebria de crápula y escándalo, María y Rosa contemplaban avergonzadas aquel cuadro de la decadencia. Atropellados por los ofendidos, Carlos y Colín salían del baile y se dirigían con armas y testigos al bosque de Bolonia. Era de noche aún, y cuando la aurora empezó á alumbrar con su tenue resplandor la *Cascada del bosque*, dos cadáveres yacían en tierra. Eran Carlos y Colín que pagaban con su vida la pasajera dicha de los amores fáciles.

VI

¡Hermoso cristal! Carlos y Colín eran personajes importantes de una nación poderosa. *La voluntad nacional* los había elevado á la cumbre del poder, y manejaban á su capricho la fortuna pública y *la voluntad nacional!* Próceres y magnates se prosternaban ante ellos y como reyes dirigían los destinos de su pueblo. Días sin descanso, noches sin sueño formaban su vida; pero el placer de mandar, la dicha de ser obedecidos, y el fausto y esplendor de la majestad, embriagaban su alma y embotaban sus sentidos. Nada se resistía á su vanidad y su orgullo, y conculcando leyes y ejerciendo tiranías, iban haciéndose aborrecibles al mismo pueblo que los había elevado. En cadalsos afrentosos solían pagar sus rebeliones los hombres valerosos que anhelaban ser libres; y el descontento popular, como sordo volcán escondido en las entrañas de la tierra, parecía amenazar la vida de los tiranos. Y estalló por fin la revolución universal. De nada sirvieron los cañones del poder, ni las bayonetas de la esclavitud. Como arrebata el simoun la menuda arena del desierto, así el odio popular barre tronos y arrolla monarquías. Asaltado el palacio, derribados los ídolos, y hundido para siempre el edificio de la tiranía al santo grito de libertad, los cuerpos de Carlos y Colín, arrastrados por la multitud ebria de venganza, pregonaron con sus destrozados músculos y sus hediondos y repugnantes restos que sólo en sangre y fuego suelen concluir el poder y la ambición. Un grito de espanto resonó en el laboratorio. Los verdaderos Carlos y Colín empujaron



APUNTE, de Daniel Chodowiecki

aterrados la mesa, y la linterna mágica del sabio Merlín rodó por el suelo hecha pedazos.

VII

¡Basta! ¡basta! El que tiene la felicidad á su alcance y corre á buscarla en las horribles luchas de la vida es un imbécil. ¡Paz de la conciencia! ¡Dicha de la medianía! Felicidad del hogar doméstico! ¡Sólo vosotras sois la ventura de los humanos! ¡Riqueza! ¡gloria! ¡amor venal! ¡poder! ¡ambición! *¿De qué servís y para qué valéis si la vida del* hombre es un soplo y más soplo aún la vanidad humana?

Carlos y María, Rosa y Colín, celebraron sus bodas y fueron todo lo felices que es posible serlo en este valle de lágrimas: y el sabio doctor Merlín, si viviera hoy, saltaría de gozo al ver generalizado en las manos de la infancia, su prodigioso invento, que llamó entonces y se llamará siempre hasta la consumación de los siglos *La linterna mágica.*

LUIS MARIANO DE LARRA

EL RAMO DE MARGARITAS

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuación)

Una tarde volvía éste de caza por la cuesta Zulema, y se dirigió hacia una fuente en la que una muchacha estaba llenando un cántaro, la cual al verle venir, azorada quiso marcharse de prisa, tropezó y rompió el cántaro, en ocasión en que llegaba un zagalón que la requería de amores, y que suponiendo algún desmán por parte de Santiago, le increpó con muy malos modos. Pero el joven, tímido con las mujeres, era poco sufrido respecto á los hombres, y valiéndose de la escopeta como de un palo, dió á aquél unos cuantos golpes, que le causaron algunas contusiones y una herida en la cabeza.

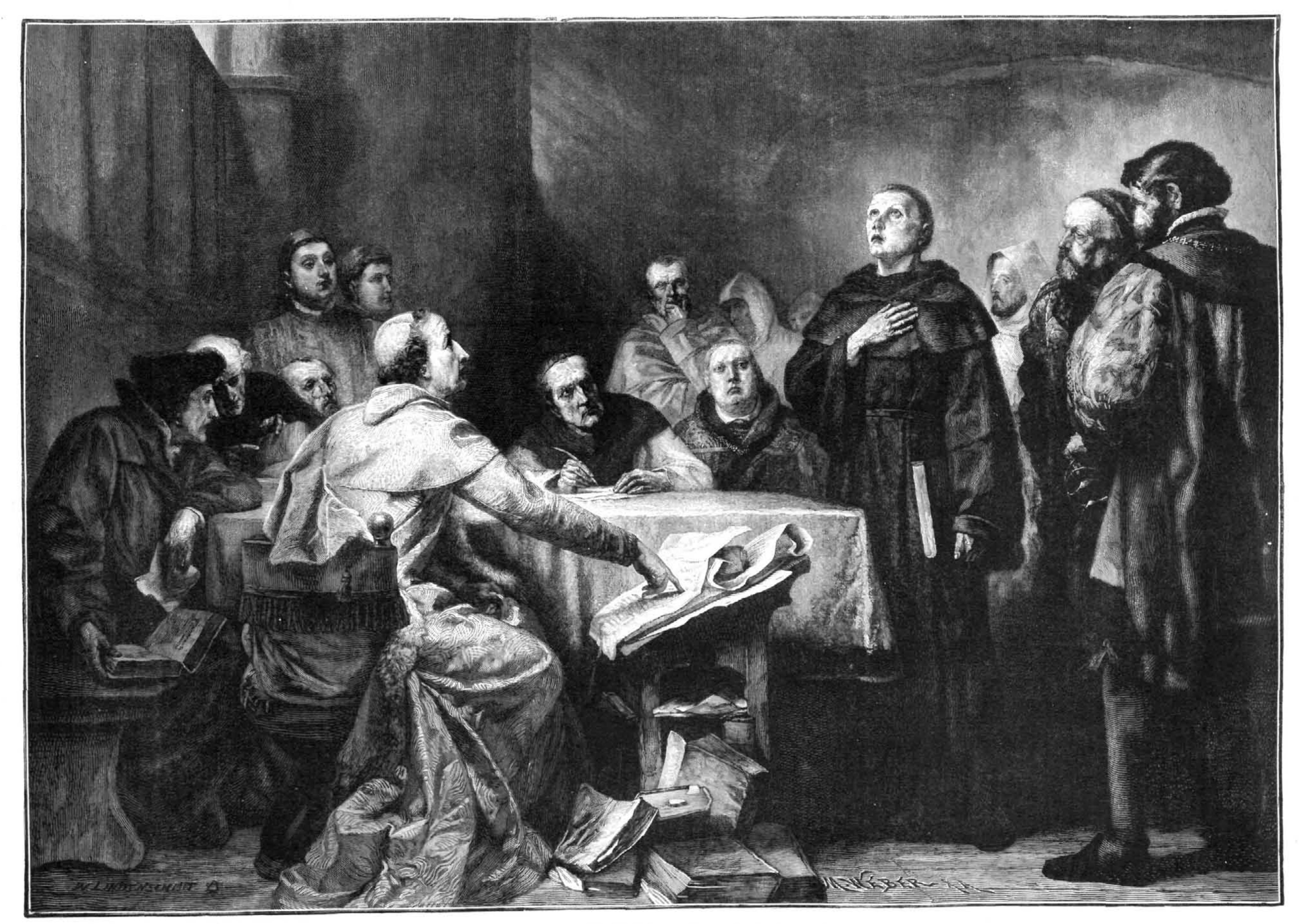


APUNTE, de E. Obón

El general echó tierra al incidente, arreglándolo con dinero; pero desde entonces Santiago fué el *Bú* de los alrededores, y sus calaveradas tuvieron eco en la insigne



REGRESO DEL PRADO, cuadro de J. Grunenwald



LA DIETA DE AUGSBURGO, cuadro de W. Lindenschmit

ciudad, patria del Príncipe de los ingenios españoles.

He aquí cómo se crean las reputaciones.

IV

Una mañana, Santiago seguía un camino abierto en un plantío que hay en la falda de la susodicha cuesta Zulema, cuando oyó el ruido sordo y regular del galope de un caballo, y poco después dos jinetes, que apenas pudo distinguir, atravesaron la senda, á alguna distancia.

Luego disminuyó el ruido de las pisadas, como ahogadas por la hojarasca del otoño, que tapizaba el suelo, y momentos después, y casi al lado de Santiago, se presentó una amazona que cabalgaba en un precioso *poney*, gritando en voz clara y juvenil:

– ¡Aquiles, Aquiles, espérate!

Ya sabemos que cuanto más bonita era la mujer que veía, Santiago se turbaba más; no es, pues, de extrañar que en esta ocasión se quedara como petrificado y sin fuerzas para huir.

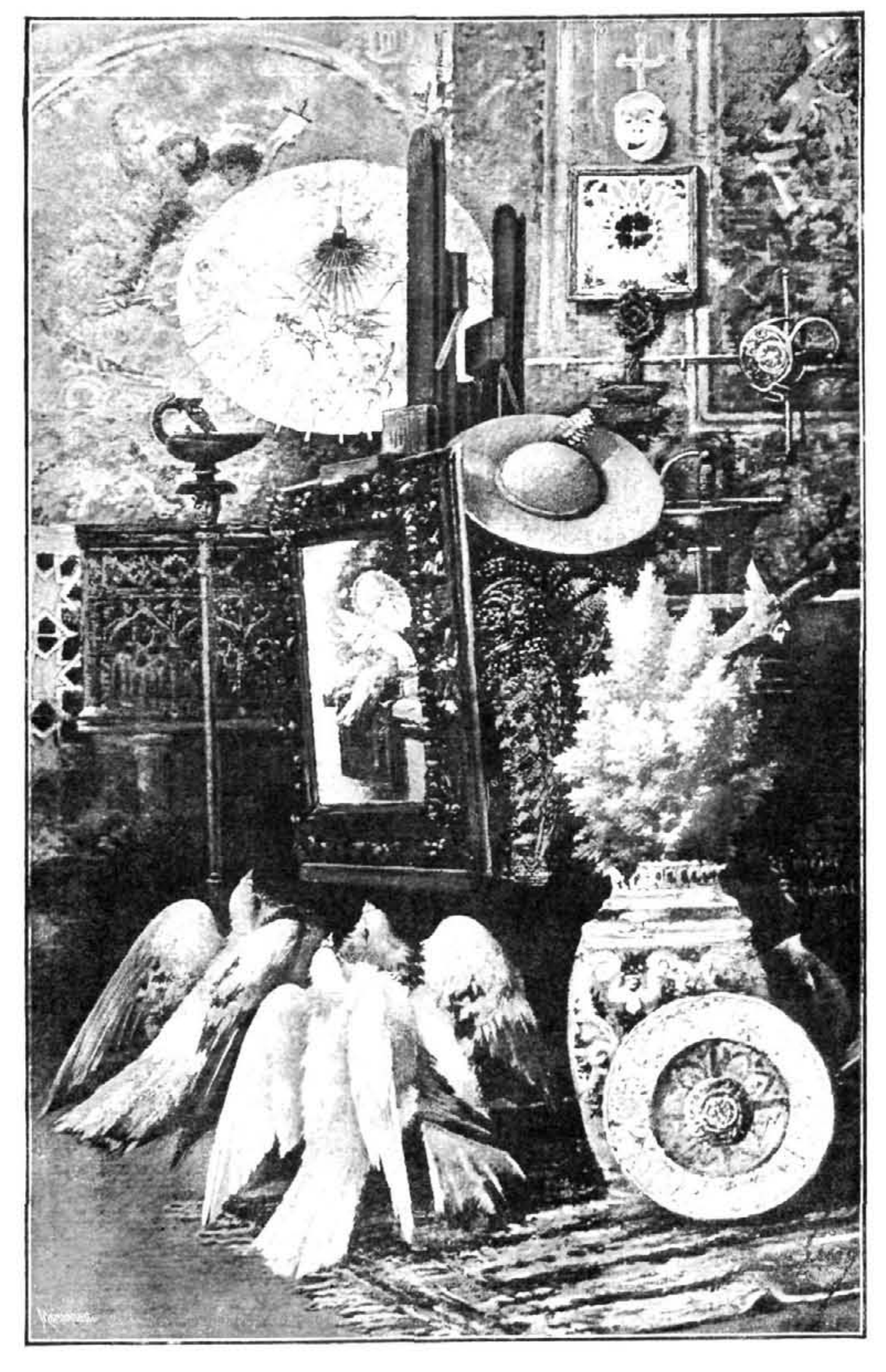
La amazona era una joven de diez y siete años de edad, poco más ó menos, de facciones delicadas, de ojos expresivos, y no muy alta. Su traje ceñido diseñaba la rara elegancia de su talle, y la agitación de la carrera que acababa de dar, teñía sus mejillas de un color sonrosado.

Se había quitado el sombrero, que tenía en la mano, dejando ver sus cabellos castaños, algo levantados en las sienes; pero lo que más chocaba en aquella encantadora joven era la graciosa viveza de su movible fisonomía y la infantil y expresiva sonrisa, que aun estando seria, contraía sus purpúreos labios.

Miraba al suelo como si buscara alguna cosa, y como tenía la cabeza baja, Santiago se atrevió á fijar en ella durante un momento sus ojos espantados; pero al incorporarse aquella, el tímido joven retrocedió, y una rama le derribó el sombrero, que alzó del suelo, precisamente en el momento en que la amazona reparó en él, y creyendo que la saludaba, le devolvió el saludo diciendo:

– ¿Ha encontrado V. por casualidad un látigo que he perdido? – y luego repuso sonriendo: – Dispense V. la pregunta... pues parece como que le pido que lo busque.

Santiago, muy conmovido, halló un pretexto para ocultar su turbación, inclinándose como para buscar el objeto perdido, y fué tan feliz ó tan desgraciado, que le encontró en un surco que formaba el vallado.



EL MEJOR JURADO, cuadro de Lengo

Tomó el látigo por la parte flexible, se acercó á la joven, y casi sin mirarla, se lo presentó dándoselo por el puño; pero al cruzar con ella la mirada, el pobre joven sintió flaquear sus piernas, y aflojarse sus dedos hasta tal punto, que el puño del látigo haciendo una báscula, vino á darle precisamente en los labios, cuando pudo muy bien haber sido en la nariz ó en otra parte cualquiera.

La fatalidad es muy ingeniosa.

Fué cuestión de un momento; por la imaginación de la joven cruzó la idea de que aquello había podido parecerse á un conato de beso, y se puso muy encarnada, tomando la fusta con un movimiento rápido.

En cambio, Santiago estaba lívido como un espectro.

V

Afortunadamente un nuevo personaje vino á interrumpir aquella escena muda.

– ¡Gracias á Dios, Aquiles! – exclamó la amazona, – creí que te había tragado la tierra.

– La tierra no, – contestó el aludido, – pero he tenido que habérmelas con el agua. Mira cómo me he puesto.

La joven soltó una carcajada; porque el aspecto del recién llegado no podía ser más deplorable; estaba mojado, salpicado de lodo, y á trechos, de ese légamo verde que se cría en los estanques. Era un jóven pálido, raquítico, chiquitín, de ojos apagados, y llevaba el cuello tabicado en un alto corbatín á la inglesa; en una palabra, un gomoso perfecto. Con voz meliflua y al propio tiempo estridente, dijo que su caballo había dado un bote de carnero, precipitándole en el *estanque de los guijarros*.

Los dos jóvenes jinetes saludaron á Santiago y se alejaron comentando el accidente, y dejando á nuestro héroe inmóvil como una estatua.

Por fin este se repuso y se encaminó hacia su casa, maldiciendo á la fatalidad que le había hecho cometer una impertinencia. Tan preocupado se hallaba por su torpeza que no pudo menos de contársela á su tío, como por vía de desahogo.

– ¡Ah tunante! – dijo el general, – ¿con que besaste el látigo?

– No, tío, pareció que le besaba.

– Vaya, ¿quieres hacerme creer?... ¿Y cómo se llama?

– ¿Quién?

– Ella, la joven.

– ¿Qué sé yo?

– ¿Dónde vive?

– Pero si no la conozco.

– Está bien, – murmuró el general, – pues si llegas á conocerla, Dios sabe lo que hubiera pasado.

Don Blas se hallaba muy satisfecho de la aventura de su sobrino; veía en lontananza una boda y un sinnúmero de sobrinitos saltando en su derredor.

Estuvo preocupado dos ó tres días y apenas paraba en su casa.

Una noche, cuando empezaban á comer, dijo á Santiago:

– ¡Muchacho, gran novedad!

– ¿Pues qué hay?

– Vamos á cazar liebres con galgo.

– ¿En setiembre, tío?

– Pues ahí verás.

– Pero, ¿cómo? ¿dónde?

– Supongo que habrás visto una quinta muy hermosa, que está más allá del *Val*.

– Sí, tío, la he visto de lejos: es del marqués de Montelona.

– Precisamente; ¿le conoces?

– Le he oído nombrar.

– Pues el marqués fué amigo mío en la guerra civil; entonces era capitán y segundón; pero habiendo heredado el título, por muerte de su hermano mayor, ha dejado el servicio militar, y se pasa muchas temporadas cazando por estos alrededores. Yo no lo sabía, hasta que felizmente me le he encontrado hoy; hemos charlado un rato, y conociendo nuestras aficiones cinegéticas, nos ha invitado para pasado mañana...

– ¿A cazar liebres con galgo?

– Sí, hombre, sí.

– Pero tío...

– Eres pesado. El marqués tiene predilección por esta caza, y como gran señor no repara en nada con tal de satisfacer sus caprichos. No lejos de su quinta posee una heredad de mucha extensión, y la tiene siempre en barbecho: ¿comprendes ahora?

– Ya.

– Pues bien, prepárate. Pasado mañana cazaremos con galgo, que es como comer fresas en enero.

VI

El día fijado, á las nueve de la mañana, tío y sobrino se apeaban junto á la verja de la quinta del marqués.

Un criado se llevó los caballos, y el marqués, que paseaba por el jardín y que los vió llegar, salió á recibirlos.

Después de la presentación de Santiago, el dueño de la casa les condujo á un cenador grande, oculto entre el follaje de un sinnúmero de plantas trepadoras y de una parra de uvas tintas.

Hizo pasar primero á sus huéspedes, y no bien nuestro héroe se acostumbró á la penumbra que había en el cenador, se quedó inmóvil de sorpresa y de espanto, porque, ya lo habrá adivinado el lector, en aquel *antro* se encontró con la amazona del látigo.

Había allí, además, otras personas, que fueron presentadas por el marqués en los siguientes términos:

– Mi hija Mercedes.

– Mi sobrino Aquiles.

– Doña Genoveva Zárate.

Cuando Santiago se repuso del aturdimiento producido por aquel encuentro inesperado, pudo reparar en las otras dos personas presentadas además de la temible amazona. En una de ellas reconoció al joven jinete mojado en el estanque de los guijarros; la otra era una señora de edad provecta, de esa edad temida de las mujeres que tienen pretensiones. Constituían su filiación las siguientes señas: pelo gris peinado en tirabuzones, ojos verdes, nariz chata, boca escueta, busto escuálido, piernas largas y manos descarnadas; todo esto acompañado de una delgadez espectral.

Afectaba un aire digno y sentimental, y á juzgar por el manojo de llaves que pendía de su cintura, ejercía en la casa las funciones de ama de *idem*.

Después de las formalidades de cajón, el general y el marqués se engolfaron en los recuerdos de sus glorias y fatigas guerreras.

Entretanto, y sin casi decir una palabra, Aquiles miraba á su prima, ésta de reojo á Santiago, y éste, como menos peligrosa, á doña Genoveva.

El pobre joven estaba como sobre ascuas, porque se sentía observado, y en su interior maldecía á todas las liebres y á todos los galgos del mundo; y no me atrevo á decir que hasta á su tío, pues sería irrespetuoso.

Por fortuna, el marqués puso fin á aquella embarazosa situación, diciendo:

– He mandado hacer una nueva cuadra y perrera; vengan Vds. á ver qué tal les parece.

Tío y sobrino le siguieron.

Cuando se hallaba á alguna distancia, el marqués gritó al ama de llaves:

– *Genoveva, el almuerzo en seguida.*

VII

– ¿No vas á acompañar á esos señores? – preguntó Mercedes á su primo.

– No, prima, y no sé cómo el tío los recibe...

– ¿Cómo, qué?

– No me refiero al general, sino á ese joven.

– Pues qué, ¿es algún salteador de caminos? – preguntó Mercedes en tono zumbón.

– No lo tomes á broma; tengo noticias de *ese caballero*.

– ¿Graves?

– Puedes preguntárselas á diez ó doce jóvenes comprometidas por él.

– ¿Es posible? – exclamó Mercedes palideciendo ligeramente.

– Parece ser que ese joven hace el D. Juan Tenorio, un Tenorio de provincia; y casi ninguna se le resiste: ¡verdad es que las mujeres son tan tontuelas!

– ¡Muchas gracias!

– No lo digo por tí...

– De modo que según se ve, ese joven es un monstruo?

– Uno de esos hombres desalmados que han perdido el sentido moral.

Los dos primos, cortando este traje al pobre Santiago,

habían ido al comedor á reunirse con doña Genoveva que se ocupaba en los preparativos del almuerzo, ayudada por una criadita llamada Agueda, que medio se había enterado del diálogo antecedente.

– ¿Hablan Vds. del sobrino del general? – dijo. – ¡Buenas cosas se saben de él! A todas da palabra de casamiento y luego...

– ¡Agueda! – interrumpió el ama de llaves, – ocúpate en lo que estás haciendo. Lo demás no te importa.

– ¡Es que ese señorito me da un miedo!...

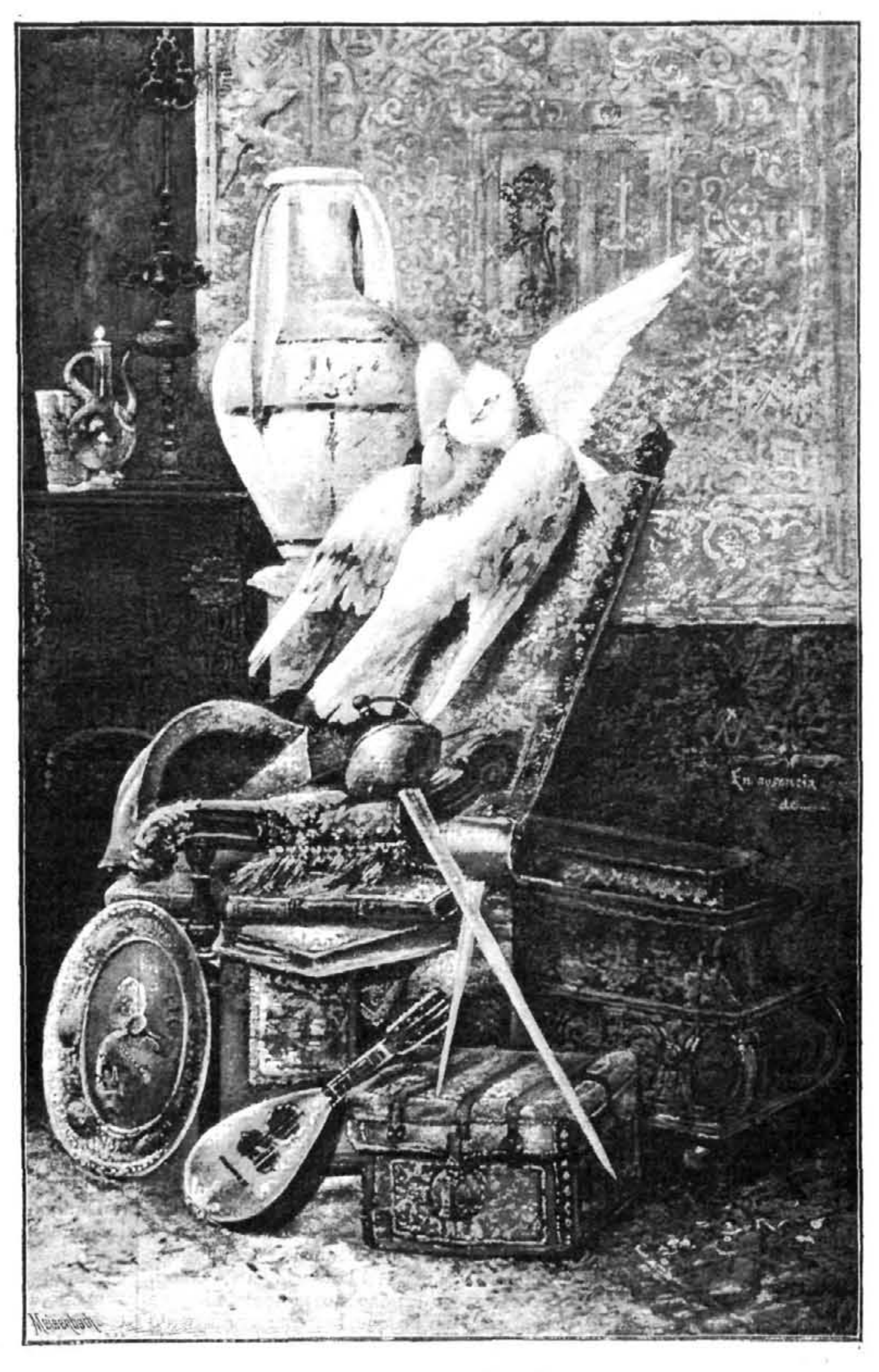
– ¡Silencio! – dijo Aquiles, – aquí viene.

La criada retrocedió hasta un extremo del comedor. Mercedes, que parecía preocupada, se miró instintivamente á un espejo arreglándose el peinado, mientras que doña Genoveva se frotaba con disimulo las manos para hacerlas perder un plebeyo encarnado.

El marqués y todos los demás se sentaron á la mesa. El dueño de la casa colocó al general á su derecha y á su hija á la izquierda, y viendo que Aquiles iba á sentarse al lado de ésta, le hizo una seña y ofreció el sitio á Santiago.

Este, pues, se sentó consternado entre Mercedes y doña Genoveva.

(Continuará)



EN AUSENCIA DE... cuadro de Lengo

LAS CUSTODIAS GÓTICAS

de nuestras iglesias

II

Ya se dijo en el artículo anterior que nuestras custodias de la región de Levante constituían una excepción en lo relativo al carácter de su escultura y ornato. Ahora, antes de dar alguna sumarísima noticia de las principales, puede añadirse que, no sólo en aquel sentido, sino en otros que se indicarán, forman un grupo perfectamente distinto de las del resto de España, merced á ciertos caracteres comunes. Las que se tienen por interesantes son de estilo plateresco y doradas las cuatro, á saber: las de Barcelona, Gerona, Vich y Palma de Mallorca. Sería de desear poder comparar con ellas las del reino de Valencia.

Las dos primeras, únicas que he tenido ocasión de ver, son las más importantes, á juzgar por las fotografías y referencias de las otras. La más fina de todas es la de Barcelona. Forma un templete gótico de dos cuerpos y una aguja, que remata en una cruz, todo ello de oro, y un pedestal de plata dorada y gusto algo inferior, en forma de columna como el de los viriles ordinarios; ofreciendo la particularidad de estar cerrada por todos lados, abriéndose sólo por delante con una puerta de trampilla para mostrar el Santísimo. Su decoración es sumamente fina y puramente ornamental, sin una sola estatua, pues cuatro querubines que tiene, con cabezas esmaltadas y las alas de diamantes, pertenecen al estilo del XVII. La adornan multitud de joyas antiguas y modernas, algunas de las primeras de estilo florentino, aunque tal vez catalanas, y el famoso collar del Toisón de Carlos V (al cual falta la insignia), también en el tipo del Renacimiento italiano, con esmaltes blancos y rojos traslúcidos. Por último, se halla colocada sobre el magnífico trono gótico del XV, llamado del rey D. Martín, de plata dorada, cuyos brazos son dos soberbias bichas y de cuyo respaldo, terminado por tres gabletes, arrancan dos varas modernas, á modo de pescante y de mal gusto, que sostienen dos hermosas coronas góticas, con las que se ha querido formar una especie de dosel. La inferior tiene forma de aro torcido en espiral, al modo de las de los Cristos de su tiempo, y una inscripción de esmalte azul; la superior, con hojas ya y menos carácter, es muy interesante también. El peso de la custodia, con sus joyas y trono, es de ciento ochenta kilogramos y de doscientos sesenta con las andas que posteriormente se le añadieron para llevarla en procesión.

Según parece, en la iglesia del Pino de la misma ciudad, se conserva otra custodia gótica, del propio tiempo; pero no la conozco ni he podido hallar informes suficientes.

Es la catedral de Gerona famosa en la historia de la platería española por el magnífico altar y baldaquino del siglo décimocuarto, únicos en España. Pero su custodia, menos fina que la de la ciudad condal, y la más alta quizá entre todas las de este grupo, tiene una disposición análoga á la de aquélla, salvo que la planta es prolongada y que está abierta por todos lados. Consta igualmente de dos cuerpos, sobre un pie de columna también, y la corona una esbelta aguja que remata en una cruz. Es de oro con profusión de piedras finas. Tiene doce estatuas, seis en cada cuerpo, con más, dos ángeles en el interior del primero adorando la Forma colocada en el viril de costumbre; las cabezas y manos de estas figuras están pintadas. Afean el conjunto, de muy bella proporción, algunas adiciones modernas, y en particular dos borlones barrocos de oro y pedrería, añadidos pocos años há. Por último, está hecha á mediados del XV por Francisco Artau, platero gerundense, y pesa más de 120 kilogramos.

La de Vich, más modesta que las precedentes, tiene sobre ellas la cualidad de ser quizá la más antigua que se conserva hoy, pues ya estaba hecha en 1413, época en que la donó á la catedral el canónigo Despujol (1). Es de plata dorada y corresponde al mismo tipo y planta que la de Gerona; pero tiene un solo cuerpo, abierto, colocado sobre un pedestal análogo al de las otras y termina en una aguja que lleva por remate una cruz. En dos contrafuertes laterales, se hallan las estatuillas de S. Pedro y S. Pablo, bajo doseletes, de que arrancan dos botareles que sostienen la aguja. – Finalmente, la de Palma de Mallorca pertenece al mismo orden y estructura; un pie gótico moderno la sostiene y carece de estatuas.

Respecto de los caracteres diferenciales entre este grupo oriental y las del tipo que podríamos llamar castellano, sólo disponiendo de más tiempo y de mayor conocimiento de este arte y su historia sería dado determinarlos con exactitud. Sin estos elementos, poco puede decirse. Cabe únicamente indicar que las custodias de esta región parecen guardar mayor analogía con la escultura italiana, y ser por tanto más clásicas, según acontece también en los monumentos de su arquitectura; en lugar de seguir las huellas del estilo flamenco, preponderante en el último gótico de Castilla, donde puede afirmarse, por ejemplo, que Enrique Arfe es en la platería lo que en la estatuaria Gil de Siloe, el afamado artista de la Cartuja de Burgos.

Entrando en otros pormenores, tal vez podrían citarse como rasgos comunes, los siguientes:

1.° La disposición general del templete, que descansa sobre un pie en forma de vástago, al modo de los ostensorios y viriles, difiere de la estructura más arquitectónica, por decirlo así, de las demás, colocadas sobre un simple zócalo ó basamento, más ó menos rico, que mantiene mejor el carácter constructivo de la obra.

2.° Su planta, generalmente, se halla determinada por dos ejes desiguales, resultando de esta suerte prolongada, con la admirable excepción de Barcelona.

3.° La decoración, quizá más menuda que la de las castellanas, aunque no por esto más fina que las de Córdoba y Toledo por ejemplo, corresponde más bien al tipo del bajo relieve con muy escaso realce, que al de la filigrana, á que se aproximan las líneas, cordones, hojas y demás elementos delicados, pero de bulto, que presentan las de Castilla.

4.° La frecuencia de carnaciones pintadas en las figuras, nueva señal tal vez del influjo de Italia, recuerda las estatuillas con cabezas esmaltadas de aquella península, á imitación de las cuales se pintaron tal vez las catalanas.

Estas observaciones, sin embargo, pueden ser inexactas y son de seguro por demás deficientes. A personas de mayor competencia toca completarlas y rectificarlas. De todos modos, lo que puede asegurarse es que el tipo de nuestras custodias levantinas, como el de todo el arte de esta región, obedece marcadamente al influjo clásico italiano. Visible es también en las obras del Mediodía de Francia; pero tal vez fué más preponderante aún entre nosotros, donde halló escasa resistencia en los elementos locales, mientras que el empuje del arte grandioso románico-ojival de nuestros vecinos no pudo menos de contrarrestar aquella acción y contenerla en más estrechos límites. Así, por ejemplo, se observa que la arquitectura y la escultura de la Edad media en nuestra costa oriental presenta un carácter extraordinariamente clásico, muy diverso de los tipos genuinos medievales que en Toledo, en Burgos, en León, en Santiago, en Avila, por ejemplo, se ofrecen. Para un templo como la maravillosa catedral vieja de Lérida (de las más hermosas de Europa y convertida para vergüenza é ignominia nuestra en cuartel), que pertenezca de lleno al puro estilo románico-ojival, dentro de la corriente general de su tiempo – y aun esto no sin ciertos elementos clásicos, en sus incomparables capiteles – la mayoría de los edificios catalanes y valencianos de los siglos XI al XIII corresponden á un género peculiar (2) que vacila entre los dos factores y rara vez acepta con franqueza los principios del arte medieval, ni en la estructura, ni en la ornamentación. Esculturas hay del XII y hasta del XIV, que parecen obras de la decadencia latina; las pinturas son más giotescas que en el resto de España; y de la romántica y noble catedral de Barcelona, puede quizá decirse, aunque de otra manera, lo que de los hermosos monumentos góticos de la Italia central: que son muy hermosos, pero que no son góticos.

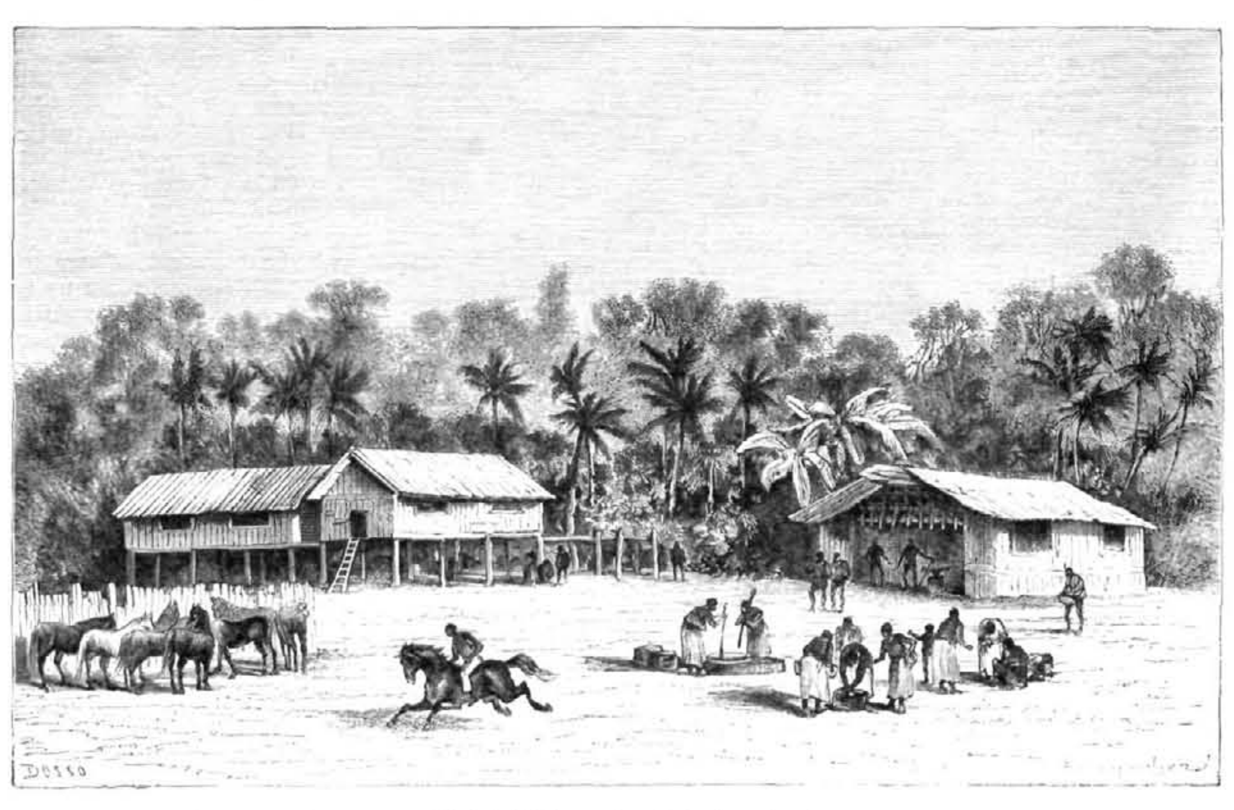
Parece como si hubiese también en el genio mediterráneo de nuestra zona oriental un resto más potente é indómito de clasicismo que en el resto de la península. Las catedrales de Santiago y León son más francesas que españolas y responden á los más puros tipos de sus estilos respectivos; Toledo y Avila son más nacionales; los monumentos del E., más italianos, á pesar del influjo incontrovertible de los elementos locales y franceses.

Por este orden de ideas, una vez concienzudamente aquilatadas, y aplicadas con inteligencia á la orfebrería de aquella risueña é industriosa región, podrá explicarse la diferencia entre sus custodias góticas y las de otras comarcas de nuestro pueblo, por fortuna tan rico todavía en variedad y espíritu provincialista, á pesar de la centralización que en vano ha pretendido ahogarlos.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

(1) Debo este dato á la bondad del capitular D. Jaime Collell, entusiasta favorecedor de la arqueología. No he podido ver la custodia, y sí únicamente su fotografía en el pequeño, pero muy interesante museo de la Sociedad Arqueológica de aquella ciudad.

(2) En los resúmenes que de las interesantes conferencias sobre *L'art romanich á Catalunya*, dadas en la importante y benemérita *Associació catalanista d'excursions científicas* por D. Joaquín Olivó publicó *l'Excursionista* en 1883, pueden hallarse algunas pruebas de esta afirmación.



Viaje á Filipinas. – La ranchería de Mani

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

VI

ASCENSIÓN AL VOLCÁN APÓ

Octubre 1880. – De vuelta á Davao, el gobernador me dice que acaba de celebrar una entrevista con el dato Mani, jefe de la más numerosa y terrible de las tribus de Bagobos que habitan en las pendientes orientales del volcán Apó, impidiendo á los Infieles, así como á los *Castillas*, acercarse á dicho punto, pues según su religión, es un lugar sagrado, santuario de un temible *Mandarangan:* y si le dejasen profanar, resultarían las más espantosas desgracias.

Este Mani, aunque asaz inteligente, creía que sus dominios eran inaccesibles á los españoles de Davao, basándose sin duda su convicción en el mal éxito de algunas expediciones que tuvieron por objeto la ascensión del Apó (1). Mani era para Davao un vecino incómodo; alguna falta más grave que las otras impacientó al gobernador anterior, D. Faustino Villabrille, que llevando consigo veinte hombres, presentóse una mañana donde estaba Mani con toda su tribu, y le cercó. El jefe Bagogo pidió y obtuvo gracia; y aprovechándose de esta sumisión reciente, el comandante Rajal ha procedido con tal destreza, que vuelve á Davao trayéndome el consentimiento de Mani para que pueda visitarle. El Bagogo no se opondrá á la ascensión al volcán; muy lejos de ello, me servirá de guía, absteniéndose de sacrificar esclavo alguno para calmar el enojo de su dios.

El amable gobernador, resuelto á intentar la ascensión lo más pronto posible, me propone acompañarme, y acepto su cordial ofrecimiento con el mayor gusto. Muy pronto quedan terminados nuestros preparativos; nos acompañan algunos indígenas, y además ocho soldados provistos de carabinas, que nos servirán á la vez de escolta y de mozos. Importa determinar lo más exactamente posible la altura del Apó, pues la que se expresa en las cartas geográficas sólo puede ser aproximada, atendido que no se ha explorado nunca la montaña. El obsequioso comandante de la estación naval, D. Enrique Ramos, viene en mi auxilio con su bondad acostumbrada, aviniéndose á examinar el barómetro seis veces diariamente, así como el termómetro y el higrómetro, en la estación naval de Davao; provisto de los mismos instrumentos, observaré en el curso de la ascensión cuanto sea posible á las mismas horas; y de nuestras observaciones comparadas deduciremos la altura. Esta colaboración será un favor más sobre los que debo á este distinguido oficial, que no ha dejado de poner á mi disposición con la mejor voluntad los numerosos y útiles recursos de que su mando le permite disponer.

5 octubre. – Desde la víspera, los soldados indígenas, á las órdenes de un sargento europeo, se han dirigido por mar á la playa de Sibulan; y á las seis de la mañana montamos á caballo. El Apó, cuya cima está en parte velada por los vapores de la mañana, desaparece muy pronto completamente de nuestra vista, pues hemos comenzado á internarnos en los profundos bosques que cubren su falda y se extienden al pie.

Nuestra reducida caravana se compone del P. Mateo Gisbert, agregado á la misión de Davao, y de los señores don Ramón Lon y Albareda, subteniente de infantería, don Ramón Cordero, D. José María Campo, y D. Rafael Martínez.

Después de recorrer un camino bastante largo en medio del bosque, donde se encuentran algunas estaciones de los Guiangas, nuestros caballos vuelven á pisar con gusto el suelo unido de la playa; la fina arena, ligeramente húmeda, conviene admirablemente para la carrera, y no pudiendo contener á nuestros cuadrúpedos, aflojamos la rienda. Uno de los jinetes ha conseguido adelantarse; pero la cincha de su silla se rompe y rueda sobre la arena; como todos vamos á escape, pasamos por encima; mas por fortuna, el jinete caído sale del apuro con algunas contusiones sin gravedad. A eso de las tres, al llegar á Binugao, vasta caseta situada en la playa de Sibulan, encontramos á nuestros soldados y al jefe Mani, á quien acompaña una escolta de un centenar de indígenas, jinetes y peones, armados todos con lanzas. Mani dice que aquella numerosa escolta tiene por objeto honrarnos, y nosotros aparentamos creerlo. Los Bagobos, muy aficionados á la carrera, desafían á nuestros muchachos, y después de lucirse más ó menos, se emprende la marcha, de espalda al mar; las primeras pendientes se franquearon siguiendo la senda que conduce á la ranchería de Mani.

Esta primera parte del camino no presenta ninguna dificultad; más allá de un bosque bastante accidentado cruzamos por unas mesetas suavemente onduladas, donde hay barrancos profundos, cuyo lecho está cubierto de rocas volcánicas.

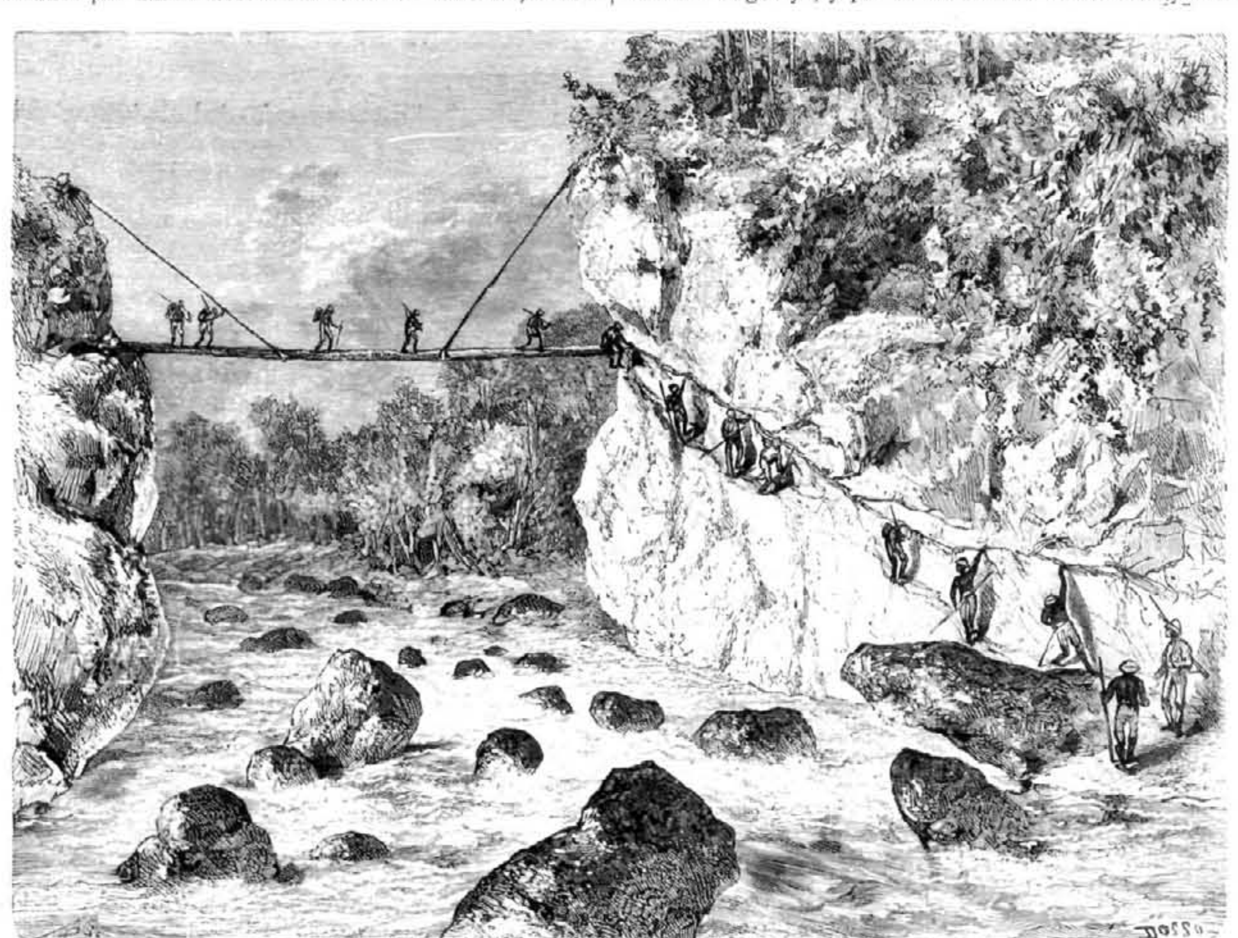
A las siete de la tarde llegamos á la caseta de Mani (altura seiscientos trece metros): es muy grande, y está circuída de otras más pequeñas y de desmontes bastante extensos, alrededor de los cuales sólo se ve bosque. Todas estas casetas, muy altas, están sostenidas por troncos de helechos arborescentes; la maravilla de esta ranchería es una fragua provista de un yunque, objeto de envidia de todos los Infieles y de los Moros de la región: es casi el único útil fijo de esta fábrica, que produce, sin embargo, muy buenos *kriss*.

Las mujeres y el padre de Mani nos reciben en la extremidad superior de la escala por donde se sube á la caseta señorial: el padre del jefe es un anciano más que octogenario, aquejado de una doble catarata y no se separa nunca de su última mujer, joven de catorce años.

El 6 por la mañana, nuestra escolta de lanceros ha disminuído algún tanto por las deserciones, pues los Infieles temen que les obliguemos á conducir nuestros víveres. Mani, al parecer lleno de bondad, aconseja secretamente á los hombres que rehusen toda carga; pero es preciso llevar víveres; y como todas estas dificultades nos hacen perder tiempo, no podemos marchar hasta las doce del día.

Después de franquear un torrente muy encajonado, que fatiga bastante á nuestras monturas, cruzamos una meseta de suelo bastante unido, y se puede avanzar cómodamente á través de un bosque en que á los altos árboles se suceden inmensas espesuras de bambúes, cuyos retoños vigorosos elévanse á la altura de treinta ó cuarenta pies. Una lluvia torrencial, mezclada con violentas ráfagas de viento, nos detiene algunos instantes, y al continuar nuestra marcha nos encontramos al borde de un barranco cortado á pico, impracticable para los caballos. Con no poco sentimiento debemos apearnos, pues no se tiene la seguridad de volver á encontrar estos excelentes cuadrúpedos. Los soldados indígenas reciben algunos bagajes más, y llegados á la rápida pendiente, cubierta de bosque, bajamos, subimos y volvemos á bajar, hasta que al fin damos vista á las orillas del río Tagulaya, ancho, profundo, y crecido con las aguas de un afluente. Le franqueamos por un puentecillo compuesto de un solo bambú; los Bagobos, que van descalzos, pasan fácilmente, como unos acróbatas, buscando apenas un ligero punto de apoyo en su lanza; mas para nosotros, la cosa no deja de ser difícil. En la orilla opuesta, el puente termina en un muro de rocas verticales, unido y muy alto, que es preciso escalar elevándose á fuerza de puños á lo largo de un bejuco. Este paso es muy enojoso, pues debajo, á treinta pies de profundidad, las aguas del Tagulaya se arremolinan en medio de rocas agudas. ¿Cómo podrán pasar nuestros hombres, cargados con sus armas y bagajes? Este arriesgado ejercicio me parece inexplicable.

Durante este difícil paso, nuestra columna, que formaba una larga línea, concéntrase bastante penosamente á pocos pasos más lejos en una estrecha lengua de tierra, casi al nivel del torrente, y allí se establece nuestro campamento, en medio de los primeros helechos arborescentes. La garganta, llena de animación por el furioso remolino del Tagulaya, y por las bandadas de tórtolas y otras



Viaje á Filipinas. – Puente de bambú sobre el río Tagulaya

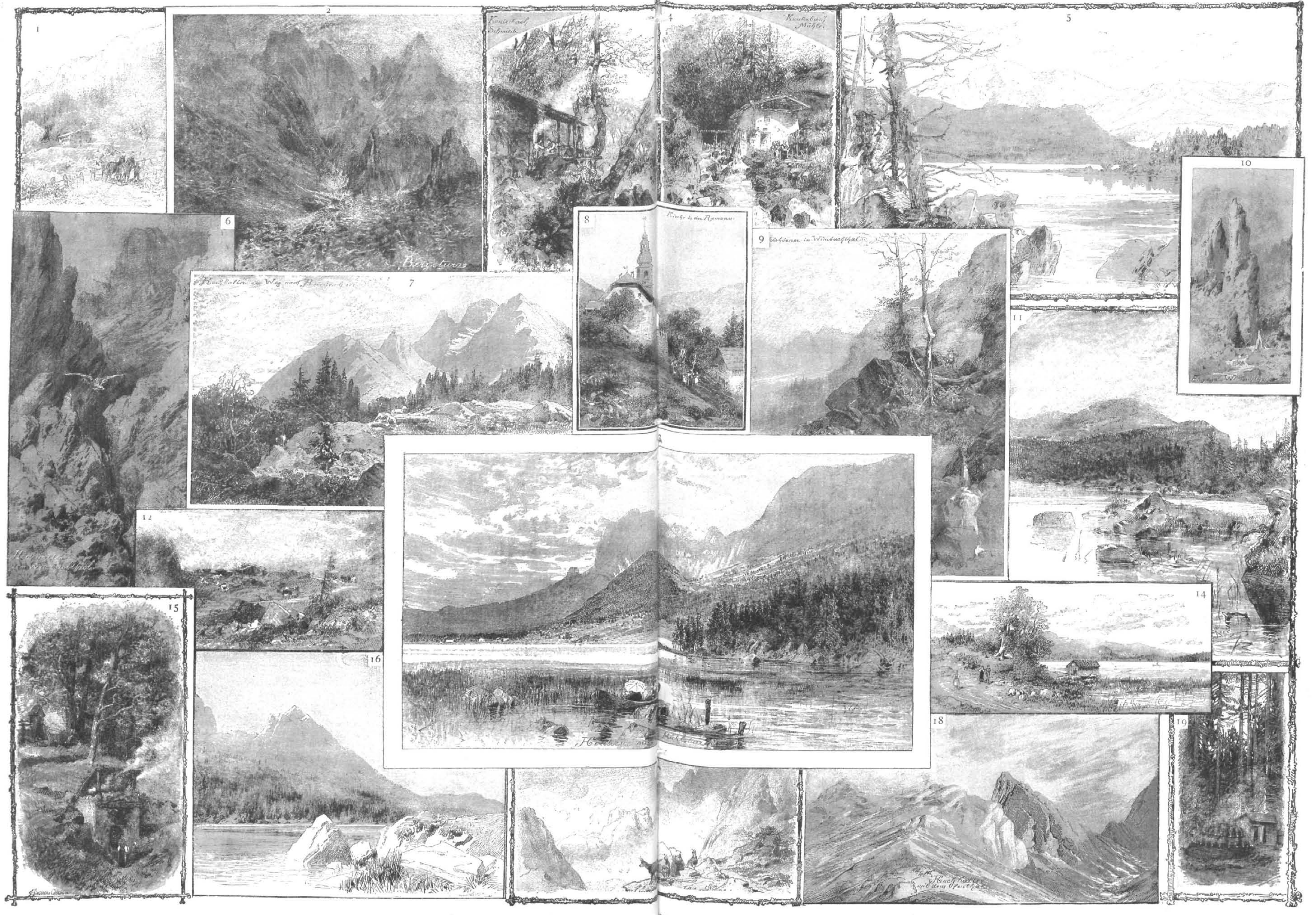
aves, es verdaderamente fantástica. He descubierto en la arenosa playa una grieta horizontal, y allí paso con bastante comodidad la noche, oyendo el ruido del torrente, y contemplando las aguas que caen con estrépito.

7 octubre. – A las siete de la mañana estamos en medio del Tagulaya, que se desliza ruidosamente en un tortuoso desfiladero, y como sus paredes son verticales, debemos renunciar á la esperanza de avanzar por la orilla.

(Continuará)

(1) Oyanguren la intentó en 1859 á la cabeza de 67 soldados, y su infructuosa tentativa le costó 20 hombres. En 1870, el gobernador Real hizo otra tentativa, que no dió mejor resultado, si bien no costó la vida á ninguno.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



ALPES BÁVAROS.— Vistas [illegible]das del natural por J. J. Kirchner

1. Carretera que va desde Ramsau al lago Hintersee. — 2. Porción de una montaña que se ha desprendido y deslizado al valle. — 3. Fragua á orillas del torrente Kunterbach. — 4. Molino movido p[illegible] torrente Kunterbach. — 5. El lago Hintersee. — 6. La barranca del torrente Wimbach, entre los montes Hochkalter (2684 metros) y Watzmann (2740 metros). — 7. La montaña Hochkalter, vista desde el camino de Reichenhall. — 8. Iglesia parroquial de Ramsau, al Norte de la barranca de Wimbach. — 9. Las dos cumbres llamadas «Cuernos del Diablo» y el valle de Wimbach. — 10. Ent[illegible]e la barranca del Wimbach. — 11. El lago Hintersee con las montañas llamadas «del Hombre Muerto.» — 12. Solana alpina de Halsalm. — 13. El lago Hintersee y las cumbres de Mühlsturz. — 14. Choza de barquero á orillas del lago Hintersee. — 15. Horno de cal á orillas del Hintersee. — 16. La solana alpina de Reitalm vista desde el lago Hintersee. — 17. Los picos de Mühlsturz des[illegible]amino de Hirschbühl. — 18. La cumbre de la montaña Hochkalter con el valle de Ofen. — 19. Carbonería á orillas del lago Hintersee.

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V — BARCELONA 21 DE JUNIO DE 1886 — NUM. 234

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA JORNADA POSTRERA, cuadro de G. Urlaub

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LA JORNADA POSTRERA, cuadro de G. Urlaub

El asunto de este cuadro está tomado de una Balada alemana. Los poetas populares de Alemania han cantado y cantan en ese género de poesía, los grandes hechos y las más arraigadas creencias de su tierra. La patria y la mitología son las fuentes comunes de inspiración de la Balada, horizonte más vasto que el de nuestro Romancero, consagrado casi exclusivamente á enaltecer determinadas hazañas ó héroes de nuestra historia. El romancero, expresión del sentimiento de un pueblo por demás caballeresco y cristiano, carece de la parte fantástica de la Balada, propia de un país donde la tradición ha poblado de seres imposibles los ríos, los prados, los bosques y los montes. Es cuestión de temperamento popular: el poeta se ajusta casi siempre al sentimiento de la multitud, que encarna en sus versos, si es realmente un poeta nacional.

El autor del cuadro que publicamos se ha inspirado en una Balada de Carlos Bleibtren. El viejo guerrero prutzi ha salido á campaña con su hijo: casi desnudo ha presentado su cuerpo al enemigo, y la lanza de éste se ha quebrado como una caña hueca antes de llegar á la curtida piel del veterano. Menos piadoso el cielo con su hijo, le ha herido de muerte en la refriega; y el anciano carga en su caballo al joven moribundo, que verifica su jornada postrera, la jornada que conduce al término celeste.

El sentimiento que respira la Balada trasciende al cuadro. El semblante del anciano revela el dolor del padre, dolor mudo, dolor comprimido, porque en el fondo de las creencias del viejo prutzi hay una parte de ese fatalismo horrible que neutraliza los más naturales impulsos. El cuerpo del mancebo acusa su mortal estado, mas tampoco el dolor físico le rinde: el prutzi no puede ser cobarde ni aun después de herido por la muerte. Hasta el caballo que conduce á los dos guerreros parece comprender la desgracia de éstos. La misma vegetación es triste: el autor ha estado en lo justo; en este cuadro todo parece morirse.

HUYENDO DEL FASTIDIO, cuadro de F. Seymour

Rara es la persona á la cual no place el aire libre; mas para el infeliz prisionero, el aire libre es la obsesión de todos los días y el sueño de todas las noches. En la sociedad musulmana, la mujer es un ser condenado á prisión perpetua, prisión sufrida á menudo en preciosa jaula, pero al fin y al cabo prisión. Cierto que su fatal destino se halla compartido con otras mujeres igualmente desgraciadas; mas la desgracia engendra raras veces generosidad: la prisionera del harem se hace muy pronto egoísta y huye el trato de sus compañeras, busca la soledad y en el sitio más recóndito del jardín que rodea el palacio, donde es á un tiempo reina y sierva, se hace la ilusión de que ha recobrado su libertad y con su libertad el derecho de amar voluntariamente y de defender su pudor contra los ultrajes inferidos á la esclava. Mas esta agradable ilusión dura bien poco: uno de los guardianes del harem, representante de los ilegítimos celos de su señor, va en busca de la ausente y se complace en desgarrar sus ensueños. La mujer de Oriente no es dueña ni de huir del fastidio.

Tal es la escena ó mejor la situación que Seymour ha interpretado con talento.

EL ESTANQUE, dibujo de J. M. Marqués

Marqués se ha propuesto estudiar y reproducir en pintura y dibujo una de las cosas más difíciles, el agua. En este estudio hace progresos tan rápidos como pueden haberlos apreciado los favorecedores de nuestra ILUSTRACIÓN, que poseen las mejores primicias del joven y distinguido artista. El trabajo que hoy publicamos es de una ejecución admirable de verdad: esa agua no puede confundirse con la del río, ni siquiera con la del pantano; es una agua muerta, espesa, fangosa, de la cual se exhalan miasmas deletéreos, engendradores de esas fatales fiebres intermitentes, que son el azote de ciertas comarcas. En las orillas de esas aguas apenas se eleva la frágil caña combatida por el cierzo: al verlas tan altas y tan delgadas, cualquiera diría que las cañas son los tísicos de la vegetación y que su falta de corpulencia es debida á las ponzoñosas aguas que bañan sus raíces.

En la ejecución de ese dibujo ha estado Marqués verdaderamente económico de recursos; y sin embargo, la impresión que causa es profunda: esto consiste en que ha visto á la naturaleza con ojos de artista.

EN LA BAHÍA, cuadro de H. Woods

Bajo el esplendente sol de Italia, á la sombra de unos árboles que cobijan artísticas estatuas, aspirando el ambiente de las flores, oyendo de continuo apasionadas canciones y entregados al *dolce far niente* de los pueblos meridionales; no es extraño que el amor adelante mucho camino en el corazón de los italianos. De amor es la escena de nuestro cuadro; amor tranquilo como las aguas cabe las cuales se enamoran esos dos jóvenes; pero, como las aguas, susceptible de agitarse y producir catástrofes.

UN BAZAR AL AIRE LIBRE, cuadro de H. Woods

Escena callejera presentada con suma verdad. Las figuras son expresivas y los objetos se hallan expuestos con el mismo desorden que preside generalmente en esos lugares donde se venden prendas de lance, cada una de las cuales tiene una historia triste ó repugnante. El viejo mercader *hace el artículo* con gravedad propia de sus años, los cuales le dan cierto aspecto de hombre de bien, no común en los prenderos, comerciantes casi siempre en agenas desdichas. Regatea el mercader con naturalidad y sonríen maliciosamente unas mozas, acostumbradas sin duda á ver cómo el ropavejero saca más partido de sus palabras que de los mismos cachivaches de su bazar. Del todo resulta un concierto armónico, una escena animada y un cuadro de género agradable.

LA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI EN ESPAÑA

I

El origen de esta festividad se remonta á mediados del siglo XIII, como general y para toda la Iglesia católica, pues algunas particulares sostienen que se celebraba en ellas desde época anterior. La de Angers asegura que allí existía desde el año 1019 una festividad que llamaban *Sacrum* establecida en desagravio de los errores de Berengario, arcediano de aquella ciudad, precursor de los sacramentarios, pues negaba la presencia real y corporal de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, con cuyo motivo se celebraron concilios en Roma y Francia en los cuales fué condenado él y anatematizados sus errores, en que estuvo tenaz, pues aunque abjuró dos veces, tuvo la debilidad de recaer en lo mismo que negaba, apelando á varias sutilezas. Por ese motivo en aquella iglesia se celebraba una gran procesión, con gran concurrencia y aparato.

Pero este y algunos otros hechos aislados que se refieren significan poco en este asunto. El papa Urbano IV, natural de Troyes, fué el que la mandó observar en toda la Iglesia con gran solemnidad desde el año 1264, pues también se celebraba ya establecida anteriormente en algunos puntos de Bélgica, y especialmente en Lieja, donde Urbano había sido arcediano antes de abrazar el monacato. Contribuyeron para ello las súplicas de una venerable religiosa Cisterciense, llamada Juliana, natural de Betines, aldea cerca de Lieja en Flandes, y Abadesa del monasterio de Monte Cornillon. Esta comunicó á su director revelaciones que había tenido y á que había resistido dar asenso en su grande humildad. El obispo de Lieja, Roberto, estableció la fiesta en su diócesis el año de 1246. Cuando Jacobo Pantaleón, arcediano de Lieja y después obispo, llegó á ser Urbano IV, extendió la festividad á toda la Iglesia.

El objeto de esta piadosa festividad es aumentar el culto del Santísimo Sacramento con cierto aparato público y externo, pues aunque el día de Jueves Santo se celebra la fiesta de la Institución de la Sagrada Eucaristía en la noche de la última Cena de Jesús con sus discípulos, como á ésta siguió inmediatamente la cruenta pasión y muerte de éste, la Iglesia católica tiene que añadir á este recuerdo otro lúgubre, que viene en el mismo día, cortando las expansiones de júbilo y solemnidad, pues en la misma Misa de aquel día suprime el toque de campanas.

Encargóse á Santo Tomás de Aquino y á San Buenaventura redactar el oficio de aquél. Muy bello y lleno de ternura el de este segundo, pero se prefirió el del primero que hoy día es el que se reza. Se ha querido suponer que según iba leyendo Santo Tomás iba San Buenaventura rasgando lo que había escrito; pero esto es una anecdotilla desechada por la sana crítica. En todo caso honraría la humildad de Santo.

El oficio indica desde sus primeras palabras el objeto de la festividad. El versículo con que comienza el oficio declara desde luego el pensamiento, pues en la invitación á la festividad (ó *invitatorio*) prorrumpe el coro en esta exclamación: ¡Vamos á adorar á nuestro Rey, el que manda en todas las naciones!... De Santo Tomás son los preciosos y bien conocidos himnos *Pange lingua... Sacris solemniis*, que parece el más adecuado á esa solemnidad, *Verbum supernum prodiens*, y también el ritmo *Adoro Te, devote latens Deitas* en versos asonantados, recuerdo de los leónicos de la Edad media. El *Pange lingua* es el más conocido de todos, pues se usa cuotidianamente para la exposición y reserva del Santísimo, dedicando á esta las dos últimas estrofas conocidas por el *Tantum ergo Sacramentum* que se cantan estando todos postrados de rodillas, para cumplir lo que luego dice, *veneremur cernui*.

El otro objeto de la solemnidad es dar un culto público á Jesucristo en los pueblos católicos, aún fuera de los templos y las iglesias en las calles mismas de las poblaciones, saliendo por ellas triunfalmente como Señor universal, y como para santificarlas y purificarlas, al modo que por otro concepto en días anteriores y en las mañanas de la risueña primavera sale el párroco procesionalmente en los pueblos rurales, en forma de modesta rogativa, á bendecir los campos y las mieses, y pedir su conservación al autor de la naturaleza y árbitro de los destinos para que lleguen á sazón y puedan recolectarse para la conservación de los cuerpos.

No tuvo al pronto la festividad del Corpus toda la aceptación que debiera por efecto de las muchas guerras y discordias de aquella época. Por ese motivo fué restablecida en el Concilio de Viena el año de 1311, en tiempo de Clemente V, estando allí los reyes de Aragón, Francia é Inglaterra. Más adelante el Papa Juan XXII el año de 1316 añadió el mandato de que se llevase el Sacramento por las calles, con el objeto que se acaba de indicar, y además que durante ocho días hubiesen el culto y liturgia especial del día del Corpus con exposición del Santísimo. Con este motivo tomó ya la festividad un carácter especial, no como quiera de solemnidad pública, sino también oficial, asistiendo no solamente las autoridades civiles y militares, sino los Reyes mismos con toda la Corte y la grandeza, todo el clero secular y regular, y teniéndose por honra el llevar una vara del pálio, pues no podía negarse á Dios la ceremonia que se hacía con los Reyes el día de su coronación. De aquí también el aparato de entoldar y enarenar las calles, engalanar las ventanas y balcones con vistosos tapices y colgaduras, según la fortuna de cada uno, la formación de las tropas, las salvas de artillería, los arcos triunfales ó de ramaje, y las muestras de rendimiento de armas y banderas; pues tomado por punto de partida que Dios es más que Rey y Emperador, que se le ha de tributar, no sólo culto particular y de corazón, sino también público homenaje y acatamiento, y que para éste se debe tomar por tipo el que se da al monarca, ó se daba en el día de su coronación, claro está que se adoptaron para esto los usos y ceremonias que en cada país se usaban en tales festejos reales, hasta el ostentar la custodia en magníficas carrozas. Así que en todos los países católicos el día del Corpus llegó á ser, y es hoy día, de gran regocijo: la Iglesia ostenta todas sus galas, y paramentos blancos bordados de vistosos colores y recamados de oro, y aún las familias cristianas visten sus mejores ropas, las señoras sus alhajas, y en Madrid todavía á mediados de este siglo era costumbre en el paseo por las calles recorridas por la procesión bajo el toldo municipal, que resguardaba estas del sol meridional, lucir las señoras la clásica mantilla blanca española de ricos encajes de Almagro, Barcelona y Flandes en elegante competencia.

Tal es el caracter grandioso, festivo, tradicional, oficial y público de esta solemnidad religiosa y civil á la vez. En España conserva todavía condiciones especiales en varios conceptos que no deben ser olvidados (1). Barcelona, Granada, Daroca, Madrid y Toledo tienen cosas tradicionales que bien merecen algún recuerdo especial, aún prescindiendo de la descripción de las riquísimas custodias de sus iglesias, que sería asunto demasiado vasto.

II

La tradición española supone que influyó algo en el ánimo de Urbano IV el célebre misterio de los Corporales de Daroca, ocurrido hacia el año 1138 en tiempo de don Jaime el Conquistador y poco antes de la conquista de Valencia. Estando para comulgar las gentes del Bajo Aragón que sitiaban el castillo de Chío, al mando de don Berenguer de Entenza, salieron los moros de rebato. Acudieron los caudillos á ponerse al frente de sus huestes, mas cuando volvieron á comulgar halló el sacerdote las seis formas pegadas á los corporales y bañadas de un color rojo sanguinolento.

Conserváronse en la iglesia de Santa María ex-colegial de Daroca, en un rico viril de oro que regaló el mismo don Jaime, y que sólo se saca en procesión el día del Corpus en que se enseñan al público, con gran aparato.

En Barcelona reviste la solemnidad condiciones especiales. La custodia, riquísima por su materia y pedrería, es de forma antigua y de gran mérito artístico. Va colocada sobre silla de plata que regalaron los Concelleres á don Juan II y éste no quiso usar.

Desde la muerte del virey marqués de Santa Coloma en el funesto día del Corpus, las tropas de la guarnición formaban en otro tiempo sobre la muralla y los buques de guerra se hacían al mar.

En Zaragoza y muchos pueblos de Aragón la procesión se verifica por la tarde, antes de ponerse el sol.

En Madrid se trató años pasados de adoptar esta costumbre, pero no gustó á la gente elegante, pues quitaba el paseo de una á cuatro en la calle Mayor. La procesión de Madrid tiene poco que ver: muchos hospicianos, muchos pendoncillos, muchos curas y mucha tropa. La custodia antigua fué robada el año de 1854 misteriosamente y eso que pesaba bastante, pues tenían que llevarla en hombros doce sacerdotes relevándose de seis en seis. La actual de plata es de buen gusto y estilo moderno, pero no puede compararse con la mayor parte de las de las antiguas catedrales.

Las custodias de Toledo y Sevilla pasan por ser de las principales y mejores de España y sus descripciones son bien conocidas, como también los nombres de Juan de Arfe, los Becerriles de Cuenca y otros célebres plateros que construyeron varias y muy preciosas en la mejor época del género plateresco en el siglo XVI.

La de Toledo es conducida en una carroza guiada por dos hombres, uno de los cuales maneja una especie de timón que la mueve y dirige, mientras que el otro, que va delante, pero sin dar la espalda á la custodia, procura que vaya ésta siempre recta y vertical, por medio de una especie de teclado que hace subir ó bajar los tableros de la carroza, de modo que á pesar de las muchas cuestas y pendientes de aquella ciudad enriscada, la custodia no se puede ladear ni quedar inclinada hacia atrás ni hacia adelante.

En Sevilla al regresar la procesión á la grandiosa catedral, queda la custodia entre el trascoro y la puerta principal abierta de par en par, por delante de la cual desfilan las tropas con el capitán general á la cabeza, haciendo los honores que prescribe la ordenanza para el Rey en tales casos.

Las fiestas de Granada el día del Corpus y durante la octava, tienen fama por su esplendidez y brillantes decoraciones, lo cual atrae allá gran número de forasteros.

En algunas partes se conserva la costumbre de llevar en andas las efigies de los santos de gran devoción en el pueblo y sus reliquias, á manera de celestiales cortesanos que acompañan al Rey de la gloria en aquel acto triunfal, pero en otras partes no lo consienten, ora porque distrae la atención del principal objeto, ora porque en Roma no se hace y aun se dice haberlo prohibido. Pero en esto como en otras cosas ha prevalecido la costumbre,

(1) En esto se fundó el general Prim para mandar con buen sentido práctico que se cumpliese con la ordenanza militar en esta parte el año 1869, para evitar el disgusto de la generalidad de los pueblos y los desacuerdos entre los militares, cualesquiera que fuesen las opiniones religiosas de los jefes.

y no deja de ser notable que en una ciudad como Salamanca, cuya célebre universidad no podía ignorar estos mandatos, se use el llevar en la procesión las efigies de todos los santos titulares de las parroquias.

También está prohibido llevar la custodia en andas ó peanas conducidas en hombros de sacerdotes, y con todo, la Congregación de Ritos lo permitió para España, por no ser posible llevar de otro modo las enormes custodias de nuestras catedrales, que echaría de menos el pueblo en tales solemnidades. Lo ritual es que el preste, asistido de diácono y subdiácono si fuese posible, lleve la custodia en sus manos, por lo cual se hacen pausas (ó estaciones) en algunos parajes de la carrera, á fin de que pueda descansar algún tanto, y entre tanto se hace la adoración y se inciensa, mientras que el coro entona algunos motetes.

En Roma lleva el Papa la custodia, siendo él á la vez conducido en le sede ó silla *gestiaria*, conducida en hombros de sus *sediarios* (criados vestidos de encarnado), pero en ella va arrodillado, apoyando la custodia en el reclinatorio.

III

En España, entre los muchos y ruidosos pleitos á que daban lugar las cuestiones sobre colocación de corporaciones, antigüedad de las corporaciones religiosas y civiles, conducción del palio, distribución de sus varas y otras de este género, hubo también en el orgulloso y etiquetero siglo XVII y aun en el XVIII, algunos entre los obispos, audiencias, vireyes y otras autoridades. Solían, y aun suelen los obispos, sobre todo presidiendo de pontifical, llevar un sillón de respeto, que conducían sus pajes ó familiares: como eran ancianos y se fatigaban, lo que era de respeto en su origen, comenzó á ser de uso. Llevaron á mal las audiencias estar en pie mientras el obispo estaba sentado y exigieron llevar también sillas. La cuestión tomó tales proporciones que fué al Consejo de Castilla con motivo de una reyerta ocurrida con el obispo de Cartagena y Murcia. Fallóse que el obispo pudiera llevar silla, y está entre las leyes recopiladas.

También se halla entre ellas la que prohibe vayan delante de la procesión tarascas y gigantones, lo cual daba lugar á muchas irreverencias. La tarasca (1) era un enorme reptil ó lagarto, que representaba á Satanás. En Madrid la tarasca soportaba una gran muñeca, como especie de ángel que la dominaba; pero se introdujo la costumbre de vestirla con el traje de moda, de modo que servía de figurín para los trajes de verano. Este y otros varios abusos dieron lugar á tal prohibición. En Toledo los gigantones antiguos y otras figuras grotescas se colocan contra la pared, junto á la puerta por donde sale la procesión.

Están excusados de asistir á la procesión del Corpus los institutos monacales, por estar generalmente lejos de poblado, pero no los mendicantes; mas en Madrid se obligaba á que asistiesen cuando el Rey asistía á la procesión. En tales casos solía haber grandes etiquetas, pues iba toda la servidumbre de palacio, alta y baja, después del clero regular y parroquial, presidiendo el capellán mayor con el clero palatino, lo cual daba lugar á no pocas irreverencias y al disgusto del clero en general, pues en realidad eran dos procesiones en una.

La última vez que se vió esto fué en la de 1875 á la cual asistió el joven monarca D. Alfonso XII (q. s. g. h.).

VICENTE DE LA FUENTE

INTERIORES

Para tertulias caseras la del bueno de D. Tiburcio Rodríguez Zaguanete. D. Tiburcio, empleado en Hacienda con veinte mil reales, después de cerca de cuarenta años de irreprochables servicios, sin más paréntesis en su dilatada carrera que el que abrió (con no poco daño del presupuesto de la casa que desde entonces no acaba de enjugar su déficit) una malhadada cesantía allá por los meses del último gobierno de Narvaez, todo este D. Tiburcio es *pater familiæ* en un hogar donde bullen y se dan á los demonios de continuo una esposa de mal genio y peor cara todavía y cinco pimpollos, cinco rosas, como dice Panchito Gil, un *sinsonte de la enramada*, muy su platónico amigo; y detalle no es para olvidado que aún ninguna de aquellas cinco gracias, que no siempre han de ser tres, ha encontrado galán ni barba que con buenos fines le haya dicho, como quien no quiere la cosa: Buenos ojos tienes.

La tribu de D. Tiburcio, como la denomina en sus ratos de indignación la portera de la casa, vive en una bastante vieja y destartalada, sita en la calle del Pez y en un cuarto no muy grande, pero tampoco muy bonito ni alegre. Todo en él, sin embargo, se sacrifica á la decencia y amplitud y galas de las habitaciones *de recibo*. La nunca bastante célebre familia *se queda en casa* todas las noches, si se exceptúan las de los domingos, pues en tales días ¿quién no se permite el lujo de un poquito de teatro? Las tertulias de D. Tiburcio tienen dos objetos. Con uno se entusiasma su noble mitad. Con el otro por lo menos transige. Las niñas, cuyos años andan ya desde los veinte muy cumplidos hasta los treinta muy pasados, necesitan encontrar *quienes carguen con ellas*. (Esto no lo dice D. Tiburcio sino cuando se pone de muy mal humor.) A semejante motivo, que lo justifica todo, se añade el de la conveniencia de que acudan algunos compañeros y amigos del probo funcionario público con la sana intención de hacer más llevaderas las horas de sus veladas acompañándole á jugar su partidita de tresillo. Así D. Tiburcio se entretiene, y, lo que gotea, gotea, es á saber: tres ó cuatro ó seis reales por noche... ¡para tabaco! Ya lo dice Gutiérrez, su compañero en Hacienda por el día y su víctima en los codillos por la noche: «No hay quien pueda con él. No hay quien pueda con él.»

Además de la mesa donde se decide la partida magna, en otra mayor presidida por D.ª Dolores, la media naranja de D. Tiburcio, y amenizada con la presencia de Eduvigis, Lola, Casilda, Pepa y Virtudes, los cinco pimpollos, se reune la flor y nata de la *divertidísima* tertulia. Allí también tienen sus juegos. ¡Pues no faltaba más! El *julepe*, el *burro... e tutti cuanti*. La ley de la costumbre y la no menos atendible de la economía reconocen, como campo de batalla continuo, el gabinete. La sala, el salón, que por no menos le distingue D.ª Dolores, se reserva para los días muy sonados, pero muy sonados. Por razón, que ya excuso porque huelga, sólo en tales ocasiones se baila. ¡Naturalmente! ¡Con tantos brincos no hay alfombra que resista!

¡Qué animada y rebosando satisfacción y holgorio no bullía en estas noches de invierno crudo la encantadora tertulia de la calle del Pez! Al amor de la lumbre... del brasero ¡qué animadísimos coloquios, y cuánto de chanzas y bromas y dimes y diretes! Don Tiburcio acaba de merecer una de las mayores honras que pudo soñar. ¿Quién dirán Vds. que va todos los martes, todos los sábados y hasta algún que otro lunes á su casa, dignándose jugar con él su clásica partidita? Pues nada menos que D. Sisebuto González de Lamadrid y Díaz de los Huércoles, director que ha sido en el Ministerio de Gracia y Justicia, hará solamente unos treinta años y que á pesar de los setenta que le van á los alcances acaba de contraer matrimonio con una de las muchachas más preciosas de Madrid. ¡Lo que Vds. oyen! Bien es verdad que la pobre Conchita Pérez, harta de pasar miserias y de esperar en vano el santo advenimiento de un novio y á la vez temerosa de ser relegada al gremio ilustre de modista de imágenes, se resignó á entregar su blanca mano en la muy arrugada y débil de D. Sisebuto, pues su arriscado pretendiente, con un desprendimiento que no dudo en calificar de conmovedor, le ofrecía como dote más de la mitad de lo que él se permitía llamar sus ahorros; casi unos tres mil duros de renta. ¡Tres mil duros de renta! ¡Y en estos tiempos! Si no olvidamos que D. Sisebuto jamás heredó ni tuvo de quién heredar un céntimo; que nunca trabajó particularmente ni limpio ni mucho, y que las noticias que debemos á su hoja de servicios públicos no nos los cuenta sino en muy breve plazo (casi todo él en Cuba), ¿quién no admira la sorprendente virtud del ahorro del incorruptible D. Sisebuto? Tuvo lugar la boda no hace gran cosa de tiempo; allá por la primavera. Fué condición impuesta por D. Sisebuto convencido seguramente de la verdad profundísima de una gran frase, que ha hecho grabar sobre los vasares de su tienda, un comerciante de ultramarinos en Madrid y que dice (la frase por supuesto): *El amor es la mejor flor*. ¡Qué de abrazos y enhorabuenas recibió D. Sisebuto por aquellos días! Ciertas palabras, singularmente, parecieron estereotiparse en todas las conversaciones: – ¡Vamos! D. Sisebuto, es V. el hombre de la suerte! – y de tal modo, que ya no hay amigo casi, que no le dirija, cada vez que se le halle de manos á boca, tan lisonjera salutación. Pero, ¿dónde no dejan sentir sus mordeduras las malas intenciones? ¿Querrán ustedes creer que ya hay gentes que se dedican á murmurar sobre los chascos de que está siendo víctima don Sisebuto y sobre alguna que otra aventurilla, no de muy buen género, aunque probablemente inventada, en la que juega papel, si no muy claro, muy divertido, su encantadora mitad? Y no sólo esto. ¿Qué cosa más natural que Juanito Soler (un capitán de artillería muy listo y muy buen mozo por cierto), enterado, vaya V. á saber dónde ni por quién, de lo divertidas que son las tertulias de la calle del Pez, abandonase su butaca del Real y su círculo de la Peña para concurrir á menudo á tan amenísima reunión. Pues ¡y poco, apenas, que han criticado á Soler! ¡Como si fuera responsable de que su amistad con los señores de Rodríguez Zaguanete coincidiera casi con la presencia de Conchita en la famosa tertulia! ¡Como si no pudiera ser obra solamente de la pícara casualidad, que todo lo revuelve y trastorna, la coincidencia de que no va el uno sino las mismas noches que concurre la otra!

De todas maneras, ¡qué calumnias, sí señor, qué calumnias se han levantado sobre la frente de D. Sisebuto! ¡Y si no hubieran sido más que calumnias!

Pero, ¿quién es capaz de parar los pies á la murmuración?

La calumnia è un venticello...

– ¡Ni en casa de Medinaceli! – decía con gran énfasis don Sisebuto no hace muchas noches entrando en el gabinete del *palacio* de D. Tiburcio. – ¡Qué animación! ¡qué alegría! ¡No falta nadie! ¿Usted también por aquí, Soler? Tanto gusto ..

Y decía verdad el buen señor. No cabía más gente ya, ni en la sala, en cuya media luz refugiábanse los desterrados, por su tardanza en venir, de las alegrías del gabinete. ¡Qué gran noche! González, un tipo delicioso cuyas bondades y excelencia cantaba en todos los momentos doña Dolores, ocupaba desde temprano su sitio en la mesa grande y á su alrededor se dejaba ver lo más distinguido y agradable de la tertulia. ¡Qué manera de contar chascarrillos y decir cuentos la de González! ¡Inimitable! Es verdad que algunos, muy pocos, no brillaban por lo pulcros ni por lo velados, pero, «¡Ay! González, los dice usted tan bien, – le aseguraba D.ª Dolores, – tan bien, ¡tan bien! ¡y con tantísima gracia!» Algún mal intencionado se atrevió á indicar sus temores de que algunas veces el tal González *se quedaba* con la reunión. Pero... ¡no era posible! ¿quién podría sospecharlo? Por Dios, hombre, ¡un chico tan formal!

– ¿Cuántos? ¿Cuántos? – gritó D. Sisebuto que ya tenía empeñado su juego con Gutiérrez, D. Tiburcio y Panchito. – ¿Cuántos van, González?

– Pocos y malos.

– ¡Ay! no lo crea V., – interrumpió Virtuditas.

– Por Dios, González, no se achique V., – insistió doña Dolores.

– ¡Señora!

– ¡Codillo! señor D. Sisebuto, – le gritó Gutiérrez.

– ¡Caracoles! ¡Si no me distrajera!

– ¡Fíese V., fíese V. del mozo. .!

– ¡Caramba, con Panchito, y qué suerte...!

– No me envidie V., no me envidie V... ¡Afortunado en el juego!

– ¡Afortunado en el juego! ¡Afortunado en el juego...! – gritaron dos ó tres voces recalcando la frasecilla.

– ¡Señores...! – se permitió balbucear Panchito medio saltando en la silla, turbado por la emoción. – ¡También á veces!

– ¡Qué jóvenes, pero qué jóvenes! – dijo con voz campanuda y seca D. Sisebuto desde la cima de su respetabilidad.

– ¡Vaya, que V., – le interrumpieron por lo bajo, – don Sisebuto, es V. el hombre de la suerte!

– Y á propósito, – indicó González, – ya que discuten ustedes sobre cosas tan viejas, ¿á que no saben Vds. lo que pasó no hace mucho al pobre Pérez? Alguna de ustedes lo conocerá...

– Ya lo creo; ¡su amigo de usted!

– Tan simpático.

– Muy simpático.

– Cuente usted.

– Pero, ¿qué le ha sucedido?

Todas las conversaciones se detuvieron de repente.

Y principió González:

– Yo creí que Vds. ya lo sabían. ¡Si es para tirarse por un balcón! El infeliz es de los tontos que aun creen á ojos cerrados en ciertas antiguallas...

(Don Sisebuto con voz estentórea.) ¡Joven! ¡Joven!

– Déjeme V. seguir. Es de los que se preocupan con ciertas supersticiones.

– Ya eso es otra cosa. Adelante, pollo, adelante. No se distraiga V., Gutiérrez, dé V. las cartas. El *público* lo primero.

– Pues bien, – continuó González, – el infeliz Pérez creía, ¡pero cómo! en la verdad absoluta de los dichos y por consecuencia en la del que asegura que *afortunado en el juego... etc.* Cierta noche que volvía cariacontecido y fastidiado á su casa en busca de sueño y olvido... ¿qué tal? después de recibir una de las más horribles calabazas que registra la historia *(grandes risas)* recordó que al día siguiente se jugaba la lotería y, dicho y hecho, ahorcó sus ahorros y compró... un billete entero. *(Sensación.)*

(Eduvigis á D.ª Dolores que se permite regañar á Virtudes por ciertas miradas que ha dirigido al sinsonte: Por Dios, mamá, cállate ¡que está hablando González!)

– «¡No es posible dudarlo, – se afirmaba á sí mismo Pérez. – Después de tamaña desilusión en achaques de amores, ¿qué más natural sino que la suerte me favorezca en el juego?» Figúrense Vds. que á cualquiera de los que nos estamos viendo las caras ahora le tocase el premio gordo. *(Murmullos prolongados.)* ¿Calculan Vds. la emoción? ¿La suponen, mejor dicho? Pues ya pueden ustedes imaginarse la sorpresa de mi desgraciado amigo al encontrarse poseedor nada menos que de diez y seis mil duros. Y luego nos vendrán contando, me decía aquella tarde, calenturiento de tanta alegría, después nos dirán que las preocupaciones...

– ¡Y tenía razón!

– ¡Pues, ya lo creo!

– Y le llama V. desgraciado.

– Señores, por favor, si no he concluído.

– ¡Ay! ¡siga V. González, siga V. ¡niñas! ¡qué imprudentes!

– Figúrense Vds. ahora que á cualquiera de nosotros, después de habernos sacado á la lotería diez y seis mil duros, le dan la estupenda noticia de que por no haber entrado en el bombo un millar, se ha anulado el sorteo; ¿quién no se desmayaría, siquiera? ¿Qué menos de un desmayo exige tamaña catástrofe? ¿Han comprendido ustedes la inmensa desgracia del malaventurado Pérez? ¿Qué suerte más negra es posible imaginar? – ¡Desgraciado en amores! ¡Desgraciado en el juego! — repetía el pobre casi loco. – ¡Si no es posible! ¡Si no puede ser, hombre! ¡Si parece mentira! Si ..

– ¡Basta por hoy! – exclamó de pronto con voz de trueno y levantándose de la mesa D. Sisebuto. – ¡Basta por hoy! ¡Cuatro codillos! ¡Que los aguanten otros!

– Pero... ¡D. Sisebuto...!

– ¡Señor D. Sisebuto!

– ¡Desgraciado en el juego...! Me parece que usted...

— ¡Ya ven Vds. lo que nos ha contado González!

— Sí... pero usted...

– ¡Usted es una excepción!

– Vaya, D. Sisebuto, si V. es el hombre de la suerte...

(1) El nombre dicen que provino de una enorme sierpe que hacía grandes estragos en tierras de Tarascon.



HUYENDO DEL FASTIDIO, cuadro de F. Seymour



EL ESTANQUE, dibujo de J. M. Marqués

—¡Don Sisebuto!

... Y en el entretanto... ¡Oh, media luz de la sala!... ¡Oh, Soler!... ¡Oh, Conchita!... ¡Oh fragilidad eterna!... ¡¡Ah!!... ¡¡Oh!!

¡Corramos un velo...!

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW

EL RAMO DE MARGARITAS

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuación)

Inútil será decir que el almuerzo le pareció interminable. Permanecía casi inmóvil, sin atreverse á mirar hacia ningún lado, comiendo con el extremo de los labios y sin darse cuenta de lo que comía.

Entretanto Mercedes pensaba:

—¿Será posible lo que cuentan de él, con ese aspecto de cartujo?

Luego añadía para sí:

—Debería mostrarse más obsequioso. ¿Me creerá tal vez demasiado niña para fijarse en mí?

Y á consecuencia de estas reflexiones, alargó su vaso á Santiago, diciendo con maligna y graciosa expresión:

—Si mi vecino tuviese la bondad...

—¡Ah! señorita, —balbuceó el atortolado joven tomando una botella para echar vino en el vaso que le presentaban; y buscando al mismo tiempo una frase galante, añadió: —¡qué vaso tan bonito!

—¿Le gusta á V.? Es un vaso que papá me trajo de Alemania; está muy bien grabado; tiene ramilletitos de margaritas. ¿Le gustan á V. las margaritas? A mí me encantan no obstante su silvestre sencillez; pero por estos alrededores no las hay.

—Por cerca de casa, sí; —se atrevió á decir Santiago.

—No es extraño. Creo que Vds. viven hacia la cuesta de Zulema y aquello está al mediodía... Y ahora recuerdo: me parece que una mañana ví á usted...

Santiago se puso encendido; pensaba en el incidente del látigo, y tratando de disimular su turbación, tomó maquinalmente un vaso para beber; pero desgraciadamente fué el vaso de las margaritas el que se llevó á los labios.

Mercedes se turbó y dijo para sí:

—Efectivamente, va descubriendo la hilaza.

El pobre joven se fijó en la inconveniencia que había cometido; al poner apresuradamente el vaso sobre la mesa, dejó caer al suelo el servilletero de Mercedes; y al querer cogerle antes de que cayera, dió un golpe á ésta en el brazo.

La joven le observaba preocupada, diciéndose:

—¿Qué significa esto?

Entretanto el pobre mártir, queriendo reparar en parte tantas torpezas, trató de levantar con disimulo el objeto caido, buscándole con el contacto de los piés.

—Ya le tengo, —pensó, sintiendo el susodicho contacto con una cosa redonda al parecer.

VIII

Trató de atraerle hacia sí; después reparando en que doña Genoveva le miraba de reojo, se hizo la reflexión de que podía esperar una ocasión favorable para levantarle; pero de vez en cuando, llevaba un pie al mismo sitio para asegurarse de que el objeto estaba allí.

Entretanto D.ª Genoveva hacía mil aspavientos afectando disimulo.

—¿Por qué me mirará tanto? —pensaba Santiago.

De repente, le pareció que el objeto que estaba en el suelo se metía bajo su pie, y apoyó éste con alguna fuerza.

Entonces D.ª Genoveva murmuró á su oído:

—¡Me ha hecho V. daño!

¡Estupefacción! ¡horror! Su pie pisaba el de aquella señora. Retiró la pierna como si hubiese sentido la picadura de una serpiente é hizo un esfuerzo para no levantarse de la mesa. Afortunadamente, terminó el almuerzo, y Santiago se apresuró á seguir á su tío y al marqués, que se apercibían para la caza.



EN LA BAHÍA, cuadro de H. Woods

Se trasladaron todos á un gabinete próximo y entonces dijo el general á su sobrino:

—He perdido el pañuelo; vé al comedor á ver si le encuentras.

Santiago obedeció. Volvió al comedor en donde estaba Agueda, la criadita, levantando la mesa, la cual al ver al joven dió un grito y luego huyó *despavorida*.

Aquiles oyó este grito y dijo para sí:

—El tunante hace de las suyas; pero yo le vigilaré.

Un cuarto de hora después, cuando Santiago se halló en el campo, á caballo, rodeado de los galgos del marqués que correteaban, exhaló un suspiro de satisfacción.

Sin embargo, en sus adentros no se hallaba completamente tranquilo.

¡Cuántas torpezas en tan poco tiempo! Decididamente tenía que renunciar al trato de las mujeres.

Se trasladaron á la heredad en donde debía verificarse la caza.

Durante el trayecto y casi de repente, el viento cambió haciéndose *viento de Toledo*, esto es, precursor de lluvia infalible. Las nubes poco densas que entoldaban el cielo desde el amanecer, fueron tomando cuerpo.

Comenzaron á caer gruesas gotas de lluvia.

—Nos vamos á mojar, —dijo D. Blas.

—No, general, —observó el marqués, —no es esa la palabra: á calar. Conozco este aire; antes de un cuarto de hora estará cayendo un diluvio.

—¿Supongo que pasajero?

—No tiene trazas de eso; el nublado ofrece el aspecto de un temporal, y por tanto opino que suspendamos nuestra expedición y nos refugiemos en casa si tenemos tiempo para ello.

—¿Sin cazar?

—¿Y qué remedio?

—¡Caramba!

—No hay nada perdido. Ustedes no tienen señoras que les esperen; esta noche se quedan en casa, y si mañana, como es probable, ha mejorado el tiempo, cumplimos nuestro propósito.

—Pero...

—Advierto á Vds. que no nos hacen la más mínima extorsión; por el contrario, charlaremos y se nos hará más corta esta encerrona forzosa.

—En ese caso...

—Nada, nada, volvamos y de prisa, porque la lluvia se formaliza.

Este contratiempo fué un golpe terrible para Santiago.

IX

Volvieron á la quinta. El marqués y el general se detuvieron en una antesala á examinar una panoplia, y nuestro héroe entró en un gabinete contiguo, en que no había nadie.

Vió un objeto en el suelo y se bajó para recogerle: era un guante pequeño como de mujer. Después de haberle mirado con cierto estremecimiento, iba á dejarle sobre un velador, pero oyendo ruido, se atortoló como de costumbre, y se llevó á la espalda la mano en que tenía el guante, pues vió con verdadero espanto á Mercedes y á D.ª Genoveva que entraban en la pieza.

—¿Está V. solo? —preguntó aquella con amabilidad.

—Sí, señorita, —balbuceó Santiago. —Acabamos de llegar...ya ve V... la lluvia...

—¿De modo que no han cazado ustedes?

Santiago contestó maquinalmente, estrujando el guante entre sus dedos y sin saber qué hacer. Otro cualquiera hubiera discurrido una frase galante para preguntar á cuál de las dos señoras pertenecía el objeto encontrado; pero él sólo se fijó en la idea de que no habiéndolo hecho en seguida, era inconveniente la devolución del guante.

Por tanto, aprovechando una distracción de sus interlocutoras, deslizó éste en el bolsillo de su americana.

¡Imprudente! Un rato después, cuando ya todos estaban reunidos en el gabinete, y en el momento en que Santiago, distraído, sacaba el pañuelo para sonarse, Aquiles, el raquítico gomoso, dijo con voz estridente:

—Mercedes, ¿no buscabas un guante?

Esta frase fué como un golpe de maza para el pobre Santiago, porque vió á su lado en el suelo el guante que antes se había guardado en el bolsillo. Entonces, aturdido, le levantó diciendo:

UN BAZAR AL AIRE LIBRE, cuadro de H. Woods

—Este guante es mío.

Y volvió á guardárselo en el bolsillo.

Mercedes se puso muy encarnada.

El resto de la tarde pasó sin incidente alguno.

La comida fué más soportable que el almuerzo, pues aunque nuestro héroe estuvo también colocado entre las

dos señoras, éstas parecían preocupadas. Sin embargo, Santiago no se atrevió á mirar á ningún lado, é hizo los menores movimientos posibles, temeroso de cometer alguna torpeza.

Las miradas escudriñadoras del joven gomoso le molestaban.

En una ocasión sintió el contacto de un objeto que rozaba con su pie derecho y como en este lado estaba sentada el ama de llaves, retiró la pierna, poniéndose encendido de vergüenza.

¡Pobre Santiago!

Un rato después de tomar café en el gabinete contiguo, dijo el marqués:

– He observado que en este clima, el tiempo sigue las mismas fases durante algunos días. Estoy seguro de que mañana, como hoy, no lloverá hasta por la tarde. Por tanto, opino que verifiquemos temprano nuestra expedición, estando de vuelta para la hora del almuerzo, ¿qué le parece á usted, general?

– Perfectamente; así encontraremos á las liebres descansadas y darán más que hacer á los perros.

– Pues para estarlo nosotros también, creo que debemos retirarnos. Si hace buen tiempo yo me encargo de avisar á ustedes.

Media hora después cada mochuelo se había ido á su olivo.

X

Pero Mercedes no se había acostado.

Despidió á su doncella y se quedó sola y pensativa.

Ella misma se quitó las botas y se calzó unas chinelas tan bonitas y tan pequeñas, que parecían haber pertenecido á la Cenicienta.

Sacó su pañuelo del bolsillo del vestido y lo dejó sobre un velador, así como también una cinta azul que llevaba en la cabeza; y hechas estas operaciones con lentitud y como maquinalmente, se puso á mirar á la luna, que después de una lluvia tropical, aparecía en un cielo despejado.

Pero yo creo que miraba á la luna sin verla.

No era ella sola la única que velaba.

Santiago estaba en su cuarto, situado en el segundo piso de la quinta, precisamente encima del de Mercedes; y completamente vestido, se entregaba al siguiente monólogo:

– Digan lo que digan, yo no quiero hacer el papel de víctima. Basta con el día de hoy. Me largo; por nada en el mundo arrostraría el día de mañana. La noche está magnífica, y el paseo me sentará bien. Cuando mi tío me encuentre en casa, gruñirá y rabiará; pero la tranquilidad ante todo. Me salgo por la puerta del jardín, y que vayan á buscarme.

Tomó su sombrero, y cuando ya tenía la mano puesta sobre el picaporte de la puerta de su cuarto, le detuvo una reflexión.

– El tío, – se dijo, – tiene el sueño muy ligero, y como he de pasar por su dormitorio, me va á sentir.

Pero en aquel mismo momento se le ocurrió una idea.

(Continuará)

EL BARCO SUBMARINO

SISTEMA NORDENFELT

La cuestión sobre la lucha del torpedero contra el acorazado es hoy la que tal vez preocupa más vivamente al mundo de los marinos, y hasta el público se fija en ella con atención interesándose en los argumentos contrarios aducidos en defensa de ambos sistemas. Entretanto espérase que un gran combate naval venga á demostrar evidentemente la superioridad indiscutible de uno de los dos. Hasta ahora, los torpederos no parecen hallarse aún en estado de proseguir siempre la lucha con buen éxito, pues con dificultad pueden mantenerse en alta mar, como lo han demostrado las pruebas en simulacros de combates navales verificados últimamente en Inglaterra; y además es probable que no puedan atravesar las redes de seguridad, de compactas mallas, con que se rodean los acorazados. Por último, podríamos preguntarnos si la vía de agua que determina la explosión de un torpedo producirá necesariamente una avería de suficiente importancia en el buque grande, pues por el sistema de construcción actual se protege el acorazado con una red de compartimientos; de modo que la vía de agua debería localizarse en uno aislado sin producir más accidente.

Como quiera que sea, para obtener con los torpedos un efecto más seguro trátase ahora de hallar el medio de lanzarlos con ayuda de barcos submarinos, que puedan tocar al acorazado en las partes más peligrosas de su casco inferior, evitando la red que detiene los torpedos y la coraza metálica que protege al buque contra el choque de los proyectiles de la artillería enemiga.

Las principales naciones de Europa estudian atentamente el asunto, y han hecho ya experimentos muy repetidos, cuyos resultados no se dan á conocer; también los inventores se ocupan mucho de la cuestión, y aunque el problema no se haya resuelto aún, no se debe considerar irrealizable. M. Nordenfelt, que le estudia particularmente, ha ideado un tipo de barco submarino que excita vivamente la curiosidad, y sobre el cual daremos aquí algunos detalles, tomados de una revista marítima extranjera, y de una conferencia que el 29 de enero último dió en Londres M. Nordenfelt ante los altos funcionarios del Almirantazgo inglés y los príncipes de la familia real.

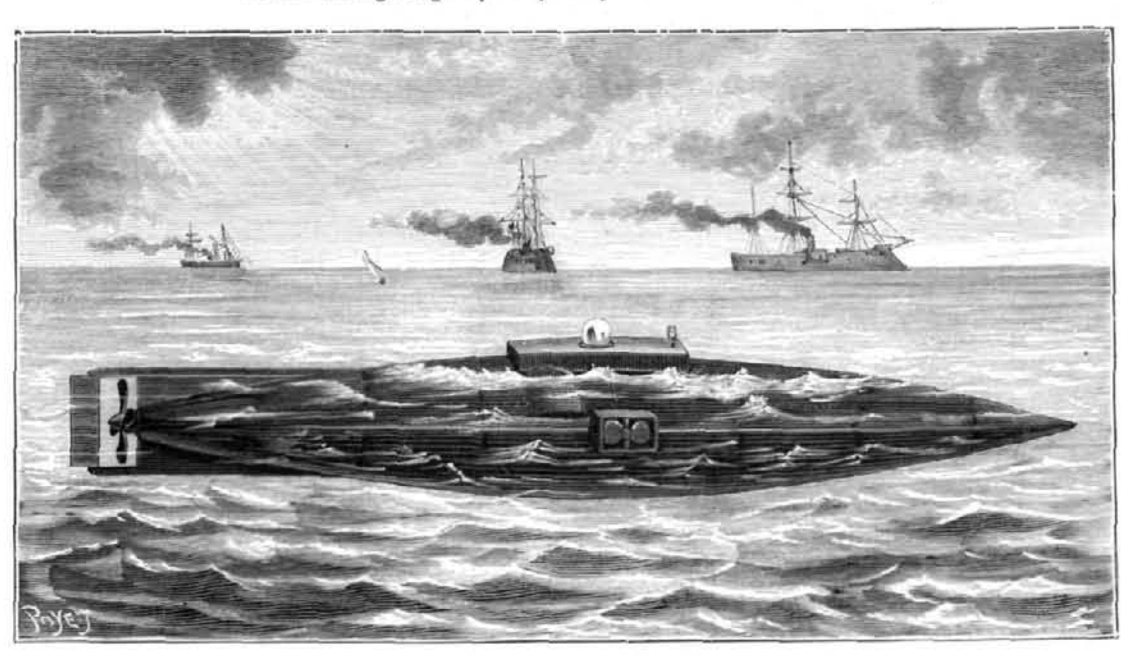


Fig. 1.—El barco submarino de M. Nordenfelt

M. Nordenfelt atribuye principalmente el mal éxito de las diversas tentativas hechas antes con los barcos submarinos á sus dimensiones demasiado reducidas, que no permitieron comunicarles una fuerza motriz suficiente, tanto para dirigirlos como para asegurarles el medio de ascender y sumergirse fácilmente en el mar. El nuevo barco, movido por vapor, sólo lleva tres tripulantes; y

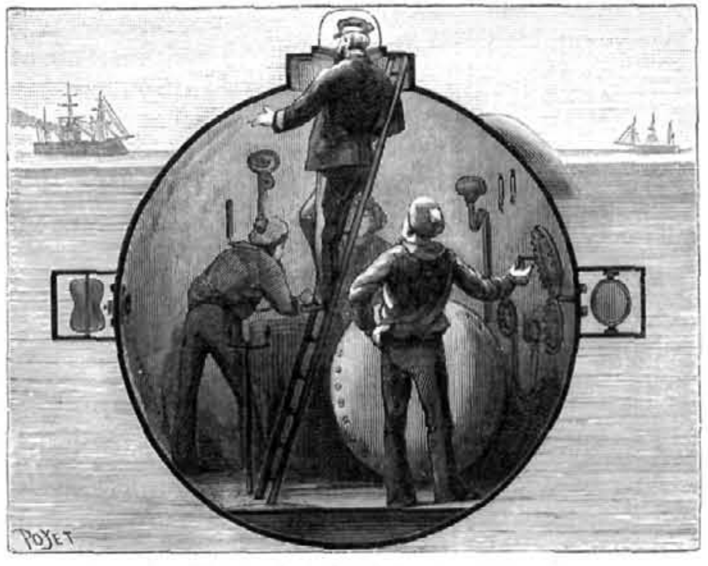


Fig. 2.– Corte del barco submarino

puede recorrer, según el inventor, ciento cincuenta millas por lo menos, sin que sea necesario renovar la provisión de carbón. El aparato de inmersión se compone de dos hélices laterales de eje vertical, movidos por una máquina de vapor especial, y la inmersión se regula por una válvula automotriz. Además se emplea un depósito auxiliar de agua fría, en el cual se pueden introducir, según los casos, hasta cuatro metros cúbicos de agua.

Para asegurar la posición horizontal del barco debajo del agua, condición de todo punto indispensable, los timones colocados en la proa están provistos de contrapesos que mantienen siempre el barco en su posición normal.

M. Nordenfelt dice que se ha propuesto ante todo conservar el motor de vapor á fin de que su barco pueda tener independencia y le sea fácil renovar siempre las provisiones de agua necesarias sin necesidad de ir á tierra. Se ha evitado el uso de la electricidad, calculándose que las baterías y acumuladores, á los cuales se hubiera debido apelar, eran aparatos demasiado susceptibles de frecuentes descomposiciones, y que por lo mismo podían comprometer la seguridad del barco. Los temores de M. Nordenfelt son quizás un poco exagerados bajo este punto de vista, y así se priva de un auxiliar particularmente precioso, que hubiera sido, por el contrario, muy propio para la maniobra de un barco submarino, puesto que los motores eléctricos tienen la enorme ventaja de no viciar el aire, no producir ruido ni humo, y ocupar poco espacio. Por otra parte, creemos que esta cuestión se estudia atentamente en diversos países extranjeros, donde se hacen pruebas para la aplicación de los motores eléctricos al nuevo tipo de barco.

Hemos representado en las figuras 1 y 2 el dibujo del barco Nordenfelt, ensayado en Estocolmo: según se vé, tiene la forma de un cilindro afilado en ambas extremidades para disminuir la resistencia; la anchura máxima es de 3m,65, la longitud total de 19m,50; su mayor altura en el centro, de 3m,25, el desplazamiento total, de 60 toneladas, y la celeridad sobre la base medida, de 9 nudos. La tripulación se reduce á tres hombres, que se sitúan en el centro del barco delante del hornillo de la caldera. La torrecilla del comandante, que sobresale en la parte superior, tiene una puertecita, por la cual se pasa á una escala que conduce al interior del barco; y cuando éste se halla sumergido, una cúpula de cristal permite observar el mar.

El barco se ha construído con planchas de acero dulce, reforzadas interiormente; la máquina principal pone en movimiento el hélice de popa, asegurando el desplazamiento horizontal del barco, así como la bomba de aire, las que alimentan la caldera y las de circulación de agua caliente: es del tipo compuesto de condensación. El cilindro de alta presión mide 0m,30 de diámetro y el de baja presión 0m63. Una segunda máquina motriz de dos cilindros de 0m,10 de diámetro hace funcionar un ventilador, así como los dos hélices laterales de eje vertical que tienen por objeto asegurar la inmersión del barco. La caldera que alimenta las máquinas es del tipo ordinario; los productos de la combustión caen en una caja especial, inmediata á la cúpula, y son arrojados fuera á la parte inferior, para evitar el humo, que revelaría la presencia del barco.

Cuando este último se ha sumergido, el vapor se produce por el calor acumulado en dos depósitos de agua hirviente, que contienen ocho toneladas, hallándose el uno á proa y el otro á popa. El agua de estos depósitos se mantiene siempre á una elevada temperatura estableciendo una corriente de cambio continuo con la caldera por medio de tres bombas de circulación gobernadas por la máquina principal. Los depósitos se pueden vaciar en caso necesario para aligerar el barco, cuando se quiera remontar á la superficie.

En tiempo normal, el barco navega flotando, con su depósito de agua fría vacío; pero cuando se halla bastante cerca del enemigo para que se le pueda ver, comienza á sumergirse de modo que solo la cúpula llega al nivel del agua. Al efecto introdúcese cierta cantidad de esta en el depósito de agua fría, y ciérranse todas las salidas de aire y la chimenea, así como el hornillo de la caldera. Los hélices laterales se ponen en movimiento para determinar la inmersión, regulándose siempre la profundidad, según hemos dicho, por la válvula automática, gobernada por la presión de agua exterior que abre ó cierra el depósito de vapor. En cuanto á la invariabilidad de la posición horizontal, se asegura por los timones especiales de que ya hemos hablado.

Al acercarse al buque que se trata de atacar, el barco se sumerge completamente, pudiendo hundirse á veinte metros de profundidad, según M. Nordenfelt; y entonces lanza mecánicamente un torpedo movible de 4m,26, colocado en la proa del barco.

Las pruebas con este último se efectuaron en Estocolmo los días 22, 23 y 25 de setiembre último, á presencia de los delegados de todas las naciones europeas, del Brasil y del Japón.

Los días 22 y 23, el barco hizo diversas evoluciones, manteniéndose sumergido; pero la celeridad no excedió de seis nudos por hora: en el ensayo de inmersión se emplearon treinta minutos. El día 25, hallándose reducida la tripulación á dos hombres, además del comandante y maquinista, pues el fogonista se había herido la víspera, se trató de simular el ataque de una cañonera, y el barco debió acercarse sumergiéndose desde el punto en que se le hubiera podido ver.

Recorrió el trayecto con escasa celeridad, y hubo de remontar varias veces á la superficie para tomar aire. Según los informes oficiales, el aparato destinado para asegurar la horizontalidad de la posición no funcionaba todavía de una manera que pueda infundir plena confianza, pues el barco ha de remontar á menudo á la superficie, exponiéndose así al peligro de ser descubierto. La celeridad de la marcha del barco sumergido es muy insuficiente, no excediendo de tres nudos; y por último parece que el armamento que puede recibir no basta para su defensa.

Por esto se ve que si el problema no está del todo resuelto aún, la cuestión se halla en el terreno de la práctica; y según lo ha observado el duque de Edimburgo después de la conferencia de M. Nordenfelt, este inventor ha dado un gran paso hacia la solución, que tendrá mucha importancia para las futuras guerras marítimas. Sin embargo, podríamos preguntarnos, suponiendo que el problema estuviese completamente resuelto, cómo podrá la tripulación del barco submarino, tan próxima al buque enemigo en el momento de la explosión, escapar bastante á tiempo para no quedar aniquilada á su vez por el mismo golpe dirigido contra su adversario.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

El hipócrita Mani nos dice que muy pronto se franqueará aquel mal paso; pero la verdad es que el jefe, no osando ya negarse á conducirnos al volcán, por temor á nuestras carabinas, trata de hacernos desistir, aumentando las dificultades de la empresa. Durante cinco horas mortales, remontamos con mucho trabajo la corriente en medio de oleadas de espuma, que se deslizan á cada paso sobre las rocas pulimentadas; doce veces nos vemos obligados á cruzar el torrente, luchando contra furiosos torbellinos, para buscar un sitio practicable, y con frecuencia nos hundimos hasta los hombros en estas aguas, que nos parecen de hielo. Por lo demás, el paisaje es maravilloso; por ambos lados elévanse perpendicularmente á la altura de 50 á 100 metros las paredes de roca, compuestas de conglomerado oscuro, por las que se precipitan frescas cascadas; largas cortinas de bejucos y de orquídeas bajan hasta las aguas, ocultando en parte grandes cavernas, llenas de moles desprendidas, las cuales exploraríamos de buena gana si pudiéramos detenernos en medio de tan difícil camino. Sobre nosotros, una espesa bóveda de helechos arborescentes y de amentáceas deja filtrar los rayos del sol, produciendo los más hermosos efectos de luz sobre las aguas que se precipitan formando una serie de mugientes cascadas. Nuestros Bagobos, cuyo traje se reduce á un calzón de abacá de vivos colores, y que empuñando siempre su lanza están diseminados, comunican al conjunto un carácter extraño, mágico; y si no estuviésemos empapados hasta los huesos, molidos y llenos de contusiones, podríamos creernos juguetes de un sueño.

Al fin salimos de este torrente de Tagulaya, cuyas maravillas y dificultades no olvidaré jamás; después franqueamos una cuesta escarpada, y por fin llegamos á las doce de la mañana, rendidos de fatiga, á unas casetas rodeadas de pequeños campos de maíz: es la ranchería de Tagaydaya, perteneciente al dato Bitil, aliado de Mani. Los Bagobos de Tagaydaya no han visto nunca europeos, y al principio parecen desconfiar de nosotros, pero tranquilizados después, nos dan los pocos víveres de que pueden disponer, y uno de mis muchachos les compra cinco pollos por algunas cuentas de vidrio y varias chucherías que apenas valen 30 céntimos.

Por la noche, Mani, Bitil y todos sus hombres celebran consejo, entablando unos *bitchara* (discusión, conferencia) interminables. Uno de nuestros compañeros, que comprende bien el dialecto bagobo, nos dice que, juzgando por la prueba de esta mañana, les parece demasiado difícil desanimarnos, y los Infieles se resignan á conducirnos directamente al pie del volcán.

8 octubre. – Uno de nuestros compañeros, resintiéndose del día de ayer, ha tenido un fuerte ataque de fiebre, mas espero que mañana se hallará en estado de seguirnos. Por desgracia, su indisposición persiste; y como los pocos recursos de la ranchería de Bitil, y los escasos víveres que llevábamos no nos permiten diferir la ascensión, es preciso dejar al enfermo en Tagaydaya, con una provisión de quina, al cuidado de uno de sus amigos y de dos hombres de los más cansados.

El 9 proseguimos nuestra marcha, franqueando el monte Pupug, de 789 á 1080 metros de altura, que se extiende en una ancha meseta cubierta de bejucos con flores sonrosadas (1), y de una vegetación magnífica. La temperatura del suelo se eleva marcadamente, y el aire está impregnado de un olor sulfuroso; al pie de la vertiente norte del monte Pupug franqueamos una de las fuentes del Tagulaya; en la orilla opuesta, al principio muy escarpada, la vegetación cambia completamente: á las esencias que hasta aquí dominaban, sucédese un bosque de helechos arborescentes de 10 á 20 metros de altura, cuyos troncos, así como el suelo, están cubiertos de una espesa capa de musgo y de líquenes (2); la humedad es extremada; el agua se desliza por el terreno, por los troncos y las hojas, comunicando al paisaje el aspecto de un bosque submarino. A las dos de la tarde, la pendiente se suaviza, y penetramos en el lecho de un torrente casi seco, donde nos detenemos una media hora: este punto se halla á 1680 metros de altura, y los indígenas le llaman *Badayán ó Siribán*.

Proseguimos nuestra marcha siguiendo el lecho del torrente formado por una profunda cortadura de la montaña, donde deben producirse numerosas cascadas cuando llueve. Por fortuna, apenas hay agua ahora, y conseguimos, no sin dificultad, franquear las enormes moles que encontramos á cada paso. La fatiga de nuestros hombres, pesadamente cargados, es extremada; uno de ellos pierde el conocimiento y se deja caer sobre una estrecha cornisa, al borde de un abismo; la asfixia pulmonar es inminente, y con mucho trabajo podemos conducirle al punto en que acampamos, á la altura de 2229 metros. Estamos en medio de los helechos de escasa talla, impregnados de humedad, tanto más incómoda cuanto que durante la noche mi termómetro de mínima desciende á 8°.



Viaje á Filipinas. – Paso del torrente Tagulaya

Aquí cesan los informes de nuestros indígenas. Vemos muy distintamente el volcán, del que me apresuro á sacar un croquis. El Apó nos presenta su vertiente sud, dividida por una ancha grieta, de la cual se escapan nubes de vapores; nos parece infranqueable, y en su consecuencia, no pudiendo subir sino por uno de sus lados, nos decidimos por el del este: nuestra inspiración ha sido feliz, porque es el único camino practicable.

10 octubre. – Aunque hayamos alcanzado la altura de 2229 metros, aun podemos subir bastante más; y durante dos horas la marcha es sumamente penosa. Los helechos arborescentes han desaparecido á la altura de 1900 metros, y ahora nos hallamos en medio de una compacta espesura de vegetales de la misma familia, pero subarborescentes; sus troncos ramificados y nudosos constituyen un compacto y mullido lecho, sobre el cual no se puede avanzar sino saltando de una rama á otra. Después de sufrir muchas caídas, de ninguna gravedad, pero cuya repetición es muy fatigosa, alcanzamos el punto en que la vegetación, achaparrada y clara (3), no es ya un obstáculo (2370 metros de altura). Se comienza la ascensión propiamente dicha en medio de moles de *andesitas* y de cenizas, cubiertas en gran parte de una capa de azufre de uno ó dos centímetros de espesor; en los huecos de las rocas, lavadas por frecuentes lluvias, encontramos agua muy buena, que nos alivia mucho. La ceniza aglomerada retiene los fragmentos de andesita, que forman escalones muy cómodos.

A las diez estamos en el borde de la gran grieta mediana que distinguíamos ayer; su anchura es de unos 50 metros, y sus paredes verticales de una elevación que varía de 20 á 60, componiéndose de una mezcla de andesitas y cenizas; de ellas se escapan, produciendo un agudo silbido, chorros de ácido sulfuroso, cuya blancura se destaca vivamente sobre el tinte amarillo de la espesa capa de azufre que tapiza toda la grieta. El suelo comienza á ser abrasador, y la aridez más marcada; sólo algunas matas se cruzan en medio de las cenizas.

En este punto los indígenas se detienen vacilantes; pero viéndonos resueltos á seguir avanzando, un esclavo viejo que se precia de tener algo de mágico dice á sus compañeros que pueden seguirnos sin temor, pues acaba de ver á *Mandarangán* salir del cráter y perderse en medio de las nubes. Al oir esto, varios indígenas gritan que también lo han visto ellos; y tal vez digan más verdad de lo que piensan, pues la llegada de los europeos al santuario, hasta entonces respetado, de una divinidad bárbara, es un paso más en la senda de la civilización, ante la cual deben desaparecer, en efecto, los dioses del asesinato y de la esclavitud.

A medio día llegamos al pie del cráter, donde hay un vallecito cuyo lado norte, menos alto que el opuesto, parece la cima del volcán, visto desde Davao. En este momento hubiera podido hacer interesantes observaciones sobre la topografía del país, pero las nubes nos invaden. A pesar de todo, resolvemos terminar la ascensión, y sin dejarnos imponer por la verticalidad de la vertiente exterior del cráter, llegamos á la cima sin grandes dificultades, gracias á la disposición de las moles de andesita, que forman casi en todas partes una escalera bastante cómoda. En el momento mismo de llegar al término de nuestra ascensión, las nubes que nos rodean se oscurecen, y al punto nos inunda una lluvia fría y compacta.

(Continuará)

(1) Familia de Melastómeas.

(2) *Hypnum, Usnea, Sticta,* etc.

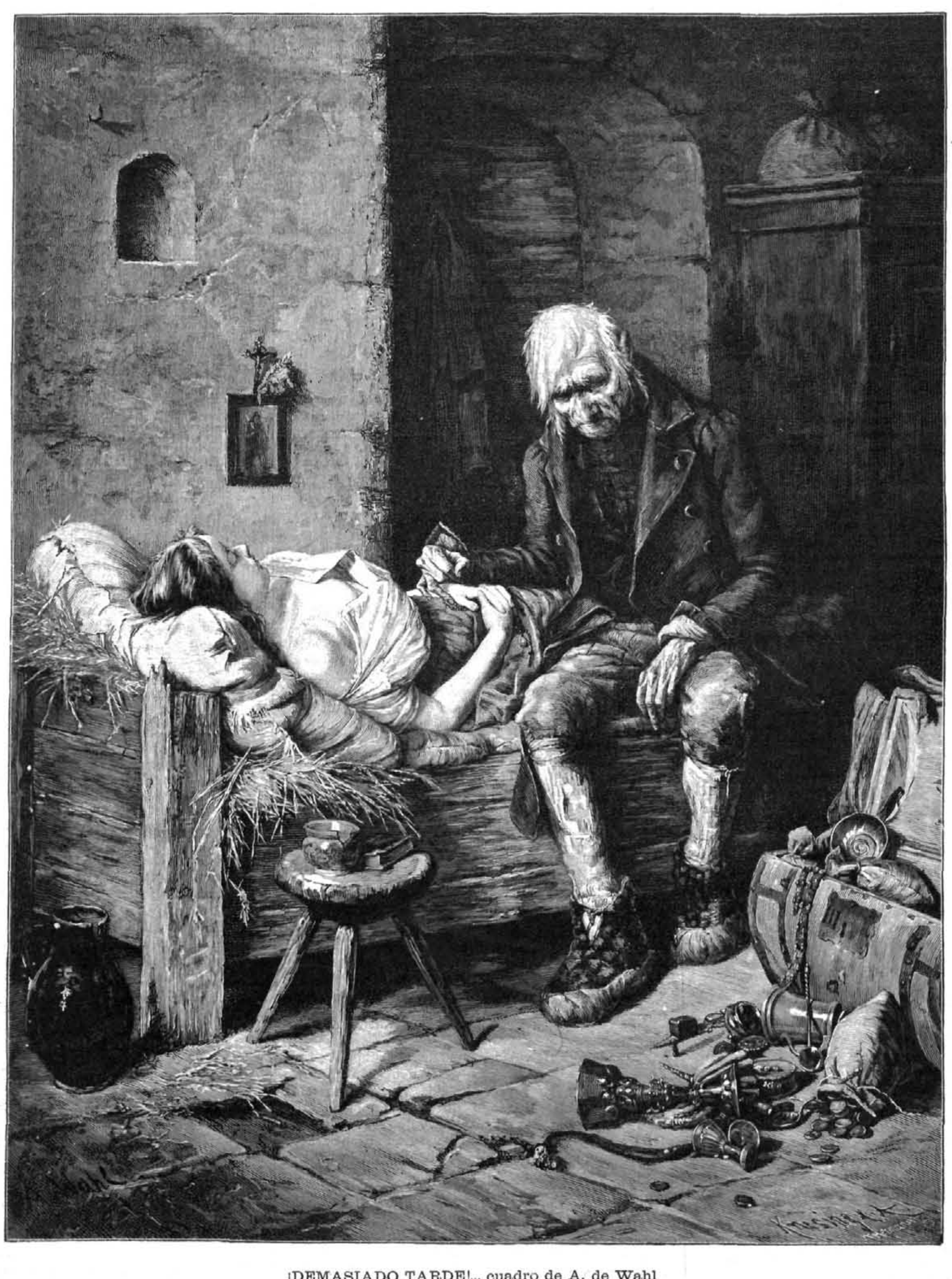
(3) Los *leucopogon* (Epacrídeas) abundan en este terreno de cenizas entre los 2,000 y 3,000 metros de altura.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V —BARCELONA 28 DE JUNIO DE 1886— NUM. 235

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡DEMASIADO TARDE!... cuadro de A. de Wahl

Presentado en la Exposición de Berlín. (De fotografía directa de F. Hanfstangl de Munich)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡DEMASIADO TARDE!... cuadro de Wahl

Este lienzo, altamente dramático, une á sus excelentes condiciones artísticas, la circunstancia de ser una lección de alta moral, más comprensible, y por ende más eficaz, que si se desprendiera de un tratado de filosofía.

Un avaro sin conciencia, un usurero sin corazón, ha sacrificado al culto del Dios Oro los más naturales sentimientos, los impulsos que la Providencia ha impuesto hasta en las fieras. La víctima ha sido su propia hija; una criatura inocente á la cual ha privado de todo, de sustento cuando lo pedía su cuerpo, de aire cuando lo demandaban sus pulmones, de expansión cuando lo reclamaba su alma, de caricias cuando las exigía su noble corazón. Aprisionada, asfixiada, atrofiada en una malsana buhardilla, la pobre flor, sin luz, sin sol, sin cuidado, ha muerto lentamente, sin que su larga agonía haya despertado el menor sentimiento en el envilecido pecho del autor de su vida.

Un día, empero, la muerte, más generosa que ese padre, ha batido sus alas sobre el mísero lecho de la joven; y el sórdido avaro ha comprendido toda la extensión de su crimen. Entonces ha ido en busca de sus tesoros, ha desparramado junto á la cama de la moribunda el dinero, las joyas, las mil y una prendas, adquiridas al precio de una transacción vergonzosa entre su avaricia y su conciencia.

¡Es demasiado tarde!... Ha sonado la hora de la libertad y del remordimiento. El cielo llama á su ángel y la expiación comienza para un miserable.

Tal es el drama que Wahl ha representado de una manera gráfica. En presencia de ese cuadro, las almas nobles se sobrecogen y comprenden que el arte puede llegar á ser uno de los grandes instrumentos del estigma de Dios.

LA FAENA DE INVIERNO, cuadro de W. Zauze

Este paisaje causa frío, frío en el cuerpo y frío en el corazón.

La figura que lo anima atrae privilegiadamente las miradas, porque esa pobre mujer es la representación de la miseria, abrumada, más si cabe, durante el invierno. La naturaleza vegetal se ha desprendido de sus galas; pero no parece sino que al mismo tiempo se ha desprendido de sus necesidades. Diríase que ha dejado de vivir transitoriamente, hasta que un rayo de sol de abril la llama á la resurrección anual. Mas la infeliz habitante de la cabaña no se aletarga como los árboles, ni se aletargan sus hijos, que tienen frío, que tienen hambre, que tienen necesidades en todas las estaciones y más en la estación del invierno. Por esto la madre solícita desafía la inclemencia del tiempo, y pisando nieve y sin reparar que la escarcha destruye su semblante, se dirige al campo, al bosque; do quiera que la Providencia haya dejado algo para remedio de los pobres durante los días de la gran crisis.

Bien poco es lo que aprovecha: los mismos pájaros la han hecho competencia en descubrir el último grano perdido en la inmensidad de los prados, el último fruto olvidado en la elástica rama de los árboles. Gracias si recoge algunos tallos secos para reanimar la escasa lumbre del frío hogar. El pobre que en invierno se calienta, puede decirse que medio come.

El autor de este cuadro ha pensado y hecho pensar en los que, durante los eternos días de invierno, tienen hambre y tienen frío... Es una obra meritoria que realza el indudable valor artístico de la composición.

EL VICE-CÓNSUL RIVADENEYRA EN DIZFUL, cuadro de nuestro director artístico J. L. Pellicer

Adolfo Rivadeneyra, hijo de D. Manuel, que con la edición de la *Biblioteca de Autores españoles* levantó el mayor monumento dable á las letras patrias, fué nombrado, hace algunos años, vice-cónsul de España en Persia. Por una anomalía que ocurre tarde ó nunca en España, el vice-cónsul hizo lo que no hace ningún *vice* en nuestra tierra de garbanzos, y entre las pruebas que dejó de su fina observación y de su elegancia de estilo, figura un curioso libro ó viaje á Persia, en cuyas páginas encontró el señor Pellicer el asunto de su cuadro.

Representa éste la llegada á Dizful de Rivadeneyra, acompañado del gobernador de la provincia y de numerosa escolta. A la vista de la población, que se divisa en lontananza, son recibidos por los derviches y funcionarios de todas clases, procediéndose á los sacrificios de reses, entre ellas una vaca blanca, que puesta en la punta de una pica por el más anciano de los santones, equivale á decir:

—Sean Vds. bien venidos.

Los restos de los animales sacrificados se ceden á la multitud, que nunca es poca, y más en los pueblos orientales, donde hay algo que llevar gratis á la boca.

Pellicer pintó este cuadro con presencia de apuntes tomados sobre el terreno por el propio Rivadeneyra y con sujeción á las indicaciones de éste tocante á efectos de luz, de colores y de localidad. Esto dice el artista con su habitual modestia; pero nosotros, que en ese lienzo encontramos rasgos dignos de Horacio Vernet, diremos á nuestra vez que cuando no se dibuja y no se agrupa y no se combina y no se pinta como Pellicer pinta, combina, agrupa y dibuja, es perfectamente inútil buscar en libros y relaciones de viajeros lo que no ha de encontrar el vulgo de los artistas á tanto el metro.

Y en prueba de ello, publicamos en este mismo número algunos de los apuntes con que el señor Pellicer se previno para la ejecución del cuadro, apuntes dignos de su lápiz, seguro como el de muy pocos maestros. No es, por lo tanto, de extrañar que este lienzo, después de haber llamado la atención en la Exposición de Madrid (1877) y en el Salón de París (1878), decore hoy los salones de la Presidencia del Consejo de Ministros, por más que su adquisición sea honra, ya que no provecho, del Ministerio de Estado.

Á TENER TREINTA AÑOS MENOS... cuadro de G. Papperitz

Inspirados por la frase francesa *si vieillese pouvait,* se han pintado muchos cuadros, y no hay para qué decir que en todos ellos hay algo picaresco que constituye la síntesis de la obra. Conciliar la malicia con el buen parecer, armonizar la picardía con la decencia, fuera de la cual el arte pierde uno de sus mayores atractivos, desciende de la región de la poesía y se enfanga en el lodazal de un materialismo repugnante, es el mayor mérito que puede contraer el artista que aborda asuntos arriesgados de suyo. Y este mérito ha demostrado poseer el autor de nuestro cuadro, pues sin ocultar su intención, ha sorteado perfectamente los escollos de la empresa.

Aparte estas consideraciones, la factura de la obra es franca y muy bien pensada á un tiempo; es decir, que el estudio concienzudo, perfecto, de las figuras, no afecta en lo más mínimo á la espontaneidad de su ejecución. Bien concebido en su conjunto, rico en detalles, espléndido en todo, este lienzo no podrá nunca relegarse al montón de cuadros que constituyen el innumerable martirologio de las vulgaridades artísticas.

DE VUELTA DEL RIALTO, cuadro de M. Wood

Los ingleses son apasionados por Venecia. Ellos sostienen la escasa vida de la que fué un día reina de los mares. En el Rialto se celebra el mercado diario, y en él ha encontrado Mister Wood el delicioso ejemplo de la joven veneciana que ha reproducido acertadamente. Su belleza característica, su perezosa actitud, su abandono y hasta dejadez, muy propias de las hijas de Venecia, hacen de este cuadro un verdadero y estimable tipo.

REGRESO INESPERADO, cuadro de Lojacono

Los modernos pintores napolitanos y sicilianos hacen prodigiosos estudios de efectos de luz, alardeando de ellos particularmente en la pintura de horizontes despejados y límpidos, como lo son por lo común los que sirven de fondo á Nápoles y á Palermo. Esta circunstancia no puede apreciarse en un simple grabado. Pero como el cuadro de Lojacono es recomendable, además, por la claridad del concepto, por la naturalidad de sus personajes y por la sobriedad de los recursos empleados por el artista, sin perjuicio de la vida que todo él respira; nuestros favorecedores deben estimarlo en cuanto vale, que ha de ser mucho cuando se ha apresurado á adquirirlo un *amateur* tan inteligente como el rey de Italia.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA COSECHA DE PATATAS, dibujo de L'Hermitte

Unicamente á los grandes dibujantes les es permitido arriesgarse en este difícil género de manifestaciones artísticas. Botessini arrancaba acentos llenos de melodía á un contrabajo; L'Hermitte produce maravillas de dibujo con un pedazo de carbón. Esto prueba que, dentro del arte, el instrumento es lo de menos y lo de más son las manos que el instrumento manejan.

¿QUÉ ES EL VULGO?

¿Dónde está la pastora?

Desde que oí decir á cierto personaje de una comedia, muy popular en su tiempo: «el vulgo, hija mía, es casi todo el mundo,» me anda por la cabeza la sospecha de que el autor de la comedia mentada estuvo á punto de asentar una verdad como un templo; y de que solamente le faltó para ello suprimir el *casi.*

Para mí está fuera de discusión que una de dos: ó no hay vulgo, ó todos somos vulgo; bien que me inclino más á lo último que á lo primero.

Aquella frase que tan frecuentemente y con tanto encomio suelen citar algunos: *no hay hombre grande para su ayuda de cámara,* pudiera tener su contraria, que también es cierta: *en la intimidad no hay hombre pequeño.* Como que, en último resultado, lo pequeño y lo grande son mera cuestión de distancia y de perspectiva.

¡Vulgo! ¡vulgo! ¿Y qué viene á ser eso? ¿Hay efectivamente vulgo? Y si lo hay en efecto, ¿dónde está?

La Academia española, en su Diccionario de la lengua, contesta de este modo á mi pregunta: «VULGO.—El común de la gente popular ó plebe.» Donde se echa de ver que los autores del diccionario son literatos y sabios y eruditos. Si los encargados de redactar esa especie de código del lenguaje hubieran sido simples obreros, sin cultura intelectual y sin conocimientos literarios, de seguro habrían dicho que el vulgo es la BURGUESÍA; palabreja francesa que ahora usamos muy frecuentemente los españoles.

Porque la idea de vulgo es puramente subjetiva. Para el poeta es vulgo y archi-vulgo y hasta vulgacho el que no logró nunca *elaborar* una redondilla. Un maestro tenía yo, para quien era vulgo todo aquel que no había estudiado matemáticas. El músico reputa vulgo al comerciante; y el que consagra su actividad y su inteligencia á las transacciones mercantiles, no concibe que un hombre se pase meses y aun años enteros llenando de figuras un trozo de lienzo.

Pero no se trata por ahora de lo que la Academia dice, ni de lo que puedan pensar éstos ó los otros caballeros particulares: que el sabio llame *vulgo* á los ignorantes, que para el rico sea vulgo todo pobre, se comprende y es lo usual; pero, ¿es eso realmente el vulgo? y dado que, en efecto, lo sea, ¿dónde comienza la ignorancia á ser vulgar? ¿dónde principió á dejar de serlo la sabiduría?

Porque, como me apuren Vds. un poco, voy á negar que haya ignorantes y voy á negar que haya sabios.

Admitiré, cuando mucho, que todo eso de la ignorancia y de la sabiduría es, como lo grande y lo pequeño, simple ilusión óptica, mera idea de relación.

Voy á suponer, á fin de aclarar el concepto, que el lector benévolo pasea conmigo por las calles de Sevilla: entre los numerosos transeuntes con quienes tropezaremos en nuestro paseo, los hay de seguro altos, muy altos, y bajos; flacos y gordos; hermosos y feos; niños y ancianos. Los unos andan en coche, á pie los otros. Éste reirá, aquél llevará la desesperación ó la ira pintada en el semblante; pues bien, si en lugar de observar desde la calle misma, observásemos desde lo alto de la Giralda, por ejemplo, los altos y los bajos, los feos y los hermosos, los viejos y los niños, alegres y tristes, jinetes y peatones quedarían reducidos á una misma talla y á un solo aspecto; como si dijéramos, á la condición de vulgo. Vistos desde lo alto, para nosotros serían todos unos; y muy pequeños todos.

Si en vez de subir á la Giralda hubiésemos ascendido en globo, habríamos llegado á perder de vista por completo á todos los que tan variados matices nos ofrecían; los edificios más elevados, la Giralda misma, los picos de las montañas, todo lo que tan gigantesco nos parece, se empequeñecería á nuestra vista.

Sigamos elevándonos, aunque sólo sea con la imaginación; continuemos alejándonos de la torre, y colosales montañas y mares inmensos se reducirán á nada. Veremos nuestro planeta del tamaño de cualquier estrella, ó dejaremos de verle á fuerza de aparecer pequeño. Esas diferencias de tamaño que aquí advertíamos, esas distancias que nos parecían inmensas, todo eso que juzgábamos grande se halla contenido en un punto apenas perceptible.

Pero hagamos la observación en sentido inverso. Y ya que en Sevilla comenzamos nuestra observación, continuémosla en Sevilla.

Si comparamos la catedral, por ejemplo, con una casucha del barrio de Triana, ¡qué asombrosa diferencia de dimensiones y de mérito artístico hallaremos entre uno y otro edificio! Pero aproximémonos á la catedral, mucho, mucho, mucho, hasta tocar en ella con las narices; aproximémonos después á la casucha del mismo modo; y nuestra vista sólo abarcará en el uno y el otro edificio un trozo de igual magnitud.

Es decir, que los conceptos de pequeño y de grande han menester para tener existencia, que haya la distancia conveniente: nos alejamos demasiado de los objetos y dejan de ser grandes; nos acercamos mucho á ellos y dejan de parecernos pequeños.

¿Por qué no hemos de admitir que sucede algo parecido á esto en lo que se refiere á las grandezas y á las pequeñeces morales?

Vistos desde la Giralda todos los hombres aparecen de igual estatura: mirados desde algún observatorio moral todos los hombres parecerán de la misma ignorancia.

La distancia que existe entre el hombre más sabio de la tierra y el más ignorante, no puede ser mayor, en lo moral, que la que en lo físico existe entre el pico más alto del Himalaya y el nivel del mar.

Esta distancia, sin embargo, aparecería reducida á la nada si pudiésemos observarla desde cierta altura; ¿qué parecería la diferencia entre el ignorante y el sabio, mirada desde la sabiduría absoluta? El sabio más sabio del mundo ignora infinitamente más de lo que sabe.

Por eso los ignorantes y los sabios aparecen confundidos é iguales cuando se les mira desde lejos.

Y si se les mira desde muy cerca... ya he recordado al comenzar la frase célebre de no recuerdo quién: *No hay hombre grande para su ayuda de cámara;* ya he dicho que podría agregarse á esa esta otra: *En la intimidad no hay hombre pequeño.*

¿A quién no ha ocurrido alguna vez, ó muchas veces, aproximarse lleno de respetuoso temor á uno de esos portentos de la humanidad y después de haber conseguido el altísimo honor de ser admitido á su presencia, quedar desencantado y perplejo? ¿Y es esto nada más, ese coloso de la ciencia? se pregunta uno á sí mismo.

En cambio, ¿quién no ha encontrado miles de veces hombres sin instrucción, personas sin cultura, que allá, á la buena de Dios y *á la pata la llana,* discurren con suma claridad y dan solución pronta y acertada á las más arduas dificultades de un negocio intrincado?

¡Y parecía tonto este hombre! salimos diciendo después de conversar un rato con el ignorante.

Quedamos pues... ¿en qué?

En que, ó no hay vulgo, ó en que, si lo hay, el vulgo es siempre para todos... lo que está lejos; á la distancia suficiente para que parezca igual todo.

Eso es el vulgo.

A. SANCHEZ PÉREZ

LA VIÑA DEL SEÑOR

POR DON PEDRO MARÍA BARRERA

El mismo día que el alcalde de A*** mandó fijar en la plaza de la villa la lista de los mozos sorteables de la quinta de 1862, se presentó en la secretaría municipal el tío Canina, padre de uno de los interesados, preguntando por qué razón el Pato (abreviatura que significaba Patricio To-melloso), cortijero, de veinte años cumplidos, sin padre ni madre, sobrino del tendero de paños y baye-

APUNTES PARA EL CUADRO *El Vice-cónsul Rivadeneyra en Dizful*, DE NUESTRO DIRECTOR ARTÍSTICO J. LUIS PELLICER



tas y novio de Pepa, la hija del aperador del síndico del Ayuntamiento, no figuraba, como uno de tantos, entre los que corrían peligro de soltar la azada para coger el chopo.

. Examinó el secretario los borradores de la lista, y notó la falta.

Dijo, sin embargo, que allí constaba incluído; se mandó á uno de los alguaciles descolgar la tablilla en que dicha lista estaba expuesta al público, y, como es consiguiente, en la lista había la misma falta.

– Aquí no aparece, – exclamó el secretario. – Es indudable que el escribiente, por involuntario error de copia, ha dejado de incluirlo.

El denunciante, que milagrosamente pasaba su vida manejando un arado,—y digo milagrosamente, porque tenía de irracional más de lo que se necesitaba para ir tirando, y no manejando, – comenzó á echar por su boca tales lindezas contra el escribiente y el síndico y el municipio en masa, que el acto de la reclamación concluyó con esta orden verbal del alcalde:

– Póngase al Pato en la lista de los mozos del sorteo, y que metan á este cernícalo en la cárcel, antes de que yo tenga tiempo de meterle de un silletazo el esternón en la espalda para que aprenda á hablar delante de la autoridad.

Cuando el secretario y el escribiente quedaron solos, aquél exclamó, con acento á la vez enérgico y reposado:

– Tengo seguridad de haberte dictado ese nombre que has suprimido en los borradores y en la lista. ¿Qué significa esto?

Pálido, temblando y lloroso, el escribiente contestó:

– Significa que soy un tuno; que merezco un presidio. Al llegar el último invierno mi mujer no tenía refajo, ni yo capa, ni mis hijos vestidos. Gracias al tendero, que me fió géneros, no nos hemos muerto de frío. Como no he podido pagarle, hace algún tiempo que no deja de mandar recados á mi casa preguntando que en qué pienso; y el domingo pasado fuí yo á decirle que no me apurara, porque no tengo una peseta. Estaba allí su sobrino, y poniéndole una mano en el hombro, dijo el tendero dirigiéndose á mí:

– Haz que éste no éntre en la quinta, y te prometo que no vuelvo á pedirte nada hasta que tú puedas pagarme. Ya sabe V. por qué he hecho la picardía que acaba de



descubrirse. Ahora haga V. de mí lo que quiera: yo mismo me delato.

– Ni tú te delatas, ni yo te oigo, ni eso que dices es otra cosa que una estúpida mentira, inventada para no confesar que ni al dictado escribes con sentido común. ¡Si te conoceré yo á ti! Como eso fuera verdad, que no lo es, te juro que habías de arrastrar una cadena. ¡Bonito soy yo para aguantar pillerías de nadie! No se hable más del asunto.

– Este hombre es un ángel, – exclamó el delincuente para sus adentros; y el secretario para los suyos decía entretanto: – Yo en su caso hubiera hecho lo mismo que él: ¡lo mismo! ¡lo mismo!

Llegó el sorteo, y la tercera ó cuarta bola favoreció al Pato con el número uno. Se apresuró el huérfano á poner en conocimiento de Pepa que podía ir haciéndole una escarapela roja para el sombrero, y la pobre muchacha, pasadita de amor hasta los tuétanos, se dió tal pechugón de llorar, que si las lágrimas se tomaran á cuenta de reales para redimir del servicio de las armas, le hubieran sobrado muchas, después de pagar los cuatrocientos duros que por la redención exigía la ley.

– ¿Por qué no vas á ver á tu tío? acaso él querrá prestarte el dinero para que te libres.

– Mi tío ya ha hecho lo que ha podido; pero no ha servido de nada.

– Su tienda es la que más vende; si no te pone un hombre, será porque no quiere.

– Es que tampoco quiero yo. Ni él tiene obligación de hacerlo, ni yo le he de pedir lo que nunca podría devolverle. Pero, mira, eso no importa: me han asegurado que no llega á diez kilómetros, no recuerdo si es kilómetros como se llaman, lo que tengo más de la talla. Hasta que nos citen para la declaración de soldados, sólo comeré lo indispensable para no morirme de hambre, sólo me acostaré cuando esté cayéndome de sueño. Además, voy á andar todos los días unas cuantas leguas, llevando encima el peso que mis fuerzas resistan. Además, media hora antes de que me tallen, haré que el barbero me afeite la cabeza. Además, cuando me metan en la talla me encogeré todo lo que pueda. ¡Ya ves tú si con tantas precauciones hay casi seguridad de menguar esos kilómetros que me sobran, ó como se llamen!

El día de las grandes amarguras de los padres, las madres y las mozuelas enamoradas, el Pato, que había cumplido al pie de la letra su plan para menguar de estatura, se colocó en la talla descalzo, con la cabeza más mondada que los pies, encogido, rígido, y dispuesto á dejarse desollar vivo antes que ser declarado soldado.

Empeñado él en ser de granito, y el tallador en volverlo más elástico que la goma, cada uno puso de su parte lo que pudo para lograr su intento. Sudaban uno y otro: daban resoplidos como fieras acorraladas; la numerosa concurrencia que, separada del estrado por una barandilla de hierro, presenciaba apiñada la lucha, lanzaba gritos y apóstrofes desaforados.

– ¡No sea V. bestia! ¿Va V. á hacer pedazos á ese hombre para que crezca en un minuto lo que no ha crecido en veinte años?

– ¡No sea V. ganso! ¿No ve V. que se encoge? ¿No ve usted que se comba? ¿No ve V. que no toca con la espalda la talla?

El alcalde no cesaba de tocar la campanilla y de amenazar con que iba á llenar los calabozos de la cárcel con los que más alborotaban. El secretario, sin alterarse, le apaciguaba de vez en cuando, diciéndole:

– No se irrite V.; nosotros en su caso haríamos lo mismo.

De pronto, levantóse de su asiento un sargento de la guardia civil que presenciaba la medición desde un extremo del estrado: separó al tallador, cogió con cada mano una oreja de Patricio, le puso en la boca del estómago la rodilla de la pierna derecha, hizo presión, y el pobre novio de la hija del aperador del síndico fué dando tanto de sí, que acabó por tener muchos kilómetros, como él decía, sobre la estatura exigida para vestir un uniforme del ejército. Desde aquel momento ya no pensó el quinto más que en tener frecuentes coloquios con su novia, en lucir una hermosa escarapela bordada por Pepa, en reponer las fuerzas perdidas y en recorrer las calles de la villa con los otros quintos cantando coplas al compás de las guitarras. El secretario del Ayuntamiento los condujo á todos pocos días después al Gobierno civil de la provincia para verificar la entrega en caja, y nadie volvió á tener noticias directas del Pato, hasta que, algunos meses después, su desconsolada novia recibió una carta en la cual, debajo de un corazón verde atravesado por una flecha encarnada, habían escrito con tinta azul lo siguiente:

«Querida prima: me alegraré que al recibo de estas cortas letras te halles con la más cabal salud que yo para mí deseo. La mía es buena á Dios gracias, para lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad, como me toca de obligación. Prima: esta sólo se dirige para decirte que sepas que no te he escrito antes porque bien sabes que no entiendo de pluma, y no he tenido quien me escriba, hasta que hoy lo hace el cabo Terrones, lo cual que se digna de ser mi'amigo, porque aunque es clase no es vanidoso, y es el cabo más querido de los jefes y las mujeres, por ser el mejor cabo del ejército del mundo terráqueo. Prima: sabrás como estoy siendo de la sexta compañía del batallón de cazadores de Alcántara, número 20, que es el mejor batallón de las Españas, porque sabrás que en la guerra de Africa los de mi compañía nos llenamos de gloria, que fué en el boquete de



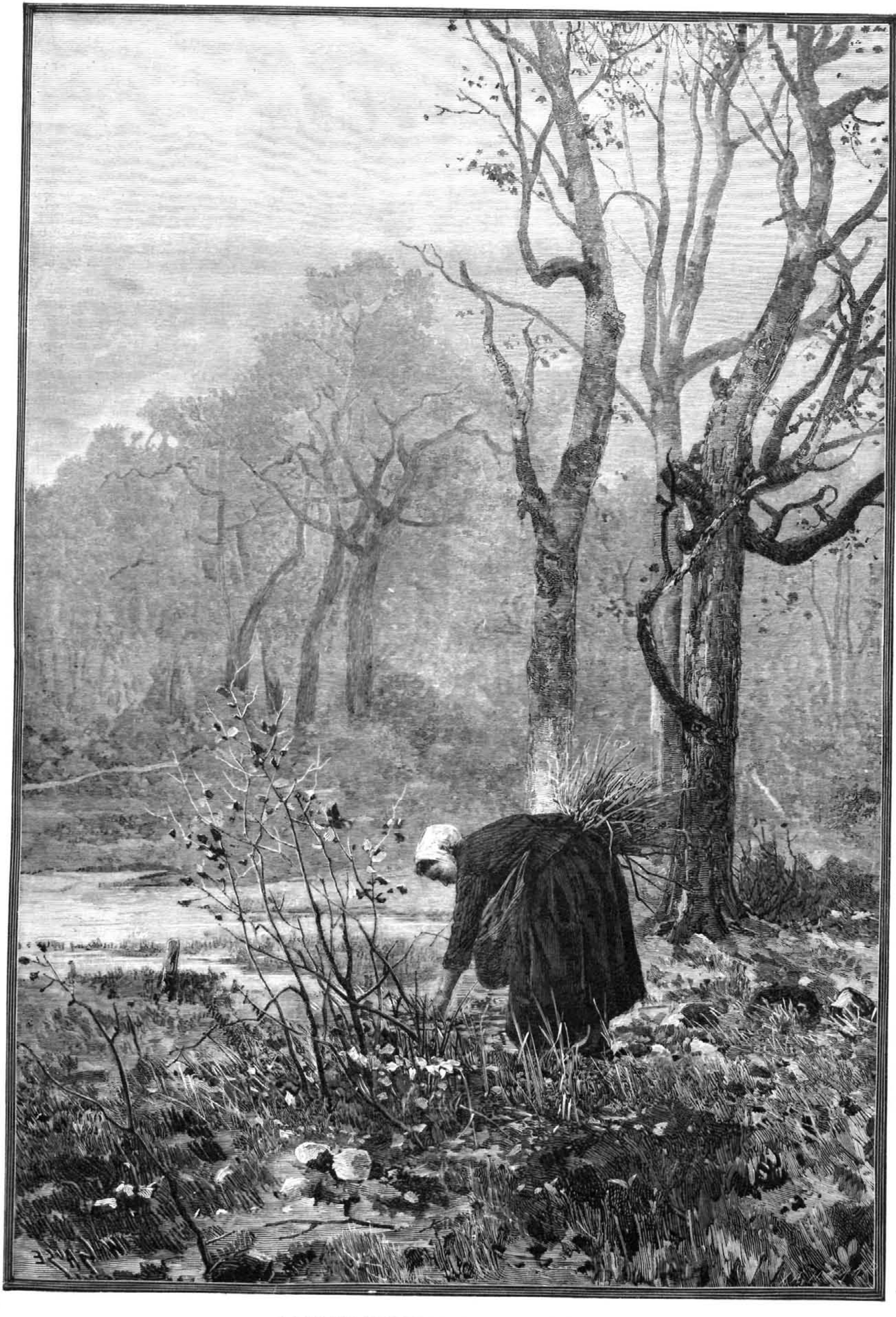
Anghera y barranco del Infierno, el 25 de noviembre de 1859, donde, aunque nos quedamos en cuadro, mi compañía sola escabechó muchos moros, por lo que dieron una cruz pensionada al cabo Terrones, que desea conocerte, y me encarga que te dé expresiones de su parte, porque, aunque es clase, estima á todas las personas de mi particular aprecio. Si ves á mi tío, dile que ya estoy al corriente de mi obligación, y que ahora voy á destruirme en la lectura y escritura, porque el capitán de mi compañía se empeña en que los números que no saben eso son unos borricos y que no son verdaderos números sino aprendiendo á leer y escribir de corrido, como el cabo Terrones. Lo cual que á éste le estoy muy agradecido y le he dado palabra de convidarle en un establecimiento de bebidas, por lo que si puedes mandarme algún dinerillo con alguna persona que venga por Aranda de Duero, donde estamos de guarnición, te lo agradeceré mucho. Y no cansando más, darás expresiones de mi parte á tus padres, y á mi tío, si le ves, y á todas las personas de tu particular aprecio, y dime todo lo que pasa en el pueblo, y recibe el corazón de este que te quiere y lo es tu primo – *Patricio Tomelloso*.»

Recibió Pepa la carta del Pato como reciben los campos las lluvias de primavera, y se apresuró á contestarla, guardándola en el seno, donde la llevó dos meses que tardó en recibir otra. La segunda ocupó aquel dulcísimo nido hasta que tuvo la tercera, y la tercera, escrita ya por su mismo novio, llegó á hacerse pedazos con el calor y contacto del pecho ceñido por el corsé.

*
* *

Mientras el Pato continúa comiendo rancho y manejando un fusil, veamos lo que ha pasado en la villa á los demás personajes de esta verídica historia.

Desde el día que los quintos de 1862 dejaron sus hogares para ir á ser entregados en caja, el hijo del tío Canina, que se había librado del servicio por tener un nú-



LA FAENA DE INVIERNO, cuadro de W. Zauze

mero alto, comenzó á rondar la calle á Pepa, dando cada suspiro que levantaba el empedrado y hacía huir á las gallinas que picoteaban las hierbezuelas nacidas entre las piedras. La muchacha, que no era corta de genio, apenas se enteró de lo que aquello significaba, llamó desde una ventana á su nuevo pretendiente, y sin andarse en chiquitas le largó esta andanada:

– Oye, tú, sin vergüenza; ¿sabes lo que te digo? Que si tu padre ha podido quitar la libertad al Pato, denunciándolo para que lo incluyeran en la quinta, ni tú, ni tu padre, ni todos los Caninas del mundo juntos, le podríais quitar la novia, porque lo que á mí me pide el cuerpo es un Pato y no un mastuerzo como tú.

Para indicar que no tenía más que decir y que no necesitaba respuesta, Pepa cerró de golpe y porrazo la ventana, dejando al hijo de Canina como el que ve visiones; pero el discurso no debió producir el efecto que Pepa esperaba, porque ni el empedrado ni las gallinas de la calle se vieron libres de los suspiros del mozo.

No está averiguado todavía si la insistencia del desdeñado pretendiente obedecía á instigaciones del amor, ó si era fruto de intrigas de la codicia: la gente se inclinaba á esto último, porque los Caninas no tenían sobre qué caerse muertos, y el padre de Pepa poseía un olivar, una casa y unas cuantas ovejas.

Fuera lo que fuese, aquel moscón estaba empeñado en que habían de ser pares, aunque le habían dicho que nones, y preciso es confesar que si no se salió con la suya, hizo por salirse milagros de terquedad y de paciencia.

Su padre acudía á la plaza todas las mañanas á la hora en que los jornaleros se reunían allí en busca de trabajo, y bullendo de corro en corro promovía pláticas tan sabrosas como estas:

En un corro:

– Dios guarde á la buena gente.

– *Dios guarde á V., tío Canina.*

– ¿Qué hay de nuevo?

– Usted dirá.

– Parece que unos segadores que han venido de tierra de Castilla han contado que el Pato es el soldado más borracho y más pendenciero que hay en el ejército: yo no lo creo.

– Ni nadie lo creerá: el Pato es de la calidad de la carne sin hueso ni piltrafas: no tiene desperdicio.

– Parece que los mismos segadores añaden que se pasa la vida jugando: unas veces con las cartas y otras con las mujeres: yo no lo creo.

– Eso último lo oirá su novia con el mismo gusto que si le arrancaran las muelas; pero su hijo de V. bailará de alegría por si él, sin jugar, sale ganando.

– Mi hijo sospecha que Pepa empieza á pasar fatigas por él y á no pasarlas por el Pato: yo no lo creo.

– Pepa sería una mala mujer si no esperase á su novio, que así que cumpla con la reina vendrá á cumplir con ella.

En otro corro:

– Dios nos dé muy buenos días.

– Tío Canina, santos y buenos.

– ¿Qué noticias corren?

– Las que V. traiga.

– Yo no sé nada. Malas lenguas aseguran que el secretario del Ayuntamiento es un ladrón, que no despacha bien más asuntos que los que le valen dinero: yo no lo creo.

– Hace V. bien, porque todo el pueblo sabe que el secretario es el hombre más bueno que come pan.

– También se cuenta que el señor alcalde es otro ladrón, que para no pagar contribuciones hace que los demás paguen la que les corresponde y la que no les corresponde: yo no lo creo.

– ¿Cuánto paga V., tío Canina?

– Yo no tengo nada, y al que no tiene, el rey le hace libre; además, ya he dicho que no lo creo.

– ¿Y no ha oído V. algo más?

– *Sí que he oído.* He oído que el síndico es otro ladrón, que se entiende con el escribano, á fin de que siempre que llamen á éste para hacer un testamento, ponga que el difunto deja una manda al síndico. Y he oído que luego se reparten las mandas entre el síndico y el escribano: yo no lo creo.

Como se ve, aunque el tío Canina tenía de irracional más de lo que se necesitaba para ir tirando de un arado, no echaba en olvido que sus desahogos al reclamar la inclusión del Pato en el sorteo de la quinta le habían costado estar preso, y había buscado y encontrado el modo de injuriar á todo el mundo sin peligro inmediato de hacer otra visita al carcelero. Por aquello de que de todo tiene la viña del Señor, el secretario del Ayuntamiento que, como ya hemos visto, era harina de otro costal, consiguió que el alcalde y los regidores aceptaran por artículos de fe los puntos siguientes:

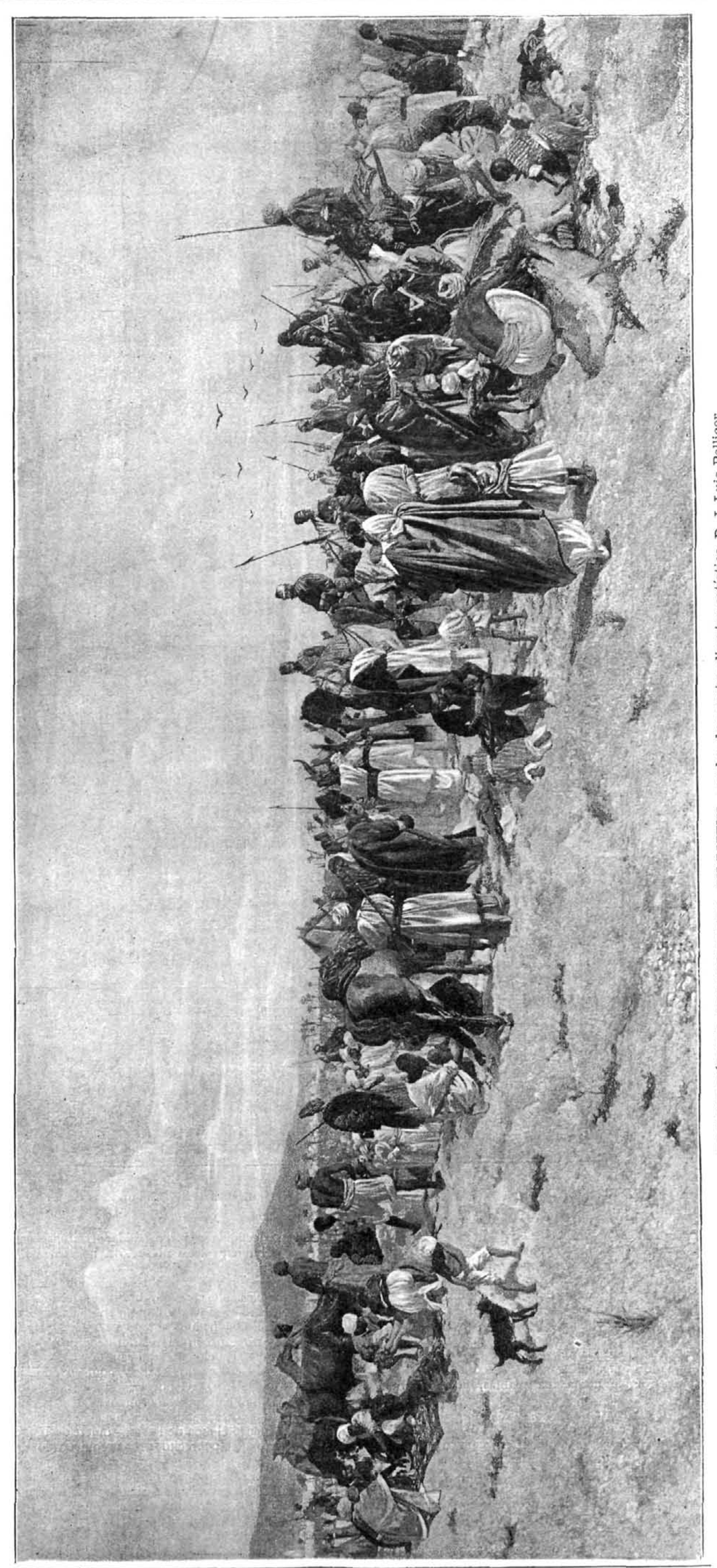
(Continuará)

EL RAMO DE MARGARITAS

(Conclusión)

La habitación en que se hallaba, tenía, como todas las de la quinta, una puerta de cristales que daba á un ancho balcón corrido. Estaba en el piso segundo, pero Santiago creyó fácil descolgarse al principal y desde éste al jardín; pues el edificio no tenía gran altura.

Comenzó á poner en práctica su descendimiento, y agarrándose al extremo de los hierros del balcón, se dejó caer, pero al llegar al piso inferior, resbaló, dió de espaldas con un cierre de cristales entreabierto, y cayó casi redondo al lado de Mercedes.



EL VICE-CÓNSUL RIVADENEYRA, EN DIZFUL, cuadro de nuestro director artístico, D. J. Luis Pellicer



Á TENER TREINTA AÑOS MENOS... cuadro de G. Papperitz

¡Momento de asombro!

Mercedes asustada se puso en pie; Santiago se quedó tan inmóvil como la *estatua de magnesia* de la fábula de Miguel de los Santos Alvarez.

La joven fué la primera que se repuso, diciendo:

– Ha hecho V. una cosa incomprensible. Váyase usted, váyase inmediatamente.

– ¡Ah! Señorita, permítame que la explique...

– Nada, no es necesario.

– Sí que lo es, óigame V., se lo suplico...

Y se interrumpió; no hallaba palabras, luchaba contra su timidez y su emoción.

Por fin pudo decir:

– ¡Voy á volverme loco!

Había tanta verdad y tanta consternación en esta frase, que Mercedes, conmovida y con la encantadora sencillez de sus pocos años, preguntó:

– Con que, ¿tanto me quiere usted?

El joven, en el colmo de la desesperación, levantó la cabeza, y atreviéndose á mirarla por vez primera de frente, la soltó esta respuesta á modo de escopetazo:

– No, señorita; V. se ha equivocado.

Al oir estas palabras, que eran como un insulto, Mercedes se puso encendida y luego pálida; cerráronse sus ojos, vaciló y hubiera caído al suelo á no sostenerla Santiago.

La cogió en brazos, y la llevó al sofá; una de las microscópicas chinelas se desprendió de su pie, y cuando el aturdido joven la tomaba para colocarla en una silla, oyó un grito comprimido, y halló á su lado á D.ª Genoveva.

Retrocedió, y tropezó con un velador lleno de objetos de china, que cayó al suelo con gran estrépito

– Pero ¿qué es esto? ¿por qué está V. aquí? ¿por dónde ha entrado? – preguntó D.ª Genoveva.

Santiago señaló al balcón balbuceando:

– Por ahí... una casualidad... no venía á este sitio...

– Lo cual, – pensó el ama de llaves, – quiere decir que se dirigía á otro. ¡El pobrecito se ha equivocado de balcón!

Y satisfecho su amor propio, prodigó sus cuidados á Mercedes, mojándole con agua las sienes; pero, á los pocos momentos, oyóse ruido en la escalera y en los corredores.

– ¡Vienen! – dijo Santiago.

– Váyase V. en seguida.

– Pero...

– Váyase V., ¿no conoce que es preciso? – y al mismo tiempo D.ª Genoveva levantaba el velador y los objetos caídos. – No se deje V. nada, – repuso viendo que Santiago buscaba algo en el suelo.

– He perdido la petaca y el saca-trapos.

– Tenga V., lléveselo V. todo. Vamos, de prisa, ya están aquí.

Y diciendo estas palabras, la pobre señora, azorada, llenaba los bolsillos de la cazadora de Santiago con cuantos objetos hallaba á mano.

Llamaron á la puerta, gritando:

– ¡Mercedes! ¡Mercedes!

– ¡El marqués! – exclamó D.ª Genoveva. – ¡Por Dios! váyase V., – y le empujaba por la espalda.

El desgraciado joven salió al balcón, se descolgó al jardín, atravesó éste corriendo, abrió la puerta de la verja, y se lanzó á campo atraviesa.

XI

– ¡No has armado mala trapatiesta! la casa del marqués es un campo de Agramante.

– ¿Qué dice V., tío?



DE VUELTA DEL RIALTO, cuadro de Mister Wood

– En todo hay límites, pero tú los traspasas todos. ¡Entrarse en el cuarto de una joven! ¡y el primer día!..

– ¿Con que se ha sabido?

– ¿Pues qué, somos sordos? ¡floja tremolina que hiciste! veladores caídos, doncellas desmayadas: ¡válgame Dios!

– ¡Ah! tío ¡qué desgraciado soy!

– El marqués está hecho un tigre. Me he visto negro para aplacarle un poco; le he ofrecido lo que era de cajón, que te casarías con su hija.

– ¡Ah, tío! ¿qué ha hecho usted?

– No, no te alteres; ni él ni su hija quieren oir hablar de tí.

– ¿Ni ella tampoco?

– Está hecha una panterita contra tí, te detesta; ¿qué la has hecho?

– ¡Oh, tío!

– Y la verdad, me daba lástima: lloraba como una Magdalena.

– Pues qué, ¿se habrá atrevido su padre á levantar la mano?

– Peor que eso.

– ¿Peor?

– La vuelve á las Salesas, de donde la había sacado hace tres meses.

– ¿Al convento?

– Sí.

– ¡Y yo tengo la culpa! ¡Bestia, animal! – exclamó Santiago levantándose de la mesa en donde estaba almorzando, y encerrándose como un loco en su cuarto en donde comenzó á dar vueltas como una fiera, mientras que el general, que en su interior celebraba la audacia de su sobrino, tomaba pacíficamente café.

Santiago, un poco más tranquilo, buscaba una petaca en el bolsillo de la cazadora que la noche anterior había dejado en una silla; y comenzó á sacar objetos acusadores que le llenaron de emoción: una cinta, un guante, un pañuelo marcado con una M, y, ¿lo creerán Vds.? una chinela tan mona y tan diminuta, que parecía hecha para el pie de un niño.

Y al considerar aquellos despojos, reconstruyó á Mercedes, como Cuvier á los animales antidiluvianos; el pelo por la cinta, la mano por el guante, la boca por el pañuelo y el pie por aquella chinela maravillosa.

Se enterneció, sintió remordimientos, se figuró el convento con sus claustros y sus celosías y, tomando su sombrero con expresión enérgica, exclamó:

– ¡No, yo no lo puedo consentir: voy á decir la verdad al marqués!

Desde aquel momento se trasformó en un héroe de resolución. Fué á la cuadra y ensilló él mismo su caballo, y después de cerciorarse de que llevaba en el bolsillo todos los objetos pertenecientes á Mercedes, montó, y comenzó á trotar en dirección á la quinta del marqués.

Era ya algo tarde, pero ¿qué importaba? Él no hubiera podido dormir tranquilo sin desfacer aquel agravio.

XII

En setiembre los días ya son cortos, y Santiago llegó á la quinta poco antes de anochecer.

La puerta de la verja estaba abierta.

Entró, y encontrando un criado le preguntó:

– ¿Está en casa el señor marqués?

– Sí señor, hace un instante, cuando he ido á encender luces, le he dejado en la sala del piso bajo.

– ¿Es allí, donde brilla aquella luz?

– Sí señor.

Llegó casi á la carrera, subió cuatro escalones, empujó una puerta de cristales y... se quedó estupefacto.

Mercedes sola estaba allí.

– ¡Ah! – exclamó el pobre Santiago.

– ¿Supongo que no es á mí á quien busca V.? – balbuceó la joven.

Santiago hizo un signo negativo.

– ¿Supongo que será á D.ª Genoveva?

El atortolado mancebo hizo un nuevo esfuerzo para hablar, pero se le trabó la lengua.

– Hace V. bien en amarla, – repuso Mercedes con acento indefinible. – Es una excelente señora que no tiene más ridiculeces que cualquiera de su edad.

Estas palabras, y sobre todo la expresión con que fueron dichas, devolvieron á Santiago el uso de la voz.

– Pero, ¿qué dice usted? ¿amar yo á esa señora?

– ¿A qué fingir? lo sé todo.

– ¡Fingir! yo...

– Ella me lo ha contado, incluso lo de pisarla el pie debajo de la mesa.

Santiago, petrificado, había vuelto á quedarse mudo.

– Buenas noches, – dijo Mercedes, – voy á avisar á doña Genoveva.

– ¡Oh! – exclamó el pobre joven alargando los brazos en ademán suplicante.

– ¿Qué significa esto?

– ¿Usted ha podido creer...?

– Pues, no siendo esa señora, ¿qué le trae á V. aquí?

Santiago, incapaz de explicarse, sacó apresuradamente de sus bolsillos un ramilletito de margaritas, que había



REGRESO INESPERADO, cuadro de Lojacono

hecho en el camino atándole con la cinta perteneciente á Mercedes, un pañuelo, un guante, y la linda chinela, poniendo estos objetos sobre una mesa próxima.

– ¿Qué hace usted? – dijo atónita la joven.

– Estas cosas son de V. y se las devuelvo, – y al mismo tiempo, antes de dejarla, llevó á sus labios la preciosa chinela.

Mercedes hizo ademán de irse.

– ¡Por Dios! no se vaya usted!

Ella se detuvo y le miró con fijeza; él bajó los ojos desesperado, porque no hallaba palabras para desahogar su corazón.

La joven dió algunos pasos hacia la puerta, y él, viendo escapársele la última ocasión de justificarse, anhelante, loco, dió un soplo á la bujía que alumbraba la sala.

Mercedes dejó escapar un grito; y como si la oscuridad hubiera hecho nacer la verbosidad del tímido amante, exclamó:

– No se vaya V., óigame, no tema V. nada de mí; moriría mil veces antes de ofenderla. Soy un tonto, un idiota; lo que V., y todos, suponen atrevimiento no son más que torpezas y necedades, que constituyen una especie de fatalidad inherente á mí. Todos mis esfuerzos para desengañar á V., se vuelven en contra mía; he querido huir por pura timidez y he caído en su cuarto de V.; y mire usted, creo que no tengo yo solo la culpa, sino sus ojos de usted, que al mirarme me causan un mareo que me hace enmudecer; y si no, ya lo ve, apenas nos hemos quedado á oscuras, he podido hablar, bien ó mal; he podido decir á V. lo que la decía á mis solas, porque, sépalo ya: yo la amo como un loco.

– ¡Qué bien finge V.!

– ¡Fingir yo! ¡Ah! no me conoce V.; en otra ocasión le dije que no la amaba y entonces sí que creo que sin saberlo mentía... Ahora... Ahora.. ¡Tenga V. piedad de mí! no sé lo que me digo.

– Encienda V. la bujía, – dijo Mercedes conmovida;



EL BEBEDOR DE AGUA, bosquejo de E. Manet

– mi padre vendrá de un momento á otro.

– ¡Mejor! que venga; hace poco le buscaba para suplicarle de rodillas que no recayese en V. la culpa de mi torpeza; yo no puedo consentir que por causa mía vuelva usted al convento. Yo creo que el marqués se hará cargo de mi situación, que comprenderá la estúpida fatalidad de mi carácter... y si V. fuera tan buena que me perdonara...

– Encienda V. la bujía; se lo ruego.

– Una palabra todavía ¡Dios mío! ¿qué haría para convencer á usted?

– Es inútil, estoy convencida.

– ¡Ah! ese tono me da á entender lo contrario.

– ¿Cómo he de decirlo?

– De modo, ¿que me perdona usted?

– Sí.

Santiago encendió un fósforo y luego la bujía con temblorosa mano.

XIII

Mercedes ocultó el rostro entre las suyas.

– ¿Usted me perdona? ¡No sabe el bien que me hace!

Y repuso con íntima expresión:

– Ahora me siento aliviado de un peso horrible; hasta creo que tendré valor de mirar á V. cara á cara.

– Míreme pues, – dijo la joven separando las manos.

Santiago clavó en ella sus ojos; y ella, con ese maravilloso instinto de la mujer, leyó en aquella alma amante y leal, y le presentó la mano derecha.

El pobre, se puso múy pálido y no se atrevió á tomarla; su timidez era la mejor prueba de sus torpezas anteriores.

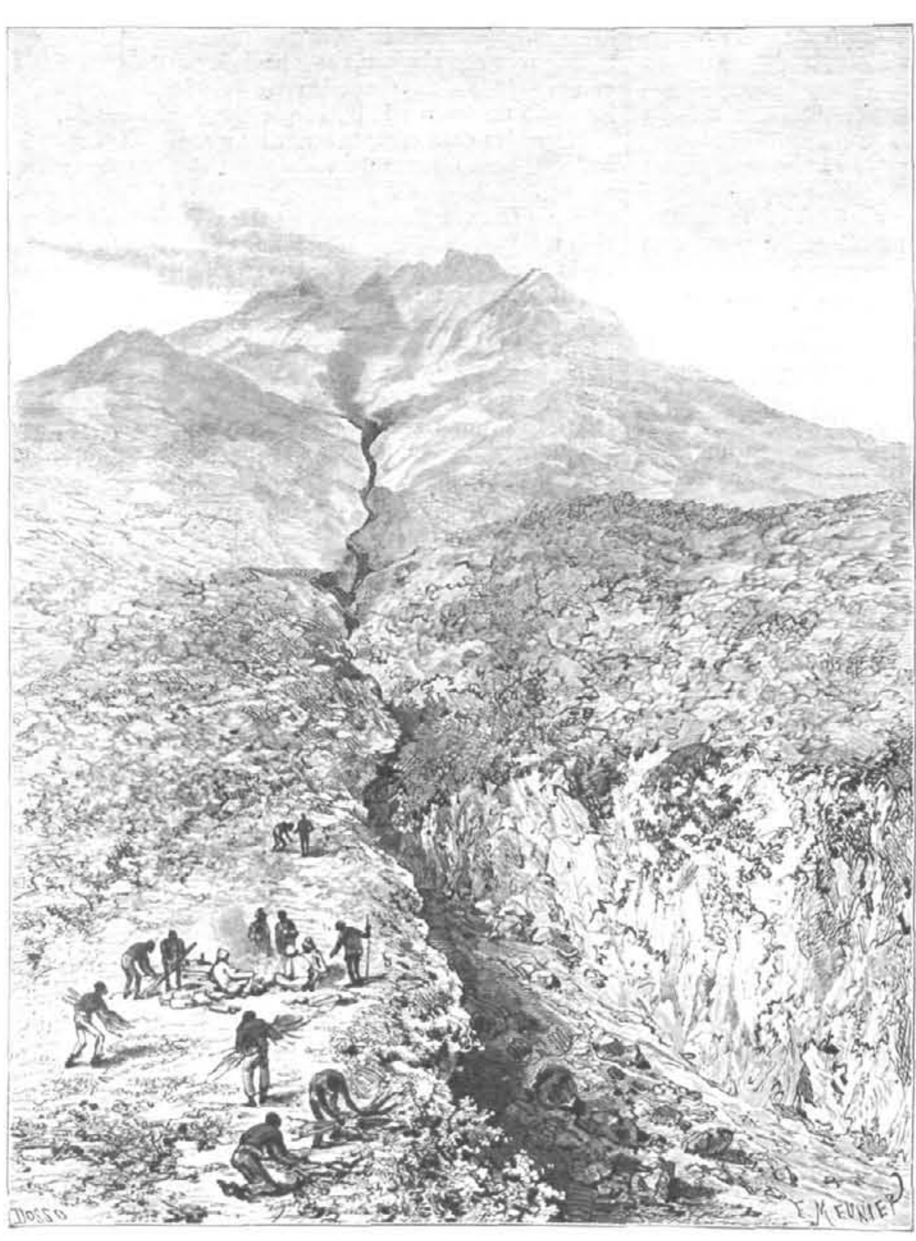
Entonces ella alargó aquella misma mano á la mesa próxima, tomó el ramillete de margaritas y le llevó á los labios...

¿Qué puede haber después de este idilio si no la prosaica, pero dulce realidad?

Las antorchas de Himeneo; la luna de miel, esta vez sin menguante; y al cabo de cuatro años, tres sobrinitos saltando sobre las piernas del general Arizcum.

Parece ser que desde dicha fecha se habían acabado las torpezas de Santiago.

F. MORENO GODINO



Viaje á Filipinas.—El volcán Apó; vista tomada á 2200 metros de altitud

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Apenas puedo distinguir el interior del cráter, que mide unos quinientos metros de diámetro, y que, así como sus costados exteriores, está cubierto de una vegetación achaparrada de enebros. Espesas nubes ocupan el fondo; y para mayor desgracia, Marcelo, mi fiel muchacho, que me ha seguido hasta aquí con la mayor docilidad, detiénese extenuado á unos cien metros más abajo que yo, sin que le sea posible sobreponerse á su fatiga ó al vértigo. No puedo consultar el barómetro si no voy al sitio donde Marcelo se halla; pero el error que de esto resultaría es muy pequeño, pues sólo puede afectar á la evaluación de la altura comprendida entre el lugar de la observación y la cima del cráter, error que no excederá de veinticinco metros, cantidad pequeña para una altura total de 3,133. El termómetro marca 15° centígrados sobre cero.

Con la mayor rapidez posible emprendemos la bajada, porque debe temerse el mal tiempo. No tardamos en volver á estar á 2,400 metros de altura, y ahora la atmósfera es clara y serena: detrás de nosotros, el cráter, que parece desprendido de las nubes, destácase como una gigantesca muralla ruinosa, con su pico denticulado; alrededor de nosotros extiéndese una vasta alfombra de azufre, cuyos contornos se pierden en los tintes violáceos de un nimbus que se desliza perezosamente á nuestros pies; sobre esta cortina de nubes contemplamos un panorama espléndido: los espesos bosques que cubren los flancos del Apó, y más lejos las aguas azules del golfo, donde las puntas de Dumalac y de Malalac, las islas de Samal y de Talicud se proyectan sobre un fondo verde oscuro.

No disfrutamos largo tiempo de este maravilloso cuadro, pues al llegar á la región de los helechos subarborescentes, una copiosa lluvia nos impide ver, helándonos hasta los huesos; en este temporal pierdo la mayor parte de las plantas que he recogido en la cima, y aguantando un diluvio llegamos á nuestro espantoso campamento de ayer, donde pasamos la noche en un montón de ramaje formado apresuradamente por nuestros hombres.

11 octubre. – Estamos calados hasta los huesos cuando amanece; pero un buen fuego y algunas tazas de café nos reaniman. Acto continuo levantamos acta de la ascensión, y encerrámosla en una botella, que se cuelga de la rama de un árbol. Decimos á los Bagobos que es una autorización en debida forma, permitiendo á todos ir á recoger al volcán la cantidad de azufre que quieran.

Pasamos la noche en la ranchería de Bitil, donde tenemos el gusto de hallar á nuestro compañero libre de la fiebre y completamente restablecido.

12 octubre. – Proseguimos nuestra marcha, dejando á la derecha el magnífico torrente de Tagulaya, que tanto nos costó remontar el día 7: Mani no tiene hoy ya razón alguna para imponernos é imponerse á sí mismo la prueba del agua; nos conduce por un sendero muy practicable que sigue la cresta de las alturas de la orilla izquierda del torrente, y nos dice que si no nos lo ha indicado á la venida era porque teníamos prisa al parecer, y aquel camino era el más largo. Esta explicación nos satisface, pues nuestro objeto esencial se ha conseguido; y por fortuna, encontramos también caballos, que no esperábamos ver más. A las tres de la tarde llegamos á la ranchería de Mani, donde se nos dice que una de sus mujeres ha fallecido la víspera. Tememos que la coincidencia de nuestra ascensión con esta muerte sea considerada por los Bagobos como un indicio de la cólera de Mandarangán, y, que según su costumbre, traten de aplacar á su divinidad con algunos sacrificios humanos. El señor comandante Rajal llama á Mani aparte, y hácele sobre este punto las recomendaciones más terminantes y severas. El dato jura por la memoria de su madre que no se verterá sangre alguna, promesa que, según supe meses después, cumplió fielmente.

13 octubre. – Volvemos á entrar por la mañana en Davao, donde produce no poco asombro el buen éxito de nuestra empresa, que los indígenas y los Bisayas habían considerado irrealizable. Estamos algo cansados, pero muy contentos, y por mi parte conservaré el más agradable recuerdo de esta excursión, durante la cual, á pesar de las fatigas y de algunas privaciones inevitables, ha reinado la mejor inteligencia, gracias á la amabilidad del comandante Rajal y á la buena voluntad de todos.

VII

Á TRAVÉS DE MINDANAO

4 noviembre 1880. – Emprendo la marcha hacia el interior: mi proyecto es atravesar Mindanao de sud á norte, franqueando las montañas centrales que separan las vertientes sud y norte de la isla. Llegado á las orillas de la bahía de Butuán, daré la vuelta por la península de Surigao, y corriéndome por la costa del Pacífico, volveré á Davao doblando el cabo de San Agustín.

Este itinerario es difícil de seguir: las dos únicas personas que le recorrieron en sentido inverso, los PP. Juan Heras y José Minores, me comunican bondadosamente todos los informes que han recogido, sin ocultarme los obstáculos probables, pues la estación no es conveniente. La monzón del sudoeste no ha terminado aún en la vertiente del golfo de Davao; más lejos hallaré la monzón del nordeste en toda su fuerza, y por lo tanto se deben temer abundantes lluvias. Sea como quiera, no puedo esperar seis meses el cambio de monzón, que en la costa del Pacífico no se producirá hasta el mes de mayo.

Salgo por la tarde en una grande y sólida barca, que me ha facilitado D. Basilio, antiguo vacunador (1) de la provincia, que muy á menudo me prestó servicios análogos con la mayor bondad durante mi permanencia aquí.

Preparo hace largo tiempo esta excursión, adoptando todas las precauciones necesarias para sacar el mejor partido. Mi sextante y mis cronómetros están encerrados en una caja muy sólida, ligera y bien seca; también llevo algunas conservas alimenticias, llegadas últimamente de Manila y una regular cantidad de víveres al abrigo de averías. A mis servidores agrego otros dos muchachos, Marcelo y Lorenzo; Flores, antiguo marinero de la escuadra de Filipinas, se encargará particularmente de la conservación de las armas; y acompáñanme además el cuadrillero de Davao, Francisco, á quien el gobernador Rajal ha tenido la bondad de conceder una licencia. Todos estos servidores son indios Bisayas; por guía é intérprete he tomado un anciano traficante que asegura haber estado en relaciones con los Mandayas y conocer perfectamente el dialecto; ha debido ocultar en mis bagajes alguna pacotilla, y sin duda espera obtener un gran beneficio, gracias á mi protección; pero yo también tengo mi pacotilla de objetos de latón y de quincalla, así como *coco crudo*, con lo cual espero vencer la desconfianza de los Infieles. En fin, como último argumento, llevo dos carabinas de dos cañones, una para mí y otra para Flores, con suficiente cantidad de municiones.

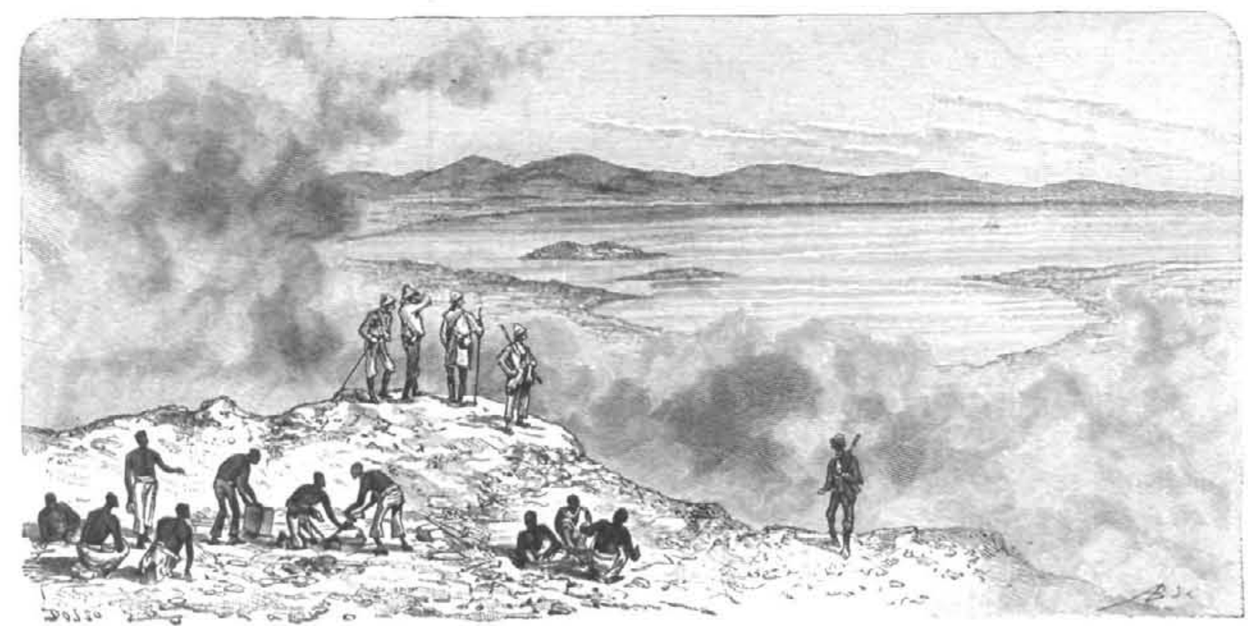
Una vez fuera del río de Davao enderezo el rumbo al norte, y á las siete de la mañana llegamos á la plaza de Cabayugán.

5 noviembre. – No salimos hasta las cinco de la tarde, pues nos detienen algún tiempo las calmas y los chubascos; y pasamos la noche un poco al norte del pueblo moro de Lasan.

6 noviembre. – Entro en el río Tagum á la hora de la baja marea, y obligado á detenerme por la violencia de la corriente, prosigo después mi marcha con ella á las dos de la tarde. El curso del Tagum, que se abre paso en medio de una llanura de aluviones, presenta una infinidad de sinuosidades que no pueden figurar en la carta geográfica; las orillas, al principio bajas, cubiertas de paletuvios, elévanse un poco más arriba de Bincungán, ranchería de moros asaz importante, donde me detengo á las seis. Aquí fué donde asesinaron par sorpresa, hace algunos años, al malogrado D. José Pinzó, gobernador de Davao, con una parte de su escolta. Estos miserables piratas de Bincungán me manifiestan al principio muy mala voluntad, pero nada más, porque han pagado cara su traición; uno de ellos cede á mis hombres algunos víveres, por los cuales pide seis reales; pero con aire desconfiado rehusa recibir el precio en dinero, y toma en cambio cierta cantidad de coco crudo, que sólo me ha costado dos reales.

7 noviembre. – La corriente del Tagum es cada vez más sinuosa y menos profunda: las sondas acusaban al principio cinco metros, y ahora sólo uno ó menos; de modo que mi barca toca á veces en la arena. Adelanto muy poco, y no llego hasta las seis de la tarde á Babao, primer pueblo mandaya. Los habitantes huyen al divisarnos. Como mi barca es inútil á causa del poco fondo, resuelvo enviarla á Davao con su tripulación y pedir á los Mandayas piraguas ligeras y remeros. Mi intérprete, cargado de regalos, marcha al bosque en busca de los fugitivos, y consigue traerme algunos; pero, como yo temía, el pobre diablo está muy lejos de hablar corrientemente el mandaya; por fortuna, este dialecto tiene mucha afinidad con el bisaya, y después de una interminable conversación, entorpecida por la estupidez y el aturdimiento de los indígenas, pero facilitada luego por numerosas libaciones, llegamos á entendernos. Mañana tendré tres ligeras embarcaciones que están amarradas en la orilla, y seis remeros que las conducirán cuando el río sea navegable.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. – Panorama del golfo de Davao; vista tomada desde el volcán Apó á 2400 metros de altitud

(1) Generalmente, este cargo se ejerce por mestizos que reciben en Manila una instrucción especial, y que después pasan, á expensas del gobierno, á las diversas provincias de Filipinas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



LA COSECHA DE PATATAS, DIBUJO AL CARBÓN DE L'HERMITTE